

PAGINAS LITERARIAS DEL ING. JOSE ANDRES URTECHO

PEDRO ORTIZ

Sobre el Departamento fronterizo de Santa Ana de la República de El Salvador, había soplado, rápida y amenazadoramente, el alud impetuoso de la guerra del 85 que puso en armas a todo Centro América, y que un sueño, acaso de insana ambición, acaso de impulsivo y aún de hermoso patriotismo, había desencadenado desde las alturas de la antigua Capitanía General de Guatemala, aquel afamado caudillo que andaba en lenguas de señorío de horca y cuchillo y a quien no le escaseaban, a fé, admiradores de nota que lo sacasen a plaza como a jefe esclarecido y aguerrido, de avanzadas ideas atemperadas al ambiente de civilización de la época, y como a Mandatario patriarcal que llevaba la buena filosofía sanchesca adelante, sobre todo en punto a distribución de justicia sumaria, en materia de trabacuentas harto sospechosas o francamente delictuosas, entre ricos explotadores y pobres explotados, como había de ser el caso, con lo cual me parece haber nombrado al señor General don Justo Rufino Barrios, que ejercía, con mano fuerte, la dictadura militar sobre su pueblo, a título de Presidente republicano y democrático, de Guatemala.

Los ejércitos de Nicaragua y de Costa Rica que se habían aprestado a la lucha, y por lo cual marcharon a unirse a los que comandaba el Presidente Zaldívar de El Salvador, retornaban a sus jurisdicciones respectivas, con el entusiasmo de la fácil victoria decisiva obtenida por el azar —ciego como la fortuna— en los campos memorables de Chalchuapa. Con el jefe nicaragüense, ilustre y prestigiado, el doctor don Adán Cárdenas, Presidente entonces de Nicaragua, que tan airoosamente había abandonado la no muy muelle curul de su alta Magistratura para ponerse al frente de sus huestes defensoras del territorio y autonomía nacionales, volvía de la tierra cuscatleca a la capital nicaragüense, un joven de los pinares de las Segovias, a quien sonreía el porvenir y quien había de ocupar luego con brillo indubitable, prominentes y delicados puestos en el Gobierno de su patria: Pedro Ortiz.

Con ellos regresaba también mi padre que, por aquel tiempo, tenía a su cargo la Mayoría General del Ejército, Comando militar de vasta comprensión y de grande y grave responsabilidad que, para meyor atención a las necesidades apremiantes de la guerra, creyó conveniente trasladar a los campos inmediatos a la acción, dentro del territorio nacional. Cupo a la Mayoría General del Ejército —dicho sea con perdón por la digresión— representar un papel de última importancia en la organización adecuada y eficiente, en aquellas circunstancias. En su Plana Mayor, a la que, por fuero de afinidad, se incorporaba generalmente Pedro Ortiz, y en la que, a guisa de colaboradores, escribientes y ayudantes que integraban, más bien, la familia oficial del Mayor General, lucían los nom-

bres de Pedro González, Rubén Darío, Aquileo Echeverría, Adán Boza, Carlos Salcedo y Manuel Rigüero de Aguilar, en otros róseos, algunos de ellos, que ya coloreaban aquel horizonte intelectual con los claros tintes precursorios de los espléndidos reflejos de un atardecer tropical, y a ella asociábase también espontáneamente y en momentos de grande urgencia desde luego, nada menos que el mismo Presidente doctor Cárdenas con aquella sencillez republicana con que nunca creyó rebajar, sino más bien enaltecer por su oportuno y eficaz concurso, la dignidad de su alta investidura, cuando aportaba él mismo, su valioso contingente a las tareas del ramo de la Guerra, que exigiendo, a su vista, la mayor suma de cooperación, de los empleados, agotaban a veces, las energías de propios y de aficionados a aquel centro de actividad realmente eficiente y meritorio.

Al evocar estos recuerdos de la alborada de mi juventud, bullen en mi imaginación las nacaradas visiones de aquel tiempo. Un salón —verbigracia— de gallardo aderezo y profusa iluminación. La belleza y elegante atavío de las damas. La sobria y fácil apostura de los caballeros. La música de alegres armonías incitantes a los placeres seductores del baile. Y allá en el fondo luminoso, y en la plenitud del entusiasmo, un joven rodeado de otros tantos, de simpático aspecto, de elegancia y soltura de buen mozo, un tanto bohemio, un mucho aureolado de popularidad y del favor siempre creciente de la suerte, ofrece en gentilísimas frases, el hermoso sarao a mi madre, la obsequiada de la noche. Era Pedro Ortiz, a quien de lejos conocí en aquella inolvidable ocasión y a quien sólo he vuelto a encontrar, a vueltas de buscarlo empeñosamente, después de su aciaga muerte, en la excelencia y brillo de sus obras literarias de las que precisamente se destaca ahora en grandes relieves, a la contemplación, su magnética figura, y de las que —CRAYON en mano— me atrevo a trasladar al lienzo de estas breves y desmazaladas páginas, los rasgos salientes de su fisonomía mental, para recuerdo y blasón de las generaciones sucesivas en el avance nacional.

La vida de Pedro Ortiz es de corta narración. Nació en 1859, de modestos y honorables padres don Joaquín Ortiz y doña Petronila Gutiérrez, en aquella atrayente y garrida ciudad de Ocotal situada como él propio la describe, "en el fondo de estos valles silenciosos donde apenas se oye el rumor de las hojas del pino melancólico". Pobre, y anheloso de cultura, se desprendió en muy temprana edad del hogar paterno para trasladarse a León en donde recibió su educación escolar y aún el principio de la profesional —la medicina— que tuvo que abandonar en seguida apremiado por las duras e irretardables exigencias del vivir.

Aquel elocuente tribuno hondureño, Alvaro Con-

terras, que recorrió en peregrinación angustiosa todas las capitales del istmo, en propaganda de prensa por la paz y por la unión centroamericanas, fué su admirado y predilecto maestro que lo inició en las tareas del periodismo en la hoja de su fundación y redacción nombrada **LA LIBERTAD**; pero teniendo Contreras que abandonar el país y que seguir, por contera, las desairadas banderas del revolucionario Mora contra el general Guardia, Presidente de Costa Rica y movido el aventajado discípulo por el aguijón de la adversidad, se vio obligado a aceptar en Corinto el empleo de Tenedor de Libros de una respetable casa de comercio, dignificando con ello su entrada a ese mundo de risueñas perspectivas que es, o se supone ser, la mayoría de edad.

En 1881 celebró su matrimonio con la muy distinguida y culta señorita Adriana Sandoval, de la buena sociedad de su ciudad natal, y un año después partieron ambos para El Salvador en donde colaboró él, con éxito notable, en **EL DIARIO DEL COMERCIO** y en **LA JUVENTUD**, y en donde se abrió, a poco, ancho campo en el aprecio y en la simpatía de la generalidad, sobre todo en el elemento influyente de las esferas del Gobierno, que lo llevó adelante hasta ocupar el codiciado y difícil cargo de la Secretaría Privada del señor Presidente Zaldívar, puesto que abandonó en 1885 por quebrantos de salud, cuando se proclamaba el estado de guerra en Nicaragua para oponerse con El Salvador y Costa Rica al avance de las tropas invasoras del General Barrios, que debían imponer la unión centroamericana por el medio imposible de la violencia y la sangre. Conocedor, como lo era, el señor Presidente Dr. Cárdenas de las brillantes aptitudes de Ortiz lo hizo inmediatamente su Secretario Privado que lo acompañó durante toda la campaña, en el Cuartel General de Operaciones, en donde se hizo Ortiz acreedor al grado de Coronel Efectivo, y donde empezó a dar tales muestras de superioridad indiscutible en el desempeño de sus laboriosas funciones de secretaria, hasta el punto de que llegase a considerarse el epistolario presidencial de aquella recordada y combatida Administración, como obra de difícil ejemplo para las personas de mejor preparación que tuvieron luego esta oficina a su cargo.

Al eminente repúblico que se llamó el doctor don Adán Cárdenas, sucedió en la Presidencia del Estado, la no menos alta y no menos ilustre y patriótica personalidad de don Evaristo Carazo que, en la palabra justiciera del propio Ortiz, representaba "el principio de orden en su moderación; el principio de economía en su sobriedad; el principio de libertad en su tolerancia; el espíritu de progreso en su carácter emprendedor; y el espíritu de reforma, en las ideas avanzadas y en su profundo buen sentido que... propendía al perfeccionamiento político y social..." Sería preciso añadir aún, que fué además de fiel encarnación del espíritu democrático americano y del de un extensivo y respetuoso acatamiento a la ley, patentizado en el libre e inexceptional funcionamiento de ésta en la época de su Mando, sin que la más leve sombra de dolor inferido a sus coterráneos en su corto y fructífero período administrativo hubiese podido venir, en ninguna hora, a menguar los bienes distribuidos por

su mano, ni a conturbar su conciencia de Mandatario y de caballero de prestantísima condición.

El Presidente Carazo lo nombró, con mucho acierto, Subsecretario de Relaciones Exteriores, puesto que desempeñó muy dignamente hasta la muerte de este ejemplar Jefe de Gobierno, "cuyas buenas obras mantendrán encendida en el corazón de la patria, la llama viva del reconocimiento".

Luego vino la expatriación de Pedro Ortiz a Costa Rica, y poco tiempo después, su temprana muerte acaecida trágicamente en aquella República, el diez de septiembre de 1892.

Dijo muy bien **EL PORVENIR DE CENTRO AMÉRICA**, en su magnífica necrología de Pedro Ortiz, que si hubiese él vivido en otros países distintos de los nuestros en donde, como aquí, la dedicación a las letras "figuran entre los modos de vivir que no dan de vivir", no se habría visto obligado a entrar tan de lleno en esas agitaciones políticas que sobre gastar los filos de la inteligencia y de la moral, redundan frecuentemente en mengua de los grandes intereses de los pueblos. Y es, que Ortiz nació y vivió para las letras, en las que, en planos de mayor amplitud y elevación, hubiera descollado, libre de las trabas de la mediocridad ambiente, a la altura de los mejores prosistas del habla castellana.

La nota sobresalientemente característica de Pedro Ortiz, era su feliz disposición y admirable preparación para el periodismo profesional, esa escuela que obliga al periodista a seguir acuciosamente, para el público, la corriente de los sucesos, y el movimiento científico, artístico, literario, industrial y político, no sólo del lugar de su actuación sino de la totalidad culta del globo; esa tribuna, inspiradora y directora de la opinión pública, desde donde los más capacitados y entusiastas, haciendo tornavoz de sus columnas, transmiten sus orientaciones y experiencias a los pueblos suspensos, a diario, de la novedad de su información e instrucción.

Desde muy joven hizo lucidamente sus primeras armas, como ya lo he recordado antes, en la hoja editada en León, **LA LIBERTAD**, bajo la dirección y redacción del orador y publicista de renombre, Alvaro Contreras. Colaboró luego, como también quedara ya dicho, en dos importantes cotidianos de la capital cuscatleca. De vuelta en Managua, fundó los diarios **EL IMPARCIAL** y **EL PAIS**, hoy de consulta casi imposible, que registran la mayor parte de su interesante, valiosa y variada producción literaria. Fué asiduo corresponsal de **EL DIARIO NICARAGUENSE**, antes y después de andar al morro con este decano venerable de la prensa nacional, y publicó algunos vibrantes y apasionados folletos de carácter esencialmente político como **LA LUCHA DEL DIA**, **ULTRAJES Y DELITOS IMAGINARIOS**, y **EL TRATADO DE JULIO Y SUS IMPUGNADORES**, fuera de otros del género literario, entre los que recuerdo, su sentido discurso en los funerales del Sr. Presidente Carazo, que ciertamente cautiva por la fluente belleza del sentimiento y de la frase sinceramente exaltadores de los múltiples merecimientos de tan esclarecido Gobernante que iba a dormir su sueño eterno, al fin en paz, allá en la cima de la dominante colina del ce-

menterío de Rivas. En Costa Rica engalanó con frecuencia las páginas de **EL COMERCIO**, de su amigo don Justo A. Faedo; y asociado después de su compañero de ostracismo don Enrique Guzmán, fundó **EL DIA** que también contaba con el prestigio de la pluma de don Anselmo H. Rivas, publicación ésta de cortísima duración y que había de tener tan funestas consecuencias para sus incautos e ilustres fundadores.

Escritor claro, vehemente y fecundo, se posesionaba hondamente del asunto de su exposición y estudio, y lo abordaba resueltamente en todos sus detalles y en todo su conjunto con tal fuerza y sutileza y sondeo de análisis, con tal elevación de ideas, con tal erudición sobre la materia en cuestión, con tal dominio y vigor y elegancia de lenguaje que el consenso y el aplauso general lo colocaron rápidamente en el número de nuestros mejores y más valientes escritores y en el de nuestros más puleros y escogidos estilistas; de tal suerte, que al leerse sus editoriales y demás artículos sobre temas de interés general o personal, no puede uno sustraerse fácilmente al imperio de su dialéctica contundente, ni al halago de la forma impecable en que sabía moldear sus períodos fluidos, gallardos y rotundos que reflejaban con exactitud y hermosura sus altos y robustos pensamientos como brotados de un manantial límpido, copioso e inagotable de frescos recuerdos, impresiones y enseñanzas.

Su fuerte principal era la polémica en la que se mostraba doctrinario, filósofo, hacendista, versado, de veras, en los negocios públicos y en las disquisiciones literarias y más concretamente aún, en las gramaticales. Hidalgo en la discusión, era también incansable y tenaz en su táctica defensiva que trocábase pronta y fácilmente en vigorosa ofensiva fortalecida por la ilación y despliegue ordenado de sus argumentos, y amenizada ya por el auxilio de su fertilísima memoria que excitada al calor de la controversia parecía brotar prolíficamente en hechos de comparación favorables a su tesis, ya por los recursos varios de sus facultades mentales —ciencia, imaginación, sensibilidad, lógica y lenguaje— predispuestos a estos diarios y ágiles torneos de saber y de ingenio que culminaban generalmente en éxitos lisonjeros para él, y que, adentrándole de continuo en los licitos amaños del debate, hicieron de este joven **PROFESOR DE ENERGIA**, uno de los más esforzados y brillantes paladines de la prensa combativa con que se ufana la crónica de nuestros escritores nacionales.

Psicólogo, y filósofo a la manera avanzada y moderada de los Presidentes meridionales Cárdenas y Carazo, admirador de la fuerza dinámica en el hombre que va al fondo de las cosas sin desesperar nunca de encontrarlas en su aspecto legítimo y sustancia verdadera, entraba a la liza no con los puños levantados y la mirada colérica y retadora a la manera de un Rochefort, o armado de "hacha y maza", al modo de un Veuillot, según la propia expresión del polemista francés, sino más bien percibido a la lucha a guisa de gentiles y valerosos justadores de la falla de un supuesto Montalte y de un auténtico P. Daniel, de siglos atrás, o contemporáneamente, de un Horacio Greeley y de un Roberto Owen, o mejor aún, en ocasiones consonas con su tem-

peramento, de la más anterior y destacada, con respecto a los últimos, de un André Chénier que sabía suavizar su estilo vigoroso con efusiones de su espíritu eternamente visitado por las musas del Parnaso.

Gramático distinguido y concedor de la lengua como pocos de sus connacionales sostuvo, muchas veces, discusiones lingüísticas con los primeros hablistas del país, en las que se admiraba a la par, la amplitud del conocimiento, el giro flexible de la espejeante frase, la idea precisa de alto coturno, y el lenguaje pulquérrimo que no dejó de la mano ni aún en sus editoriales escritos con frecuencia bajo la exigente premura de las prensas de mecánica labor obligada y tasada, que no esperarían un instante en su afán de poner diariamente en pie, lleno de vida nueva, a ese mensajero luminoso, calzado con las sandalias del Mercurio que ha de partir al alba de sus modestos portales, para llevar de casa en casa, de lugar en lugar, por todos los pueblos de la República, los últimos sucesos mundiales y locales, las últimas controversias o notas festivas, las últimas palpitaciones del día, de la vida íntima nacional.

En el período de Gobierno de don Evaristo Carazo, y en unión de una de las más descollantes y cultivadas mentalidades del país, el doctor Pedro González, su amigo y compañero en los Gabinetes de dos Administraciones, publicó un librito de exiguas dimensiones pero de gran significación, fuste y alcance, intitulado **Frutos de Nuestro Huerto**, que contiene escogidas producciones de algunos de los que fueron hombres de letras de verdadera prominencia en Centro América. Lástima es que se encuentre totalmente agotada aquella corta edición hecha exprofesamente para que sirviera de texto de lectura en nuestras escuelas de primera enseñanza, e hiciese conocer, siquiera someramente, a las generaciones incipientes, lo que escribieron y fueron aquellos hombres meritiísimos de pretéritos tiempos, honra de la gran patria de nuestros mayores, como se advierte en la instructiva y límpida prosa de Larreínaga; en la castiza, elegante y eficaz, de Irisarri; en la inspirada y fogosa de Barrundia, de Valle, de Vijil, de Alvaro Contreras; en la conceptuosa, abundante y clara de Tomás Ayón; en la fábula ingeniosa, de penetrante moraleja final, de García Goyena; y en la versificación dúctil y bella de Manuel Dieguez, para no dar mayor extensión a la cita.

En 1897, y a petición de algunos admiradores del escritor, acordó el Gobierno del General Zelaya, la publicación de algunos de los mejores artículos de Ortiz, en los que ciertamente campean sus relevantes dotes de literato cabal. Biógrafo de comprensiva visión y de recta conciencia, perfila en firmes relieves que dijéranse escultóricos, aquellas grandes figuras centroamericanas enfocadas al alcance de su radio visual y sometidas a su esmerada y diligente apreciación. Articulista literario, deleita en sus páginas selectas, por la frescura, pureza, gracia, buen gusto, espontaneidad y fuerza de estilo, como es el caso, por ejemplo, con el cuento adamantino **La Pluma Azul**, que es una bella fantasía de con curso, entre los intelectuales de su época y lugar que formaban el grupo romántico del Barrio Latino, en la que lleva la pluma encantadora el paterno corazón, ese paisajista milagroso del micro cosmos inefable del hogar en donde, como aquí, imperan S. A. el Capitán Pulgar,

por otro nombre Diquín, y S. M. la reinécita remimada y salerosa Lulú, que al alzar su vuelo a tierra de serafines y de arcángeles, legó a su padre amoroso lo único que podía dejarle de sí misma: una de las plumas de su almita, toda azul! Como lo es igualmente con esotra admirable acuarela sobre motivos del hogar, que él llamó Una Carta en el Destierro, en la que el mismo paisajista taumaturgo pincela la férvida ansiedad con que aguarda el proscrito el correo que llega de la patria querida, y la sonrisa indecible con que se abre la carta indecifrabable como un "manuscrito mongólico". "Su epístola, amigo mío, no se entiende, pero ¡qué de lindas frases, qué de bello lenguaje!". Y sueña con los palotes y monadas del muy zarrampla señorín suyo, que desde el hogar lejano y a la vera de su madre solícita y esperanzada, presume de escribir una "carta formal a su papá", sin percatarse de que, anticipándose a la radiotelefonía moderna, le trasmite el mensaje pautado de su corazón infantil, que iba a estallar como música inefable y resonante, suscitadora de lágrimas de dicha, en aquella alma nostálgica del cielo hermoso de la patria y del calor incomparable del hogar. Como lo es así mismo con el magistral artículo La Calumnia, de honda psicología y levantada moral, que exhibe al crimen en su siniestra y fea desnudez, y que invoca la indignación de todos los hombres de bien para que no falte nunca en imprimir sobre la faz maldita del calumniador, el estigma de la averción social, "si quieren que se cumpla la justicia y se respete su derecho en este mundo". Y como lo es, finalmente, con estoira de las buenas lucubraciones de Ortiz, haya usted de Versos, que dedica a su amigo el poeta Juan J. Cañas, y en la que pone de manifiesto cuáles deben ser las verdaderas tendencias y cuál la legítima influencia de la poesía escrita, en el progreso, en el alivio, en la alegría, en el ascenso y perfección del espíritu humano.

Habría habido que añadir a esta colección, algunos de sus mejores paliques idiomáticos; la página de calorosa amistad que consagra a los rápidos y aplaudidos éxitos de Rubén Darío en Santiago de Chile; la prosa de crítica sutil, pergeñada con elegancia y cortesía caballeresca con que analiza, sin visos de importancia, la crónica de la visita a Nicaragua del señor Presidente Soto, de Costa Rica, escrita por don Pío Víquez, de la comisión presidencial, cronista que fue aquí objeto de particulares y delicadas atenciones; y acaso finalmente, el comentario de musculosa y elástica contextura, que hizo de uno de los Mensajes del Presidente Bográn, de Honduras, tendiente a demostrar la tangible verdad perogrullesca: conviene a saber: que las de cantadas divisas partidaristas en Centro-América, no representan, en realidad de verdad, otra separación de principios programados o de ideales políticos, que los del personalismo exclusivo, emparentado siempre con el gran desideratum del interés individual.

Es mi humilde opinión que si alguna obra valedera incumbe llevar al cabo a la Academia Nicaragüense de la Lengua, no es otra que recoger y publicar en la más conveniente de las formas, cual es el libro, precedido, si se quiere, a guisa de prólogos, por apuntes biográficos de este u otro género cualquiera, la obra dispersa y, a veces, de difícilísima búsqueda e integración, de los escritores nacionales de mayor mérito con lo que a imi-

tación de los Estados más cultos y avanzados de la raza, se irá creando una aporito bibliográfico de no escaso valor, al acervo literario hispanoamericano, y salvando así del olvido imperdonable, la excelencia de trabajos dignos de toda loa que, con honra para el país, visitarían luego en canje, las bibliotecas del Continente y de la Península Ibérica, de toda preferencia.

Inútil resultaría la tarea de reproducir aquí gran número de autorizadas opiniones sobre la labor literaria de Pedro Ortiz; pero no puedo menos de citar entre ellas, las siguientes de escritores nacionales, de reputación bien cimentada, que sobre haberlo conocido y apreciado bien, prolongaron o epilogaron lucidamente, la colección de artículos de que antes hice mención.

Don Adolfo Vivas dice de él: "Hay en todos los artículos de Ortiz un sello de originalidad marcadísima que mezcla la brillantez de su talento y lo familiariza de que estaba con el idioma español que manejó siempre con mucha pulcritud. No solamente encanta en sus escritos la variedad pintoresca de las ideas, sino la novedad constante de la forma, a la cual rendía culto como apasionado discípulo que era de los hablistas castellanos "

El doctor Manuel Coronel Matus se expresa así: "En la prensa de combate era todo un veterano: para una carga a la bayoneta, él; para batir al enemigo en todas direcciones, él; para dirigir el combate y asegurar la victoria, él Periodista fuerte, noble, vigoroso, atlético, lleno de bríos y resplandores, Pedro Ortiz era de nuestra legión dorada, de nuestra guardia de honor "

El Porvenir de Centro-América glosó así esta figura Istmica en la hora de su muerte: "Perdió Centro-América al joven y gallardo escritor que manejaba el castellano con elegancia; cuyo estilo nervioso, vibrante, claro, daba animación y vida al más árido asunto..."

Finalmente, el conocido orador cubano doctor Antonio Zambrana, dijo en su tumba estas palabras que son una apoteosis para el sobresaliente escritor nicaragüense que descendía al sepulcro: "No conozco, en efecto, prosista centroamericano que pudiera competir con él por la gallarda y sólida estructura de su discurso escrito, en que lucía, con la trabazón metódica y elegante, cierto fulgor poético, que por lo mismo que era tenue y como suerte de misterioso y velado resplandor, contribuía más a convertir en exquisita obra de arte cuanta huella dejó su pluma sobre el papel ."

La ola de la proscripción política arrolló a Ortiz, junto con otros distinguidos caballeros de Granada. De él pudo decirse entonces lo que el Duque de Monausier de Nicolás Boileau, al leer aquel las sátiras pungentes del último: "he ahí a un hombre para mandarse a galeras coronado de laureles!". Laureles para aquella frente pensadora de donde fluían en profusión a la punta de su aurea pluma, las ideas de gran vuelo, como enjambre de pájaros gorjeadores y vistosos o graznadores y sombríos; la argumentación jugosa, prespicua y envolvente; los periodos, natural y magistralmente acabados y sonoros conque desenvolvía su tesis, o arrollaba al contendiente, o clamaba contra los vicios vitandados que la sanción social suele mirar, las más de las veces, con prudente y muy culpable indiferencia; o bien, la prosa imaginativa y emotiva, acaso la más he-

lla de su colección. Laureles para aquel corazón poeta que cantó, en páginas de hermosa y tersa sencillez, las delicias del amor paternal y las glorias indecibles del hogar! De aquel hogar que añoraba tras la lejania azul e hipnótica de su tierra natal cuanto más prohibida más amada, y desde donde, al través del tiempo y la distancia, se sentía vehementemente reclamado por el amor conturbado de su esposa infeliz y por las manecitas anhelantes de sus rapazuelos adorados a quienes no volvería a ver más! Y víctima incurable del mal del corazón que, según el sentir de Sterne, mucho antes dicho por Salomón, proviene de la esperanza diferida, soñaba como San Jerónimo, en lo antiguo, con la cuna donde dormía su pequeñuelo que había de ser luego el gran Orígenes, y con el dulce poeta mexicano, en lo presente, cuando con ojos encantados, ora contempla los ensayos maternales de su precocísima matrona doña Margot, de un lustro escaso de existencia, con su 101ro de cera coloreada, ora a su liliputiense y soberbio emperador romano, con su corona de papel, su sable de latón y su manto de trapo carmesí!

"Se me hielan los huesos lejos del sol de Venezuela!"— exclamaba en su regalada vejez y en la plena refulgencia de la capital de Francia, un ex-Presidente venezolano, de espíritu aterrado por el frío glacial de la nostalgia! Y en el medio día de su juventud, debe de haber exclamado, así también, en su ostracismo, aquel "fecundo artista de la palabra y de la idea, aquel valeroso fustigador del mal, aquel ciudadano activo y vigoroso cuyo carácter fundido en el crisol del patriotismo, obedeció a los impulsos de un corazón todo nobleza e hidalguía " como lo describe, al borde de la fosa, con admirable exactitud embellecida por generosa efusión del sentimiento, su compatriota y panegirista conmovido, don Trinidad González C. "Se me hielan los huesos, se me hiela el alma, lejos del sol de mi patria y de mi hogar nicaragüense!"

Y un día infausto, la bala oficiosa o mercenaria de un ente anónimo puso fin doloroso a la brillante existencia de Pedro Ortiz en el suelo atrayente a donde fue a buscar hospitalidad en su desgracia, seducido por el miraje de felicidad que en él suscitaba, sin duda, el recuerdo de la simpática misión encabezada por el señor Presidente Soto, a Nicaragua; bala tiznada de cobardía alevosía que sobre arrancar criminalmente la vida prometedor y meritoria de Pedro Ortiz, escapó de tronchar también en flor, la vida del no menos ilustre escritor nicaragüense, don Enrique Guzmán.

Erraron incautamente aquellas plumas trascendentales de primer orden, de hombres enteramente desprevenidos, en el hecho de erguir en la palestra que tan prontamente hará temblar el crimen execrable, un empenachado adalid del resplandeciente ferraje de El Día. Erraron aún, en desoír las voces secretas agoreras de la fatalidad. "Tu lecho nupcial será tu tumba!" —dijo el anuncio fatídico y misterioso en los oídos de aquella amorosa, encantadora y legendaria, que no creyó nunca que amar pudiese ser un crimen, como los señores Guzmán y Ortiz no creyeron tampoco que allí lo fuera para nadie, el brillo del bien por el bien mismo, que no supo de las arteras intenciones del mal.

Reposan allá en la culta tierra costarricense los restos del buen esposo, buen padre y buen ciudadano y

célebre escritor que fue, entre nosotros, Pedro Ortiz. Es un deber del Gobierno repatriarlos, como fueron dignamente repatriados los de aquel apuesto y gentil y valeroso caballero don Alejandro Chamorro cuya blanca cimera abatió la muerte, también en aquella hermana tierra de su cariño que tan hospitalariamente le acogió; y al cumplir, como lo hago ahora cuan bien me es dable, con una disposición de la Academia Nicaragüense de la Lengua, relativa a la preparación y a la presentación de estas biografías, sean estos rasgos de la vida de aquel notable hombre de letras que supo honrar a su patria, un intenso homenaje a su memoria y un acto de asociación y simpatía, en el recuerdo, para la digna familia residente en Masaya, del infortunado y excelente escritor, y la indicación que aquí consigno por lo que valga, en consonancia, sin duda, con el deseo general, de la traslación por el Gobierno del Estado, de esos restos que ya han consagrado triplemente el mérito, la desventura y el tiempo, al suelo patrio que le abigue y le duerma, "al rumor de sus pinos" en la eternidad.

Managua, Agosto de 1929

LOS PARTIDOS

En todos los países del mundo, hay una bien marcada línea divisoria de principios que separa los bandos políticos de un pueblo.

Alejándonos de la historia de las naciones europeas, cuyos nombres de partido, verbigracia, el Carlismo en España la Legitimidad en Francia, etc., son la síntesis de sus patrióticas aspiraciones, así como apartándonos también de Inglaterra y de Estados Unidos, cuyos partidos, acordes en la forma y fases secundarias de Gobierno, difieren en cuanto a detalles principalmente económicos, vengamos a nuestras denominaciones nicaragüenses, una de ellas extinta en apatencia, durante la larga administración que acaba de cesar con tan penosos recuerdos para la patria.

Generalmente han sido dos las banderas desplegadas en la arena de nuestras luchas políticas, con raras variantes o derivaciones de corta vida y menor trascendencia como el Iglosterismo, el Petonismo y Progresismo para el partido conservador, cuyo oíflama, digase cuanto se quiera, ha flameado siempre en Nicaragua como el símbolo de la paz y del orden, de las garantías y de la ley, del progreso y de la libertad.

Zelaya fué el unificador de las varias agrupaciones de desafectos y descontentos, rojos o demagogos, liberales leonesistas y liberales capitalinos, que surgían acá y allá, sin fuerza ni cohesión alguna, replegándose, en el poder, bajo la profanada bandera de la libertad. Salvo algunas honrosas excepciones —como la muy honrosa del actual Primer Magistrado de la Nación, y otras de escaso número— los más, incluso el propio caudillo del liberalismo, ignoraron siempre la hermosa significación de su estandarte, paseándolo por los ámbitos de la República, al son de la carmañola terrorista, como un guñapo de fango y sangre, pendón del sanculotismo entronizado, befa y escarnio de la libertad.

Lo que se ha tenido por partido liberal de Nicaragua, con la salvedad de una pequeña fracción disidente,

acaba de mostrar a la luz del mundo, su absoluta incapacidad moral para regir los destinos de una Nación que aspira, con el derecho de todas las naciones, a un puesto en el rol de los países cultos del globo. Faeton queriendo igualar a su padre, pidióle un día su carro de fuego, y no sabiendo ni pudiendo dirigirle, incendia la Tierra, y herido por el olímpico rayo vengador, húndese, en merecida fatalidad, en las silentes aguas del Eridano.

La enseña de la libertad flameando con el rojo encendido de la llama o de la sangre humana, es el más insultante contrasentido de la civilización. Las tradiciones populares llenas de profunda significación algunos nombres y algunas cosas. El rojo, para la sangre; el blanco, para la paz; el azul, para la libertad.

Sintetizando, nos referimos al conservatismo y al liberalismo universal como a los dos polos opuestos en los que rueda el eje de la política de las naciones republicanas. En Nicaragua, estos nombres no cuadran ni a uno ni a otro partido. Lo hemos visto así con el partido liberal. Veámoslo ahora con el partido de oposición

El partido conservador proclama el derecho de reunión pacífica, y de libertad de opinión y de conciencia, y se llama conservador.

Proclama la soberanía del pueblo; prohíbe la ley que dañe a la sociedad, y promulga la que le es útil; reconoce y respeta las libertades públicas e individuales, así como el derecho de resistencia a la opresión, y se llama conservador.

Proclama la igualdad ante la ley, cree que la violencia al individuo es la violencia a la sociedad, como la hostilidad a una nación, es la tiranía universal, y dá al despotismo el estigma del crimen de lesa civilización, y se llama conservador.

Proclama, en suma, todos los derechos del hombre, según el espíritu liberal de los filósofos enciclopedistas del siglo XVIII, y se llama conservador.

Hay, pues, más que un error, hay una ironía de nombres. Ni el partido conservador ni el partido liberal nicaragüense, responden a la significación que entrañan estos nombres en todos los países del mundo. Rebauticémoslos. Llámese republicano el partido conservador, y por contraposición, así como por sus alardes de arranque, llámase democrático, el partido liberal. Estaremos así en lo justo, siquiera por el extrañamiento del absurdo.

TEODORO E. HOCHE

Permitid que cediendo a las sugerencias del color, me atreva a detener por un breve momento, con la palabra y el gesto de la eterna despedida, a ese féretro que encierra los despojos de una personalidad distinguida que ha cesado de ser —por golpe súbito de la muerte,— lo que fue siempre en el curso de la vida; un elemento irrepachable de significación social, un elemento eficaz de cultura y de progreso, un elemento de valía positiva en las relaciones, ya raras, de la buena y leal amistad, que ahora conducimos tristemente a su última morada terrenal.

Ayer no más, en las tempranas horas del día, vimos vivir a don Teodoro E. Hocke, las actividades de su vida industriosa, y un instante después —en el pleno des-

amparo de la vía pública, le sorprende y le abate el rayo implacable de la muerte, que ha cubierto de luto muchos corazones y de tristeza el ánimo de la sociedad capitalina en la que vivió estimado de todos y con la mejor buena voluntad para todos.

Hace muy poco que a este mismo sitio venimos para acompañar los restos mortales de un caballero inolvidable, de notoria semejanza con el señor Hocke, en la alteza de sus merecimientos personales, semejanza en la eficacia de su larga labor constructiva, semejanza también hasta en las tristes condiciones de su ocaso y de su fin —don Julio Wiest—, su amigo y compañero en las aulas universitarias de Alemania, en el ejercicio profesional de la Ingeniería Civil en los Estados Unidos, y luego en Nicaragua en obras de adelanto de todos conocidas, que habrán de perpetuar su recuerdo en el aprecio de los nicaragüenses, amigo y compañero al que ahora le toca seguir tan inesperadamente y tan de cerca, en ese triste viaje al través de las sombras, que no tiene retorno. Juntos llegaron a Nicaragua llamados por el Gobierno del Dr. Cárdenas, y ambos hicieron de este suelo su patria de adopción hasta su muerte.

Muchos son los servicios y obras de Ingeniería y de Arquitectura que pudiera enumerar del señor Ingeniero don Teodoro Hocke: entre ellas, los estudios de vías férreas entre Occidente y Managua, la Penitenciaria, el Palacio Nacional, su Gerencia, en dos ocasiones, del Ferrocarril Nacional, y la localización del todavía proyectado ferrocarril de San Jorge a San Juan del Sur, en la que me fué muy grato colaborar con él. Fundó su hogar en Nicaragua, y laboró porfiadamente con hombría laudable para adquirir propiedades de arraigo en el país, como lo hizo con éxito en las zonas cafetaleras del Septentrión.

Dijo un filósofo de la antigüedad: “si el piloto soberano te llama, corre pronto al barco y abandona cuanto poseas sin volver hacia atrás. Y si eres viejo, no te separes mucho del navío por miedo de que te coja desprevénido tu llamamiento”. Y Don Teodoro cayó, sin la más leve prevención, en la sima de las tinieblas insondables, hiriéndonos vivamente en su caída, como en pocos otros casos de esta suerte, con el recuerdo de las lamentaciones aplicables del Santo de Idumea: “¡Como están de contados los cortos días del hombre! Como una nube que se acaba y se va. Y desciende en el sepulcro para no subir ya más”.

Desde que fue organizada oficialmente la Asociación de Ingenieros y Constructores de la República, institución que cuenta con todos los profesionales diplomados y aptos en el país, fue don Teodoro E. Hocke repetidamente electo Presidente de ella; y al dejar hoy vacante ese puesto que honró tanto con su experiencia, su bondad y su saber, la Asociación aludida, profundamente impresionada con este suceso lamentable, ha puesto una corona de flores expresiva de su cariño y alta estima sobre la caja en que viene durmiendo su sueño eterno, el compañero importante, honorable y querido, y me ha hecho el honor de comisionarme para despedirlo en su nombre, como lo hago sentida, si brevemente, con estas palabras, que al borde de la tumba son todo el corazón; adiós, y paz, a lo perecedero; salud siempre, y gloria, a lo inmortal en él. Dije.

ADAN VIVAS

El 7 de junio de 1905 cerró sus ojos para siempre en la ciudad de Granada, el joven escritor y poeta, a cuya memoria consagro estas pálidas líneas como un reflejo de afecto y de justicia, que jugueteando por un instante allá sobre la lejana tumba, delineará si bien muy imperfectamente, los contornos de aquella figura paradógica, brillante y sombría como la de Edgar Allan Poe, que llevó y popularizó el nombre de Adán Vivas.

Contaría Adán 33 años de vida asendereada y azarosa en sus postrimerías, suavizada por intervalos de bonanza y pasiva y sumisión al metodismo rutinario del hogar y a hábitos morigerados de templanza, cuando la muerte, ya presentida y sobradamente anunciada, vino a reclamarle como una víctima que casi se ofrecía por sí misma en aras de sus propias desventuras: ahito de decepciones y sufrimientos; ansioso, por así decirlo, como de Musset, de reclinar al fin la joven cabeza fatigada en la fúnebre almohada, y dormir el sueño eterno que no tiene despertar aquí en la tierra.

Leí ha tiempo una bella poesía de Adolfo León Gómez intitulada *La Tumba*. El Destino convoca a la Hermosura, a la Opulencia, a la Juventud, a la Alegria, al Trabajo, a la Ciencia, a la Poesía en torno de una fosa, para descubrir en ellos, la impresión más espantosa de la muerte. La Belleza se horroriza de la inmundicia profanación a la hermosura, a la vista de aquella nauseabunda y lentamente animada lepra del sepulcro, que brotando, como si djéramos, de las húmedas paredes de la huesa misma, cubre con torpe ironía y sacílega voracidad, lo que poco antes fuera hechizo del mundo y envidia de deidades; la Juventud y la Alegria palidecen ante la pavorosa soledad de la última morada: la Opulencia retrocede desfallecida ante su oscura y miserable estrechez; el Trabajo se aterra en la eterna quietud; la Ciencia, de su misterio; la Poesía entristecida, llora el olvido de las tumbas, el olvido como lo más espantoso de la muerte. Y no obstante que para el caso, valen lo mismo o nada el olvido, la soledad, la estrechez, y aún la asquerosa lepra viviente del sepulcro, yo pienso también entristecido con el poeta, pues que no hay lápida funeraria que más pesada y despiadadamente caiga sobre una tumba, ceñiéndola para siempre a los ojos del mundo, que aquella plúmbea losa que lentamente va dejando caer el corazón humano, aún a despecho de sí mismo, sobre la triste y yerta forma de una víctima querida, cuando seca la fuente de las lágrimas y rota desde entonces la interdicción de los gozos tentadores del mundo, remózase el corazón en una inefable aspiración de nuevos nombres para esa ilusión jamás alcanzada que llaman la perfecta felicidad humana, y que burla al hombre desde el orto al ocaso de su vida.

Un lustro acaba de pasar desde la temprana muerte de Adán Vivas, y salvo un breve artículo necrológico de Salvador Castrillo, soy yo, si no me engaño, quien primero se acerca a la tumba solitaria del malo grado joven escritor y poeta granadino, a planear el duelo para las patrias letras, y a esparcir adelfas del recuerdo sobre el túmulo que guarda sus despojos

De ilustre progenie y de franca y varonil presencia,

con aires de parnasiano desenvuelto y burlón; cabeza modelada como para servir de asiento a la inspiración; expresión rebosante de animación y aún de impetuosa vivacidad; nobles y generosos impulsos del corazón; carácter excéntrico y rebelde a los cánones estrictos de aceptadas conveniencias sociales, como su númen que jamás pudo caber dentro de la dorada jaula de un estudiado eufemismo y del comedimiento repulgado y discreto a que nos obligan las apariencias indispensablemente necesarias en el diario escenario de la vida exterior todo eso era Adán: pájaro de vigorosa potencialidad desarrollada a plena luz y a plena libertad, en aquel viejo hogar de sus abuelos, acabado también hoy como su propia existencia, y en donde una célebre anciana, a quien yo nunca conocí, más a cuya memoria tributo el homenaje de afectuosa veneración con que aún viva en el recuerdo de mi padre, se recreaba en rodear y ver crecer bajo la égida de su graciosa, si a veces temible predilección, aquel aguilucho favorito cuyo aleteo y canto victorioso, no le fue ya dable oírle resonar dentro del alma como ecos lisonjeros de orgullo y de placer.

Ráfagas de desgracia y muerte abatieron y desolaron un día infausto aquel hogar, y desde entonces voló el aguilucho de rama en rama cual si temores instintivos le fueran ahuyentando de traidoras emboscadas de su fatal destino; subió con naturales bríos por las encumbradas regiones del Helicón y del Parnaso; y más alto aún, y con más potentes y soberanos giros, casi rayando en los vuelos del águila caudal, por las de una libre y fecunda inspiración en el lirismo de su elocuente prosa, hasta que el frío hálito de la muerte entumeció las extendidas y bravías alas, y cayó a la luz del medio día de sus años, exhalando la triste vida aquel ser todo pletórico de juventud, a pesar del fatalismo de su sino que le impidió cruzar una y otra vez las ciénagas emponzoñadas del infortunio, y de las cuales emergió cada vez más excéptico y sombrío, rota alguna cuerda más de su lira de poeta, y por sorprendente anomalía, su pluma de escritor, mojada en las negras aguas de la desolación y la amargura, brillaba con nuevas y hermosas fulguraciones al herirle los rayos de la inteligencia o del corazón.

“No soy” —dice Adán Vivas, en la introducción de un folletito de versos intitulado *Sorpresas*— “ni decadente, ni romántico, ni nada en literatura. Soy una construcción química que vibra impresionada por acontecimientos reflejados en ideas”. Y decía muy bien; no pertenecía, ni procuraba seguir rumbos fijos y de terminados en las letras; era solo, espontáneo, original; dábase ingenuamente a la belleza y al arte según las percepciones de su espíritu; cedía naturalmente a los impulsos de su inspiración, y así, ora versificaba al amor —su númen por excelencia— a la belleza, a la desgracia, a la dicha, al dolor; ora escribía con admirable facilidad la prosa libre, exornada de galas naturales del ingenio, la prosa que brota del corazón y que vivifica la imaginación, flores de un fecundo suelo tropical matizada por los rayos del sol naciente; hermosa, fácil y brillante elocución que habría hecho de Adán Vivas el primero y más gallardo de los prosadores centoamericanos.

Muy joven aún tradujo al castellano uno de los

más bellos poemas de la literatura inglesa, *EVANGELINE* de Longfellow, y si jamás tuve ocasión de leer la versión de los magníficos y armoniosos hexámetros en los que el poeta norteamericano canta el destierro de los colonos franceses de la Acadia, y los desventurados amores de Gabriel y Evangelina que se buscan desde el San Lorenzo hasta el Mississippi, y desde las vegas de la Luisiana hasta encontrarse en las márgenes del Delaware, y un instante después, en las de la eternidad, ví en cambio, los más halagüeños elogios que la prensa nicaragüense prodigaba al joven poeta que con tanta valentía y donosura acometió desde los principios de su lirismo, la difícil tarea de traducir uno de los poemas favoritos de que tan justamente se ufana la lengua de Whittier, de Tempson y de Bryant.

Cantó luego a su musa, la mujer, y sobre todo la belleza y gallardía de la mujer granadina. Como Stendhal, el amor constituyó la gran dedicación de su vida, pudiendo decirse de él a este respecto, lo que Merimée del autor de *Rouge el Noir*: "le ví siempre enamorado o fingiendo estarlo".

Las Reclusas, que tienen tintes de los diálogos del *Diablo Mundo de Espronceda*, es un juego poético en donde describe el ingreso de las improvisadas religiosas a los Ejercicios; los votos de un día que pronuncian con la devota intención del sacrificio dentro del claustro; la tentación del mundo en forma de un efebo ardiente; las pláticas sagradas del sacerdote en nombre de la religión; y finalmente, los filosóficos comentarios de la Ciencia. Amanda, Matilde, Mercedesitas, Elena, desfilen en su excitada imaginación con el crucifijo de marfil en las manos, y la luz de sus negras pupilas irradiando con el mundano brillo de las de Eloísa, de Dido, de Julieta, sobre la azucena de sus frescos y agraciados rostros.

PIEDAD, es sin duda, una de las mejores composiciones publicadas, de Adán: un acto de conciencia descrito sencilla y brevemente; un cuadro psicológico completo y preciso en sus detalles. La limosna que se rehusa con ligereza y fatuidad. La voz de la conciencia que retarda su paso, le detiene, le obliga a volar en busca del desairado mendigo. El rayo de alegría que inunda el alma al encontrarle. La gratitud del infeliz. El corazón ensanchado de gozo haciéndole marchar nuevamente con paso acelerado y satisfecho semblante, como el asomo de la escuchada y tranquila conciencia.

Merceditas César, aquella gentilísima señora, orgullo y encanto de la sociedad granadina; aquella más que dulce beldad cuyas blancas sienas cifieron de consumo la admiración y el cariño con los lauros del triunfo y del amor, y cuyo nombre resuena aún dolorosamente en la aristocrática Sultana conmoviendo los amigos corazones, inspiró desde muy joven a Adán, quizá los mejores versos de su colección, en los que encuentro bellezas que admirar en cada estrofa, como que es la poesía del sentimiento palpitante, el canto del dolor, de la humillación y la vergüenza, al ángel de niveas alas que de pie un instante en su camino, parece juzgarle en su callada inocencia y perdonarle con la amable sonrisa de sus labios de rosa.

"Quise gozar mirándote de frente
Pero no pudo el corazón llagado;
Yo inmundo pecador, y tú inocente,
Tu la misma virtud, y yo el pecado".

"Casi me siento indigno de ofrecerte
Versos escritos de mi impura mano;
Pero mi triste corazón los vierte
Como flores que nacen del pantano".

"No le dejes morir sin esperanza,
No le rechaces con el pie. Perdona;
El a tu frente que fulgores lanza
Viene a poner su pálida corona

Tú no la necesitas, pero nada
Importa que mi voz llegue a tu oído,
Como a la Virgen del altar, sagrada
Puede elevar sus preces el bandido".

El poeta parece vacilar con su ofrenda de laureles ante la virgen de clásica belleza, e implorando su benévola aquiescencia, acércase temerosamente colocando a sus pies la corona que su espíritu tejiera, no osando, con impuras manos, ceñirla a la dulce cabeza. Admira y ama, como en la "temprana flor de la campiña", la delicadeza de forma y de matiz que así finalmente describe:

"Tu boca que el Señor cuidó en hacerla
De tus mejillas, la dormida rosa
De tu garganta, el resplandor de perla

He leído varias veces esta producción de Adán, que en parte me ha permitido transcribir en gracia a la original idealidad del asunto, fiel e ingenuamente presentado, y en donde se manifiesta como en pocas otras, la sensibilidad del poeta, deslumbrado por un fulgor del cielo, y humillado por un sonrojo de su conciencia: poesía del dolor en una de sus múltiples fases; homenaje de la inteligencia desastrada por la intemperancia, a la deidad amajestada por la inocencia; estrofas hechas de lágrimas que brotan del pecho oprimido y conturbado, caldeando la descompuesta faz, y cayendo a los pies —permitasenos la expresión— de la virtud misma, como un desagravio del yerro a la perfección. "Poeta" —dice Victor Hugo en su estudio sobre Shakespeare— "que la estrella que brille en vuestros ojos sea la lágrima humana; que lleven vuestras plantas el polvo de la tierra. Si sólo sentís las atracciones de lo infinito, alejaos en buena hora: os habéis creído un ángel cuando no sois más que de un pájaro".

En un ligero artículo de periódico, como el que me he propuesto escribir para "El Comercio", no cabe el detallado análisis que corresponde a más dignas y laboriosas plumas que la mía apenas guiada por el deseo de recordar las brillantes dotes literarias del amigo que no existe ya, a fin de que la crítica razonable y desapasionada, coloque el nombre de Adán Vivas en el prominente lugar que le asignan las pocas, pero buenas y bellas producciones de su privilegiado talento.

ESPAÑA, dedicada a don Nicolás Q. Ubago, es

una corta composición que adolece de algunos defectos en la forma, gusta sobremanera por la expresión del patriotismo que liga ingeniosa y delicadamente a las vicisitudes, si a veces desgraciadas, siempre gloriosas de la Madre Patria.

Canta en otros buenos versos la belleza soberana e invencible, como la de Nino de Lenclos o la de Diana de Poitiers, de la muy distinguida dama doña Margarita Ch. de César; el refinamiento y gracia exquisita de Blanca, la maga de trinadas notas cual las gargantas de nuestros jilgueros y zenzontles, y quien, al oírla, arranca a la memoria estos apropiados versos de Zenea:

“Es tu voz
una música tan suave,
Que parece que hay un ave
Que está cantando en tu alma”.

Celebra el misticismo triunfador de Elena; el ateísmo de Matilde; la maravilla del adorable rostro de Amanda, la de mongiles tocas, que se aleja del mundo:

“Prefiriendo de Cristo las espinas
Al penacho gentil de Juan Tenorio”

Honra el dolor en epístolas elegíacas que dirige a los señores Lacayo y Pasos, así como también, la nobleza de espíritu y caballeroso continente y acción del doctor Emilio Lacayo. Rima, en fin sus impresiones al dejar de esas estrofas, tocadas de tristeza y de vehemencia, como una despedida byroniana, citaré desde luego, como dignas de figurar en el número de sus más escogidas producciones:

“Adiós ciudad espléndida y querida
En cuyo seno, de mi alegre vida
Las horas se volvieron de dolor;
Adiós, ciudad de rosas y de espinas:
Todas mis esperanzas, en ruinas
El hado inexorable convirtió

“Adiós mujer: cuando tu pie descendía
Del parque umbrío por la fresca senda
Donde la flor primaveral te dí,
Con tristeza pensando en mis amores
Recogerá las abatidas flores
Que el viento del otoño hace morir”
Pronto esas grutas, verdes todavía
Sus hojas perderán, hermosa mía,
Al beso de la nieve sepulcral;
Y esa mar que tú ves alzarse fiera
Entre nosotros, su fatal barrera
Habrá extendido para siempre ya.

“Pronto verá cruzar al peregrino
Que hacia esta playa con aliento vino
Y desmayado siente el corazón;
Pronto a ese templo vivo y soberano
Desde tus altas ondas, Océano,
Yo le daré mi postrimer adiós”.

Poco antes de su aciaga muerte, publicó bajo el

título de SORPRESAS, una corta colección de sus últimas poesías, páginas del corazón en donde esplenden los postreros arreboles de su vida allá entre las escasas claridades de un cielo cubierto de presagos nubarrones de angustia, de desesperación, de muerte:

“Parece que me hacen cosquillas
Los diablos con dedos agudos;
La noche está negra; estoy solo:
Lector, este libro es mi túmulo”.

Este es el breve epílogo de sus cantos y de su vida; la última sorda nota de su lira; la final y agoniosa queja de sus labios. Recuerdan los últimos versos de Adán, los de aquel pesimista y meritísimo poeta catalán, don Joaquín Bartina, en cuyos poemas brilla el ingenio real dado por las sombras del corazón.

De esta colección, INFANCIA, OSCURIDAD, DIBUJO, EL NARANJO, CASA DESIERTA, LA CENA DEL CARPINTERO, AFRODITA, son las que presentan mejores valimientos para su selección.

INFANCIA, es la descripción de una procesión de Via-Crucis, vista al través del ahumado prisma de la desilusión y de los años redoblados por la desventura:

“De una flor sobre todo
Que huele a relicario,
De un color encendido
De ladrillo quemado,
Pequeñita y abierta,
Cual coralino grano,
Se hacían las cadenas
Para el Jesús de palo”.

Quien así tan sencilla y verdaderamente describe recuerdos e impresiones de la infancia; quien con tan bella naturalidad nos hace aspirar nuevamente el suave olor de los largos festones de siemprevivas con los que, en tal ocasión, se adornan por modo tradicional y exclusivo, los brazos de la cruz; quien así se conmueve con la contemplación de setas escenas que por sí solas forman la más atrayente y vistosa lejanía de la infantil edad, es poeta sin duda alguna, en el fondo; y quien así expresa sus diversos estados de alma con relación a los sucesos que le emocionan, lleva en su espíritu, la gama y tonalidades del artista, las armonías de la naturaleza humana, armonías audibles, por así decirlo, a los toques misteriosos de la impresión robustecidas y embellecidas por el aliento sagrado de la inspiración. La inteligencia abarcando e identificándose con el asunto que nos domina; la imaginación y el arte dando adecuada forma y colorido a la expresión; el sentimiento dando el soplo de vida a esa exquisita y alada creación llamada poesía, son los atributos o facultades eminentes, el QUID DIVINUM, del poeta. La deslumbrante hermosura de la Galatea, es la obra eximia del artista escultor; más la exaltación del artífice que lleva al lecho la estatua marfilizada.

En EL NARANJO, refiere con la fácil brevedad de un cuento, el episodio doméstico de la siembra de la extraniera semilla por las propias manos de la abuela rodeada del bullicioso coro de sus nietos, y a la vuelta de algunos años de ausencia, lamenta la desaparición del que creciera, árbol favorito, mudo tes-

tigo de las dichas del hogar, como de la desolación que naira enseguida el poeta, en sus versos **CASA DE-SIERTA**:

“Tengo frío en el alma,
Por mi cuerpo circulan
Inyecciones de hielo
Que mis nervios convulsan”.

Es la vuelta a la vieja casa de sus abuelos, envolvada y desierta. Los cuadros, los objetos, los árboles, los sitios escondidos para los juegos de la niñez, le hacen el efecto de espectros de cosas animadas y queridas momificadas de improviso por la mano de la muerte. Esparecida la dilatada familia; sepultados los dos ancianos venerables; sola, callada, inmensa, aquella antigua morada de tal modo ligada a su existencia, siéntese sobrecogido de espanto ante tan triste espectáculo, y huye conmovido en busca de la vida por un breve instante sofocada de su ser.

AFRODITA, es la poesía erótica, como muchas otras de Adán, en las que campeaba su naturaleza ardiente como un sol canicular. En obsequio a la aparatosa moralidad de nuestras costumbres, rayana en cuaquerlana austeridad, me privó a mi pesar, de citar algunas estrofas de **AFRODITA**, que acaso valdría la pena de conocerse un poco más, al menos entre los nicaragüenses aficionados a las bellas letras.

OSCURIDAD, es la envolvente tiniebla del espíritu. Flores, luces, risas, armonías todo ha pasado ya para el poeta. El corazón preñado de amarguras llora sentimientos e ideas que caen gota a gota sobre el rostro, en las terribles ebulliciones del dolor. Hay lágrimas que son una protesta, y llantos que valen una profunda imprecación al destino:

“El más profundo fastidio
Y el más cruel abatimiento,
Unidos en mi alma siento
Como eterna maldición”.

Hasta aquí tan solo he podido referir el corto número de poesías de Adán Vivas, que he tenido ocasión de conocer; y lamento sobremanera no tener a la mano sus artículos publicados en “**EL IRIS DE LA TARDE**” y “**EL CORREO DE GRANADA**”, cuyas columnas vibraron muchas veces con el verbo altivo, fecundo, y sonoro, joven aún, y sin otros estudios que los del Instituto Nacional de Oriente, y su propia dedicación a la lectura, descollaba como uno de los primeros escritores del periodismo nicaragüense.

Uno de sus más bellos artículos de que puedo ha-

cer memoria, fué el que escribió bajo el epigrafe de **REINA GUILLERMINA**, allá cuando el anciano Kruger, que había asombrado al mundo con las heroicas proezas de sus valientes boers, visitaba la atónita y reservada Europa, arrancando aquel hermoso canto de entusiasmo y reverente admiración del estro divino de Rostand: “Perdón sublime Kruger! perdón para esta horrible y vieja Europa!”.

Tenía Adán la incomparable ventaja de una asombrosa facilidad de composición en la que siempre se reflejaba su original subjetividad. De paso una vez por esta ciudad, se le llevó de paseo al pintoresco sitio de nuestro cementerio, desde cuyas colinas se domina un vasto y espléndido horizonte, y pocos momentos después de regresar a la ciudad, le vimos con sorpresa aparecer trayendo en su mano las cuartillas en las que describía sus impresiones de la tarde en párrafos de espontánea gallardía, dignos de su pluma victoriosa y del consagrado lugar que llevara a su espíritu ráfagas excitadoras de inspiración.

“Adán” —decíame un día su hermano Adolfo, que tan alto puesto ocupa hoy entre los escritores nacionales— “diflere de mí, en que cuando yo necesito la observación de un hecho real, a él le basta la simple exaltación de su fantasía para la elaboración de nuestros respectivos escritos destinados a la prensa”. Dicho tan cierto como que Adolfo se inspira en las fuentes del realismo, mientras que Adán, sin presumirlo ni quererlo, enarbolaba sobre su tienda de escritor o pabellón de poeta, la enseña azul del romanticismo.

Víctor Hugo, Byron, Espronceda, parecían ser sus poetas predilectos. De pasmosa memoria, recitaba largas y escogidas estrofas de los autores mencionados; o bien, por ejemplo, la admirable descripción que en **LOS MISERABLES**, hace Víctor Hugo de la aparición de la Guardia Imperial en aquellos gloriosos campos de Waterloo, inmortalizados por el más grande desastre de los siglos.

Hoy, he dicho, cúmplase un lustro de haber rendido la corta y penosa jornada de su vida, el malogrado joven escritor y poeta granadino, Adán Vivas. Si la ocasión llegase, gustoso prestaría mi humilde colaboración para un ensayo de mayores alientos que el que cabe en la obligada brevedad de un artículo de periódico, sobre los méritos de Adán Vivas en el doble carácter en que aquí le considero, no como un poeta y escritor de nombradía hispanoamericana, sino como una esperanza caída en flor para las patrias letras, como un iniciado que lució fulgentes arreos en nuestras lizas literarias, que no por su estrecho campo, son menos meritorias ni menos dignas de estímulo y de aplauso, y que acaso hubiera alcanzado a serlo, en fuerza de su dedicación y su talento, por más que estos ambientes tropicales parecían tan poco propicios para culminar en el divino arte de Zorrilla, dragago; de Lamartine, el contemplativo; de Poé, el visionario; o en el más humano de Michelet, el iluminado;

de Macaulay, el doctor; de Castelar, el olímpico.

Sean estas rápidas líneas, que tanto distan de presumir ser un estudio crítico de la producción literaria de Adán Vivas, la primera piedra de la columna que otros brazos de mayores energías, movidos por igual voluntad a la mía, contribuyan a levantar sobre su tumba, como un acto sobre su tumba, como un acto de póstuma justicia a las sobresalientes aptitudes de aquel genial poeta y brillante escritor que impelido en sus últimos años por la inclemente fuerza del destino hacia el vertiginoso piélago de la incontinencia, por entre los escollos de la humillación y del dolor, deshechas las ilusiones de la vida, lacerado y agostado el corazón, alzó un día la espaciosa y abatida frente en busca de la luz de la rehabilitación, vio cerca de sí con reprimido espanto la oscura playa de la muerte, y se tendió sobre ella, triste, tranquilo, resignado, como acogido al último refugio de la humanidad doliente.

Duerme aún, aguilucho. Hay fosas que son como cámaras probatorias de la verdad. Reciben la yerta materia y devuelven la luminosa idealidad. Acaso en breve día, conforme con mis votos, la mágica vara de la fama nacional entreabra la tuya, y surjas de allí, donde ahora yaces, águila blanca de serenos y altos vuelos por los cielos de nuestra posteridad.

Rivas, Junio 7.

DIEGO MANUEL CHAMORRO

SEÑORES:

Una antigua ley ateniense reservaba los fúnebres elogios y las ofrendas florales para aquellos soldados que hubiesen muerto combatiendo en los campos de la patria. Y he aquí que un soldado plétórico de energías admirables, que un Jefe de las más grandes y atrevidas valentías, inquebrantable y paciente en la derrota, prudente y sobrio en la victoria, temeroso y audaz en la batalla ha caído en la arena sable en mano, con estrépito de poderosa armadura —y tal un Cid Campeador— con la adusta expresión de la tenaz y altiva bravura de los héroes en el noble rostro bañado por la suave claridad del sol poniente. Honor a la vida sin mancha del paladín victorioso llena de alientos de combatividad sorprendentes. Honor a la muerte que al sonar para sí, la triste hora del último destino, rindió todas sus armas flamantísimas, y se inclinó humildemente para que en él se cumpliera la voluntad de Dios!

Pocas vidas nos será dado encontrar en nuestra historia —preciso es confesarlo— que aventajen en manifestaciones generalmente meritorias, a la del

conspicuo ciudadano Don Diego Manuel Chamorro, que ahora yace en esa caja mortuoria, y que por ello mismo, y en doloroso contraste con su triunfadora existencia y con la exaltada cumbre de donde acaba de despeñarle violentamente el rayo de la muerte, pone en mis labios esta inspirada sugestión del poeta:

The deard butscopleied Sovereigns who still rule
Our spirits from their urns.

“Son los yertos Soberanos que el ceto empuñan
Y los pechos rigen, desde la propia tumba”

Nacido en el seno de una familia ilustre que dio tantos próceres a la patria, y nutrido su espíritu en las hermosas tradiciones cívicas, en el ambiente del hogar y del partido a que él tan dignamente perteneció, hizo de ellas la aspiración esforzada y suprema, el lema glorioso de su vida entera y ardientemente consagrada a la patria que él tanto y tan ciertamente amó. No hay uno solo de nuestros esfuerzos revolucionarios por restablecer en el país el orden constitucional y el derecho y la libertad ciudadanos, que no le haya tenido a él como a uno de sus mejores consejeros y más denodados defensores; ni un solo triunfo, ni un solo desastre, que no le haya contado prominentemente en el número de sus más escogidos abanderados de vanguardia. Sereno y firme en los caprichosos vaivenes de la suerte, bastábale hollar con su planta la dura tierra de la persecución para alzarse —nuevo Anteo— con todos los demás, sus iguales en amor patrio, con el estandarte de todas las rebeldías y de todos los sacrificios en aras de su única obsesión, la salud pública, o sea, el bien nacional.

Era el caballero de la humana energía de que nos habla Darío. Recordemos su dominante e imponente figura en el Congreso, a cuyo augusto recinto penetraba “armado y empenachado guerrero”, ajustado al cincelado simul de artífice genial para el célebre LEADER republicano Mr. Blaine; y ahí abrazando sus formidables armas, e impelido por su honda convicción y ánimo caballeresco, combatía valerosa y provechosamente, por tradiciones y principios, a su entender sustantivos, o bien, por las nuevas orientaciones que abrían una ancha vida de seguridad y de progreso al país, y que él veía brillar como una aurora de deslumbrantes coloraciones de redención; y enardecido por el calor de la idea, y por ella hecho irreductible y fuerte, pudimos siempre contemplar flotando con heroicas gallardías, su alta y blanca cimera de combatiente apercebido y leal, si visionario a veces, lo mismo en la tribuna parlamentaria que en el rudo estadio de la prensa en donde fulge su recuerdo de brioso polemista y de culto expositor de sus levantados mirajes de patriota.

Recordemos la época de actividad ilustrada, brillante y patriótica, acaso la más lucida de su vida, la de su espléndida actuación como Ministro de Re-

laciones Exteriores y de Instrucción Pública, en la que, estimulado por los claros prestigios de su abolengo, y por las más altas y luminosas huellas del Ministerio, imprimió en el primer ramo, con éxito completo, un nuevo y vigoroso impulso de amplia y franca y docta discusión y defensa de las cuestiones de más ardua y vital naturaleza que constituyen la base del Gobierno, y reformó laboriosamente, en el segundo, el sistema y plan de instrucción, empeñado, como Horacio Mamm, en extinguir la masa analfabeta por la difusión de la enseñanza, y creyendo como Portalis, que no hay enseñanza sin educación, ni educación sin religión.

Recordemos también el airoso y hábil desempeño de su misión diplomática en aquel país admirable y amigo, bajo cuya sagrada bandera —en las memorables palabras de un notable orador americano— “no hay ser humano que no se sienta y permanezca libre”; y finalmente, los resplandores que iluminan la cima de su ejemplar existencia que corona con el bien merecido galardón de la Presidencia de la República, en la cual, y como para demostrarnos ahora y siempre lo deleznable y frágil de las cosas humanas, le sorprende la muerte en medio de sus altas labores y esperanzas; y el bravo luchador, y el caudillo y el patriota, y el estadista, y el buen padre de familia, y el caballero, y el amigo —digno émulo de sus esclarecidos antepasados— alcanzando apenas a levantar al azul la mirada sorprendida y penitente, pasa noble y cristianamente, como un leve soplo, de la vida terrenal, con todas sus relevantes cualidades que reclaman el aplauso, y sus inevitables imperfecciones que hoy cubre el velo del respeto humano, sumiendo así en justo asombro y en profundo duelo a su familia, a su partido, y a su patria.

Hombres hubo definidos por símbolos característicos de sus grandes obras. El propio, era el símbolo preclaro de una muy distinguida parte del Partido Conservador. Era todo un carácter que se crecía y templaba en los ardores de las luchas partidarias, o en aquellas situaciones que más demandaban fortaleza y valor. Estadista y caudillo a la vez; a la vez brazo y cerebro, forjaba ideas y libraba acciones en su apoyo, con el nervio vibrante y vencedor del hombre entero y fuerte que se erguía dominador dentro de sí mismo; y ora pensaba y actuaba elevada y prontamente en las altas esferas oficiales, ora prodigaba la eficacia de su impulso por doquiera que fuera menester, ora impartía sus entusiasmos doctrinarios a las muchedumbres o a la juventud ávida de enseñanzas, de esas que tallan adolescentes corazones en órganos palpitantes de viril y generoso patriotismo.

El Partido Conservador de Bluefields, de aquel importantísimo departamento llamado a ser, en breve, nuestra puerta salvadora al Atlántico, se ha servido encarbarme anoche la honra inestimable e inmerecida de su representación en estos solemnes funerales del señor Presidente don Diego Manuel Chamorro, de modo que sus sentimientos de hondísimo pesar queden aquí asociados al gran dolor de la República; y si en este ingénno gesto de última y sentida despedida, que no presume las galas de la oración, faltase a mi voz el inspirado y movedor acento de la elocuencia, só-

brale sin duda, el del elevado afecto y aprecio conturbados que viene a dehojar, espontánea y admirativamente, las flores naturales del homenaje de la consernación del Partido Conservador de Bluefields, y de mi propio dolor, sobre “el desvanecimiento de la seda azul y blanca” que cubre el féretro del eminente ciudadano y distinguido amigo mío, cuyos sagrados restos van a pasar bien pronto —para apropiarme la frase de un elegante orador argentino, para el gran Mitre— “bajo el pórtico de la mansión de la muerte que es para él, como el dombo estrellado de un arco triunfal!”

Granada, Octubre 15 de 1923.

29 DE JUNIO DE 1855

RIVAS, 7:30 p.m., del 14 de Julio —Recibido a las 7:30 p.m., del mismo día— Ingeniero J. Andrés Urtecho. En carta que le envié y que no recibió, le pedía escribiera margen acción de armas 29 de junio 1955 para agregarla Revista que preparo— Quisiera Ud hacerlo mandándolo correo mañana? — F. P. Flores, Vice Srio. Comité”.

No contando, pues, más que con breves momentos para honrar, cuan bien me es dable, la atenta solicitud del señor Secretario F. P. Flores, de enviar hoy mismo mi modesta colaboración para la Revista a su cargo, sobre el suceso de magna trascendencia que recuerda la fecha memorable que sirve de epígrafe a este artículo escrito al correr de la pluma, no entraré en detalles históricos sobradamente conocidos, ni estudiadas apreciaciones, por otra parte innecesarias, del grande acontecimiento aludido en el muy agradecido mensaje que inserto por vía de explicación personal.

Recuento someramente, no obstante, las fases resaltantes y precisas de aquel hecho de armas que tanto o más que la acción posterior de Jocote, merece el honor que a ésta le discierne el sabio geógrafo Reclus, cuando la llama con toda propiedad, la primera batalla en suelo americano contra la esclavitud y por los fueros de la dignidad y de la libertad humanas.

La falange de Walker, en número de 55 experimentados rifleros americanos, algunos de los cuales habían sido con militares del célebre esclavista en las famosas correrías aventureras de Sonora, con el aditamento de cien soldados nativos al mando del Coronel Ramírez, desembarcaron del bergatín VESTA en la playa de Gigante del Departamento de Rivas, el 27 de Junio de ese mismo año, marchando en seguida con dirección a la ciudad cabecera, adonde llegaron, a pesar de las fuertes lluvias que prolongaron la jornada en la mañana del 29.

Walker ordenó que se entrara a Rivas por el lado de Santa Ursula. La ciudad había sido puesta rápidamente en actitud de defensa precaria, por su Jefe el Coronel Bosque. Contingentes de patriotas afluían de los pueblos circunvecinos del Departamento. El pe-

queño retén de Tola, se había reconcentrado la noche del 28, después de un cambio de descargas con las tropas filibusteras, y habían llevado el grito alarmante y al mismo tiempo excitador de los más viriles impulsos, de ANNIBAL AD PORTAS, como en la batalla de Canas, a la ciudad amenazada y desprovista de los elementos indispensables para combatir con esperanzas de éxito, las bien equipadas y desalmadas huestes invasoras cuyo solo nombre era el terror de las pacíficas poblaciones y cuya sola presencia era signo de insolente infatuación y de fácil victoria. Los Jefes más aguerridos y experimentados de Walker, Kewen y Crocker avanzaban a paso de carga hacia la plaza. El Coronel Ramírez y su tropa abandonaban a los americanos, tomando el camino para Costa Rica, y el Coronel MANUEL ARGUELLO volvía a tiempo de San Juan del Sur, con su fuerza de 75 hombres, para tomar parte eficaz y decisiva en este hecho de urmas para siempre memorable.

Los rifleros americanos traen armas de precisión. Los patriotas nicaragüenses, en mayor número, sólo tienen antiguos fusiles de chispas, escopetas de caza, y armas contantes.

La acción se traba a medio día, y desde el principio, con el mayor encarnizamiento por ambas partes. Los dos primeros en caer, son los americanos mencionados por quienes Walker había sacrificado, gananciosamente, una victoria. Luego quedan inhábiles, uno en pos de otros los altos oficiales De Brissot, Anderson, Doubleday y otros, todos ellos militares de la mayor importancia en la falange enemiga. De nuestra parte, entre las pérdidas más sensibles, figura la del joven patriota de "heroísmo suicida" como lo llamó aquel prócer notable, vástago digno de los más acrisolados hidalgos castellanos, don Pedro Chamorro, al mencionar honoríficamente a FRANCISCO ELIZONDO, uno de los más aguerridos defensores de la plaza, que al frente de su destacamento contuvo la fuerza impetuosa del asalto bucanero, obligando a los asaltantes a refugiarse en la casa de adobes de don Máximo Espinosa, al pie de la colina de Santa Ursula, desde donde hacían un fuego mortífero sobre aquella valientísima juventud meridional que sembró el campo de batalla con lo más granado de sus miembros de la noche a la mañana convertidos en soldados, en héroes y en mártires, y caído él mismo para no levantarse más, tras aquel esfuerzo de insuperable resistencia y bizarría que hizo, luego, posible el hecho admirable de Mongalo.

Vió entonces el Coronel Bosque la necesidad imperiosa de sacar a los americanos por el incendio de la casa aspillera que ocupaban. Llama, al efecto, a un patriota cualquiera de las filas, que ofrendara espontáneamente su vida en aras de la patria.

El joven rivense don Manuel Mongalo, de excelente familia y de no escasa cultura, avanza para recibir la tea incendiario de manos de su jefe; y sin vacilar un instante, y deslizándose a rastras por entre las paredes derruidas de la localidad, llega y se yergue estatuariamente contra la pared entre dos claraboyas contiguas que lo defendían de los disparos enemigos, y con el brazo levantado prende fuego a la techumbre, y logra volver al seno de los suyos que lo reciben con

júbilo y orgullo, mientras acometen con brillantísimo denuedo a los filibusteros hasta hacerlos salir de su guarida insegura y huir a la desbandada por entre las haciendas de cacao y platanares parciales, con rumbo a La Virgen, en la derrota más absoluta y tremenda, tanto para su presunción immedible como para su incomparable ventaja sobre las fuerzas nativas sin armas adecuadas, sin municiones, sin experiencia ni dirección, con tiempo apenas para reponerse de la aparición filibustera en el campo improvisado de la acción

Era la primera batalla campal que libraba Walker en suelo nicaragüense, y aquella briosa juventud rivense, parte de ella de simples adolescentes, hizo comprender al avezado y atrevido guerrillero, en el espacio de cuatro horas de reñidísimo combate, que el patriotismo es, por sí solo, una fuerza moral de tan incontrastable pujanza, que hace morder el polvo de las más vergonzosas derrotas a tales tumbas de bandoleros sin conciencia que si, a veces, no entran a saco en los pequeños haberes del proletario, incendian ciudades y asesinan prominentes ciudadanos con lujo de barbarie, en nombre de la ley que ellos imponen, y roban países regularmente constituidos en su forma autónoma y soberana para uncirlos al yugo de la esclavitud infamante y cruel, con el fin de asegurar miras políticas del Sur contra el Norte de los Estados Unidos de América, previas a la guerra llamada de sejección. Testimonio imborrable de semejante lección en los tiempos heroicos espartanos: las Teimópilas.

Esta hermosísima enseñanza fué la que dio en la batalla del 29 de Junio de 1855 la juventud rivense en el recinto septentrional de la ciudad Y si huelgan las críticas ligeras por la falta de persecución a las tropas de Walker, tan desastrosamente derrotadas que el mismo jefe filibustero las describe al llegar a San Juan del Sur, "como un puñado de hombres, varios de ellos heridos, algunos sin sombreros, otros sin zapatos, y todos rendidos por el cansancio, arrastrando sus rifles por las calles del puerto", justo es recordar que careciendo aquel grupo de inexpertos patriotas de los elementos propios y necesarios para el combate, así como del escaso material y de los hombres disponibles, no podían pensar por el momento en una persecución azarosa, limitándose a cumplir como buenos con su gran deber de la defensa heroicísima de Rivas como un acto plausible de salvación nacional.

Versiones hay acerca de haberse anticipado a Mongalo en su abnegado ofrecimiento de quemar la casa de Espinoza, el heroico joven Francisco Elizondo que pagó con su vida en flor, su arrojo de enfrentarse tenazmente con su pequeño resguardo a las tentativas de avance de los americanos, pero el hecho no ha sido históricamente comprobado, sobrando laureles para ambos, y quedando destacada la figura de Elizondo, cayendo en el fragor de la batalla después de obligar a las tropas bucaneras a encerrarse en su reducto infernal, y la de Mongalo, en su acción de pasmosa valentía, al incendiar este refugio de guerra de los esclavistas americanos.

Propicia ocasión que no podré desperdiciar es ésta, para tributar mis calurosos aplausos a todos aquellos espíritus generosos y patrióticos que han alzado feliz-

mente, la noble y justa idea de que se erija un monumento nacional en la ciudad de Rivas, al valeroso soldado meridional MANUEL MONGALO que por largo tiempo ha esperado en la obscuridad y en el olvido el reconocimiento de la Patria en la consagración mármorea que se proyecta de su inclita hazaña recordatoria de los tiempos heroicos de Nicaragua, ya al parecer pasados en la evolución de lo que se da en llamarse lo moderno en la civilización.

Pero mañana que al estampido del cañón y entre músicas marciales y el entusiasmo frenético del pueblo, se alce hermosamente el monumento conmemorativo del héroe en el propio campo de su memorable acción, será al par que una gloria nacional dignamente etsatuada, una eterna y sugestiva lección en cuanto al propio y legítimo concepto del patriotismo que es virtud de patria esencialmente y no de banderillas determinadas maleadas por el virus destructor de las pasiones políticas lugareñas en detrimento del bien naciona. No serán franjas verdes o rojas las que empañen la figura destacada del patricio, sino el sacro emblema nacional por el que se va hasta el último y bello sacrificio como el que va a conmemorarse en la ciudad de Rivas, tras un largo lapso que vale una centuria.

Entonen entonces poetas y escritores, épicos cantos en loor del denodado soldado meridional MANUEL MONGALO, como lo hicieron en nuestra vecina y querida república de Costa Rica al levantar a su héroe indiscutible e igualmente glorioso Juan Santamaría la estatua que tan magníficamente se alza en Cartago como imperecedero recuerdo del deber patrio a las generaciones sucesivas, hasta la altura admirable y envidiable que él inmortalizó emulando la fibra heroica de Mongalo. Pero apaguemos, con sanción pronta y enérgica, esas voces destempadas del fanatismo y del engreimiento sectario que no ven ni toleran grandeza alguna a la sombra del otro campanario sin que provoque su insana acometida de abatimiento y destrucción, como si no fueran todos los mejores valores de la patria, aún cuando se incurriese en el yerro excepcional de dar crédito histórico a lo simplemente legendario. ¿No resulta, acaso, de muy más excitadora y provechosa significancia el mito que el hecho real en los fastos nacionales? No desumbran y enseñan y mueven y arrebatan los países del viejo Continente precisamente con las páginas de mayor belleza y sin embargo, de la más dudosa aceptación, en el crisol de la crítica, como rasgos individuales en la idealidad de la vida nacional?

Ensalcemos con corazón exaltante, esos héroes y esos genios y aún esos mitos que —dijérase— sembramos en el alma de los pueblos como gérmenes de futuros advenimientos de glorias positivas para a Patria, y condenemos, donde quiera que se muestre, ese frurito ruín y cizañero de rebajar y aniquilar merecimientos —legítimos o ponderados— cuando ya han recibido la consagración nacional en el decurso de los tiempos.

Salud, desde esta página, sombra que acaso vuelvas gloriosa y glorificada en la albura del mármol, a influir de nuevo en los destinos del querido terruño

y de la Patria amada, enhiesto en la plenitud de tu prócera estatura, sereno el semblante, resuelto y firme el ánimo viril hasta el sacrificio de la vida al reclamo de la Patria, hurtado el gesto de los intereses terrenales y transfigurado en las excelcitudes sublimes y arrebatadoras de lo trágico y las exaltaciones del patriotismo, y alta en tu diestra la tea incendiario del heroísmo, bajo el riente cielo meridional, como una perenne enseñanza del deber cívico del hombre en su más pura y abnegada ejecución en las luchas guerreras por la vida y la salud de la Patria, y como una lección igualmente, edificante y eterna de ese mismo deber por la Patria y para la Patria únicamente, en los tiempos tranquilos de la paz! Símbolo santo y sólo, por erigirse, del heroísmo en suelo nicaragüense, preciso es que me alce a mi vez, impresionado ante la idea generosa como un fervido reclamo nacional, para repetiros la salutación anticipada de mi entera admiración para vos, modesto soldado, ni legitimista ni democrático sino de la Patria, que hacéis recaer sobre ella y sobre nuestro suelo que nos son comunes, la gloria preclara de los héroes con vida inmortal en la posteridad!

Managua, Julio 15 de 1935.

LOS ESBOZOS DE Mr. HAMILTON

CARTA I

San Juan del Sur, Nic. C. A.—Mayo, 1º de 1907.

Querida y respetada amiga:

Cuando al regresar a nuestras felices y bulliciosas playas americanas, después de una larga temporada diplomática en la antigua villa coronada, recinto sagrado de las ya pasadas glorias españolas; cuando al besaros las más bellas manos del mundo en vuestra espléndida mansión de la avenida Springfield en Filadelfia, tuve el honor de presentaros, como un humilde testimonio de mi admiración y de mi cariño, el libro que escribiera por vos y para vos, narrándoos mis impresiones de viaje por la heroica y romántica patria del Cid y de Cervantes, que fuera un día la señora de dos mundos, y que, en el concierto actual de las naciones europeas, brilla aún al reflejo de su incomparable historia y de sus poéticos mitos y leyendas, jamás pensé que otra vez surcaría la ondulante llanura del Atlántico, en la más extraña de mis peregrinaciones por semejantes regiones del planeta.

Como véis, viaje de INCOGNITO, no que presuma de rancios abolengos mobiliarios pues que harto conocéis mi carácter esencialmente democrático, ni que incurra —DE MOTU PROPIO— en la ridícula y servil imitación de los nobles blasonados del viejo mundo que visitan nuestra republicana América con el pueril llamativo del incógnito, en defecto de propias y honorables ejecutorias, sino por mero capricho o conveniencia de nuestro Presidente, quien al confiarme la misión particular y privada de estudiar DE VISU es.

tos desdichados paisecitos que tan a la zaga marchan por la vía de la civilización y del progreso, pusiera especial empeño en rebautizarme desde mi inscripción en la lista de pasajeros del vapor que debía conducir-me a Colón, y en transformarme de mi honesta ocupación de escritor, en la aventurera y fatigosa como prosaica condición de comprador de terrenos. ¡Valiente comprador estoy yo, que jamás dí en el hito de la buena o mala calidad de las tierras, y a quien engañan, con pasmosa facilidad, hasta los vendedores de nueces y avellanas del barrio de la Universidad!

Durante la monótona travesía de mar, venía familiarizando a mi espíritu con cuantas descripciones y estudios de todo género se han publicado con relación a Centro América. En la última y hermosa mañana del mes de abril, el "New-Port" echó anclas en la pequeña rada de San Juan del Sur, e incontinenti fui a vestirme de punta en blanco a estilo tropical de TOURISTA americano, cruzándome, a la bandolera, mi carriel emblemático de comerciante en tierras o especíes, cubriendo mi incipiente calvicie con un enorme sombrero panameño, cuya rigurosa razón de ser no se me alcanza, y acomodando la más plácida sonrisa a mis labios, apresuréme a dar el brazo a mi animosa hija Mildred, para admirar con ella, desde la baranda descubierta, el bonito si triste panorama del puerto engastado en la garganta de aquellas abruptas cordilleras.

Una limpia y espaciosa comba en forma de herradura caldeada por los rayos del sol, ceñía las juguetonas olas de la costa, como aderezo de mujer sujetando los rebeldes izos. Al pie, y al recodo de las desnudas lomas, un apuñado grupo de modestísimas viviendas. Al otro extremo, las arenas brillando en la inmensa soledad de los desiertos africanos, poniendo el desaliento y la congoja en nuestros pechos, y en nuestros labios las primeras exclamaciones que, a un tiempo, nos arrancara la desilusión. Bajamos a tierra. Recorrimos en parte aquella espléndida y desierta playa que tan mezquina nos pareciera desde a bordo, y desde la oficina cablegráfica situada en la propia costa del mar, y servida por empleados ingleses en su generalidad, contemplamos aquella bahía pintoresca en la plena rudeza de la naturaleza, y la que, años atrás, durante la febril excitación motivada por los yacimientos auríferos de California, sintiera balancearse sobre sus tranquilas aguas, como aves mensajeras de bonanza, los varios cascos de navíos de vela o de vapor; su puerto repoblado y enriquecido con las corrientes de inmigración o de tránsito, su aspecto próspero y comercial; risueñas y brillantes las lontananzas de su porvenir. Y ante el contraste de la contemplación y de la realidad, paseamos contristados por sus estrechas vías públicas con raros COTTAGES de decente apariencia, habitados la mayor parte por familias extranjeras ocupando el resto de sus moradores, pobres y aún miserables viviendas de muy precaria construcción, trascendiendo todo aquello a población flotante, sin arraigo, sin miras de ostensible mejoramiento, con escasas nociones de higiene a cargo principalmente de los vientos que soplan de las alturas circunvecinas, casi sin instinto de belleza y de arte, o si existen, perma-

necen degenerados o apagados por la indiferencia o la desidia que parecen ser características al bajo pueblo hispano-americano. La clase proletaria va aquí descalza; los hombres visten de camisa, o camiseta por lo común de colores chillantes, y generalmente se les ve durante las horas de labor, arrollados los pantalones hasta las rodillas, y desnudo el requemado y sucio busto; mientras que las mujeres de esta misma clase llevan escasas sayas de pobrísimas telas, y cubren la parte superior de sus cuerpos con lo que llaman "camisas", prenda suelta de la misma tela, sin mangas, de escote exagerado rayando a menudo en la indecencia y tan ridículamente corta que apenas les toca a la cintura. Viven prácticamente la vida pública de la calle; vociferan y gesticulan para hablar las cosas más baladíes e innecesarias, o sin preocuparse en lo mínimo del tiempo que pasa, piérdense en casas de aquellas particulares que les son afines, en insulsos comentarios de extraños asuntos que en nada y para nada les conciernen; cocinan muchas veces en ollas de barro sobre pedruscos colocados en el suelo no pavimentado del cuartucho que desempeña a la vez los oficios de sala, aposento y cocina, o del zasuizami en donde se revuelven en la más degradante confusión; los chicuelos de esta infeliz y prolífica ralea van casi siempre puercos, harapientos y hambrientos, los más pequeñuelos comúnmente a iastias sobre el polvo, o durmiendo bienaventuradamente sobre la madre tierra por todo lecho, en presencia de los indiferentes, o bien acostumbrados padres a escenas tan tristemente conmovedoras como éstas, de primitiva e inconcebible sencillez.

Entre los hombres de esta clase hay una propensión fatal al abuso de bebidas espirituosas que expenden desalmados negociantes, no sólo de la peor calidad imaginable, sino confeccionadas con ingredientes deletéreos y entopecedores, cuyas víctimas pasan de la ebriedad más abyecta a las más salvajes reyertas de cuchillo o de machete, embistiéndose con furia sangui-naria, o aire cínico y desvergonzado de empedernidos malhechores, como los majos de la riente Andalucía, cuyas fogosas pasiones y desordenados instintos parecen heredar y conservar en su índole genuina, a través y a despecho de los siglos.

En cambio, es un pueblo por naturaleza nada torpe, antes bien, dotado de agudeza y buen sentido. Resignado hasta lo inverosímil en el sufrimiento, bastándole los más pueriles pretextos para resarcirse de sus penalidades con peculiares y curiosos esparcimientos, de que ya os hablaré en otra ocasión. Raza sencilla y bien animada moralmente, de hábitos morigerados cuando el vicio no ha llegado a corromperlos, resistentes en los más penosos trabajos que ejecutan bajo el quemante sol del mediodía. ¿qué le falta a esta clase desgraciada para su mejoramiento y rehabilitación? Le falta lo que nunca será bastante aún en nuestros emporios de civilización: el ojo avizor del estadista; la caridad bienhechora y munífica del capital. Escuelas hasta por los ámbitos más apartados del país; maestros de enseñanza práctica y elemental; moralizadores que siembren por doquiera en el pecho de la infancia descuidada, la semilla del bien, escardando los prejuicios y absurdas creencias transmitidas de generación en ge-

neración; apóstoles de la civilización que despierten la conciencia de la individualidad humana en cada espíritu ensombrecido por las nieblas de la ignorancia, o entorpecido por la densa noche del mal; filántropos que distraigan de sus cuantiosos haberes, ora sea por el prurito de la vanidad personal, ora con las miras de modesta retribución pecuniaria, ora por el propio nobilísimo sentimiento de la caridad y de la piedad humanas, aquellas sumas indispensables para la creación de edificios y centros de beneficencia, escuelas, talleres, hospitales, viviendas modelos que alberguen familias de miserables obreros, y les estimulen en el concepto de la aspiración a la vida en armonía con la decencia y la cultura que exige el adelanto de nuestros tiempos. Paz, disciplina, instrucción, filantropía, honestas distracciones, leyes protectoras para la clase desvalida atendiendo a sus necesidades y condiciones de mejoramiento, ved aquí la solución y rehabilitación de esta infeliz clase menesterosa, sobre la que caen los ojos de las clases superiores tan sólo para deprimirla o extorsionarla.

Dignaos, amiga mía, corresponder con la benevolencia y dulzura que os distingue, a estos mezquinos pero seguramente afectuosos testimonios de mi consideración y mi cariño por vos.

Mi hija os ama; y yo beso vuestras manos, sobre las olas del océano que nos aparta.

ROBERT D. HAMILTON.

CARTA II

San Juan del Sur, mayo 2 de 1907

Querida y respetada amiga:

Creed en el pesar con que reduzco las ordinarias dimensiones de mis cartas para tan amable lectora, obligado por el sofocante calor de estas latitudes. Os escribí ayer como si hubiese estado sometido a un baño de vapor. En Panamá, sentábame a la mesa de comer con una toalla sobre mis rodillas a guisa de pañuelo ¡tan molesta y abundante como inconveniente era la exudación provocada por los más breves ejercicios! Y si os apunto estos, al parecer, nimios detalles, es con el fin de derivar de ellos la primera espontánea y cierta observación que, a despecho del sufrimiento, salta del cerebro de todo extranjero nacido bajo cielos menos inclementes, cual es: que contra semejantes condiciones climatéricas es la más irracional de las exigencias, esperar encontrar en tales países un mucho mayor grado de desarrollo material en consonancia con el estado de civilización de las naciones más favorablemente situadas del mundo.

Pensad, señora, que esta misma latitud cubre, poco más o menos, lugares infinitamente peores algunos, y otros que lo estarían así si se les dejase a sus propias fuerzas, tales como Bathurst en la Senegambia, Gondar en la Abisinia, Madras en el Indostán, Manila en las Filipinas, etc.; y que, si en Centro América, se dejase un poco la baja política lugareña y personal, para tender la vista a los más amplios ho-

rizones del desenvolvimiento de todos los recursos patrios, y de un bienestar general, el extranjero, observador e inteligente, que pisase estas tierras llamadas a un porvenir mejor, no podría menos de rendir el homenaje de su admiración al esfuerzo honrado y perseverante, tanto más enaltecedor cuanto más desventajosas sean las condiciones de clima que os señalo.

Vos misma que visitasteis el Egipto septentrional en el verano antepasado, el Egipto que está, con poco, a la altura ecuatorial de nuestra Florida y de la Baja California, os habéis visto precisada, si bien mayormente por vuestra penosa y sensible enfermedad, a huir hacia las altas montañas de Suiza; habéis cruzado luego por la Francia, abordando a la britana orilla; y a mediados del otoño, saludasteis, de nuevo, con vuestras sonrisas las acariciadoras y sugestivas costas americanas, siguiendo así, sin que quizás os dieseis cuenta de ello, las huellas mismas de la civilización; de la India al Egipto; del Egipto a la Grecia; de la Grecia, a Roma; de Roma, a las más altas conquistas del imperio de Julio César; de la antigua Albión, nuestra madre-patria tan admirada como ilustre, hasta las azules y queridas ondas de la bahía de Nueva York, que bañan la planta del soberbio monumento de Bartholdi, símbolo fiel y augusto de nuestras libertades y de nuestras glorias, que la más culta y brillante de las naciones del viejo mundo presentara a la joven América, naciente emporio de poder y de civilización, por la digna mano de uno de sus más esclarecidos y desgraciados hijos, el Conde de Lesseps.

La mañana de hoy ha sido tan calurosa, y el sueño y el descanso han andado tan alejados de nosotros durante la noche, por varios motivos naturales al aclimatamiento, y sobre todo, a causa de los duros lechos de piel de res extendidos sobre marcos de madera que nos fueron destinados, según la usanza del lugar, que mi hija ha tocado a la puerta de mi dormitorio anticipándose con mucho a las primeras luces del día, ves time apresuradamente, y tomándola del brazo con ademán afectuoso y compasivo, pusimos en marcha hacia la costa, en busca de las refrescantes aguas del mar. Las luces del "New Port" parecían columpiarse en la aparente lejanía de la oscuridad, y se nos antojaban ansiosas señales de despedida, o de afanosa insinuación para nuestro pronto regreso. El día empezó a clarear, y vestidos de bañistas según nuestras costumbres, y tomados de las manos mi hija y yo, corrimos por aquella húmeda playa en persecución de la ola refulgente y espumosa que huía, bajo nuestros pies, hacia la hondura misteriosa como escapándose de ser batida por la nueva ola que ya se hinchaba a nuestra vista, y tras temerosa expectativa nos lanzamos a su encuentro hundiéndonos en su seno delicioso arrastrán donos consigo, y dejándonos luego resurgir con mayores bríos en espera y al encuentro de los magestuosos, inmensos dorsos; de la encrespada avalancha; de la estruendosa e irresistible carga oceánica contra la blanda y movediza barrera que le impone límites infranqueables, las impasibles e inmutables arenas de

Al salir del baño, cobijados en nuestras holgadas batas que dejáramos en la playa, vimos, a poca distancia de nosotros, un grupo de señoras que corriendo al

grememente hacia las olas, en el más ligero atavío que imaginar pudierais, retrocedieron alborotadas y espan-tadas a nuestra vista, como del más escandaloso de los espectáculos. A nuestra vez, sobrecogidos de asom-bro, de pena, y hasta de cierta irreprimible indigna-ción, que la tolerancia convertía, en seguida, en bur-lesca compasión, redoblamos nuestros apresuramiento para vestirnos en las chozuelas de paja que, a estilo de esquimales, se levantan por pocos días en los parajes de baños; y luego, alejándonos por corto trecho a otro sitio de la costa, y mientras mi hija tomaba su paleta y sus pinceles para copiar, de su mejor manera, la es-pléndida belleza del mar y las desnudas colinas ilumina-das por los primeros fulgores de la mañana, púseme a observar discretamente aquel grupo de bañistas para quienes fuera motivo de bulliciosa risa y sobresalto, la decencia y elegancia de los trajes de baño femeniles, desde la zapatilla que calza el pie sobre la espesa me-dia, hasta la impermeable gorra que cubre graciosa-mente la rubia cabellera de nuestras mujeres del nor-te.

Absorta Mildred en sus dibujos, tendía hacia la altura la mirada inteligente en busca de la espirituali-dad y del arte, defendido su espíritu de artista por los albos velos de su inocencia y su candor. Yo apa-rentaba leer, bajo el gran parasol que nos cubría. Aquel grupo no se atrevía con las olas, quedándose muchas en la revuelta arena, y avanzando las otras a la prudente profundidad que no llegase, con mucho, a sumergirles la cuarta parte de sus tallas, y allí, cogi-das de las manos, para mayor abundancia de seguri-dad, saltaban y se hundían hasta los hombros en medio de una algazara estrepitosa y desconcertante. Las olas pasaban humedeciendo y juguetetando despiada-damente con la ligera indumentaria balnearia de aquel grupo de nereidas, que dicho sea con el debido per-dón y en gracia a la fidelidad de la descripción, no consistía en otra cosa que en sueltas y flotantes túni-cas de telas de color o de merino oscuro, que el líqui-do elemento considerablemente desvirtuaba.

Y no vayais a creer que a sabiendas, o en con-ciencia, se permitan así simplificar o transigir con es-tos hábitos que, en apariencia, desdican de la estricta demostración de decencia y de moralidad públicas de sociedades medianamente cultas, pues que incurrirías en grave error, siendo como es la mujer centroamerica-na dignísima representación del bello sexo universal en todo cuanto atañe a las excelencias de la virtud y a los innatos, puros impulsos de su ser en los recogim-ientos de la modestia, del recato y del pudor. El lu-gar es pequeño, la costa generalmente desierta, los parages de baños son conocidísimos todos, y respeta-das por los hombres las horas de baño que la costum-bre ha hecho reglamentarias. Se creen, por tanto, so-las, y de ahí, la ilimitada confianza entre ellas mismas, confianza a la que, es verdad, señala sus lindes, en nuestros países, el refinamiento, por llamarlo así, de las buenas formas entre gentes que no están entre sí, tan íntima y familiarmente ligadas, como parecen es-tarlo aquí.

¡Oh, cómo la contemplación evoca en mi fantasía los gratos recuerdos de nuestros populares, y por así

distinguirlos, aristocráticos balnearios! ¡Es a mi, Aglae, y de ello me enorgullezco, a quien debéis vues-tra pericia y gallardía en la natación! Felices pueblos aquellos cuyas sanas costumbres les permiten los ho-nestos placeres veraniegos de lícitas distracciones, abandonos y alegrías hasta en los baños de mar en sociedad de amigos, sin que los rostros enrojezcan de vergüenza, o palidezcan de justísima indignación, por el instinto de brutal impudicia, o la intención indeco-rosa y maliciosa de espúreos elementos, o más aún, por la villana, siquiera sea fugaz, exaltación de una imaginación pervertida y salaz! Felices pueblos aque-llos cuyo respeto a la moral y a la inocencia raya a tal grandeza que la misma desastrada experiencia de la vida siéntese purificada y ennoblecida en presencia, o en contacto, con tales actos de sociabilidad que hace permisible el espíritu de raza y la educación nacional en hábitos de elevación, de sencillez y de pureza, así como las hondamente grabadas nociones del deber, de honra y de respeto que tanto dignifican las relaciones sociales, y que son la salvaguardia de nuestras libres y cultas costumbres. En ocasiones he visto viles ca-racteres trasponer las vallas de la buena sociedad, al amparo de la alcurnia, de la posición o del talento, y los he visto también abdicar de su propio envileci-miento bajo la sugestión e imperioso dominio del me-dio ambiente de decencia, de pundonor, de inocencia, de respeto, de intelectualidad y espiritualidad en que su buena suerte les hace flotar, y aún triunfar sin es-fuerzos de sí mismos, por la evolución inconsciente hacia la perfección!

Volvimos a nuestro hotel en momentos en que llegaban nuevos huéspedes. Viajaban en carretas, gro-tescas armazones de madera sobre dos pesadas ruede-das, arrastradas por bueyes y cubiertas con bajos tol-dos de pieles de res. Las familias fueron saliendo de aquel extraño y ya raro vehículo, más bien apropiado para tales caminos, como si saltasen de una madri-guera, estrujados, sucios, empolvados, y muertos de sueño y de fatiga. ¡Habían pasado la noche en aque-las carretas, sufriendo las violentas sacudidas de los golpes, y los frecuentes choques de sus propias huma-nidades, unas contra otras, a cada desbarranque o im-prevista amenaza de vuelto de semejante incómodo ar-matoste en movimiento!

Ceso de escribiros, muy a mi pesar, pues dentro de pocos momentos partimos a caballo para Rivas, la primera ciudad de importancia de la República que marca nuestro itinerario.

Acoja, con nuestros recuerdos, el testimonio de nuestra afectuosa consideración.

CARTA III

Rivas, mayo 3 de 1907.

Querida y respetada amiga:

Ya véis cuán bien aprovecho, en favor de nuestra grande y estimuladora amistad, los ratos de verdade-ro ocio que a diario tengo, convirtiéndolos por obra y gracia de mi constante correspondencia con vos, de

insoportables horas de tedio y abatimiento, en los más agradables momentos de más días por estos países centroeuropeos, toda vez que los consagro a la dulce y bella amiga de mi vida entera, a quien me parece comunicar de viva voz mis rápidas impresiones de excursión.

Ya miro desde aquí aquel soberano ceñecillo vuestro cuando así queréis con él demostrar, ya vuestra indisimulable contrariedad, ya vuestra deliciosa sorpresa, impaciente tras la revelación del misterio. Pues qué, os imagináis quizá que he abandonado mis patrios lares aguijoneado tan solo del prurito inverosímil de alcanzar la sensacional notoriedad de los Stanley y del desgraciado Bartelot, que cruzaron de los primeros el oscuro continente, el último para jamás volver; de los Speke y de los Grant, que ascendieron, de catarata en catarata, las solemnes márgenes del Nilo, descubriendo al fin, el gran mar continental de Victoria—Nyanza; de Bonvalot, a cuyas exploraciones por el Asia débense los modernos conocimientos político-geográficos que hoy se tienen de aquellas regiones al norte de la Cochinchina, y al noreste de la India Británica; de los Peary, de los Nansen, del infortunado Andrews, de los Charcot, de los Príncipe Luis de Saboya, Duque de los Abruzzos, heroicos avanzados de la ciencia hacia las ignotas regiones del planeta? O bien, acaso me creáis un sibarita, semejante a aquellos del decadente imperio romano, que harto de placeres y hastiado de nuestra rutina social de riguroso convencionalismo, vengo tras la mudanza en armonía con la irrestricta libertad de la naturaleza misma, o en demanda de inspiración bajo los cielos tropicales, como Ereclia en los fértiles valles y embrietas cordilleras de la Araucanía, como soñase Chateaubriand buscarla en las antiguas y vírgenes selvas de los Natchez? Ni una ni otra cosa, como os he dicho ya en mi primera carta: visito, observo, escribo diariamente anotaciones varias, económicas, políticas, físicas, sociales, etc., a fin de formar un conjunto de la utilidad y comprensión posibles, que responda a las altas miras de su elaboración, y en tal concepto, he llamado "ratos de ocio" a los que esta dedicación me permite excluir para escribirlos, y para acompañar a mi hija, aquí y allá, en sus casi infantiles y ansiosas correrías.

Dejamos a San Juan del Sur entre las nueve y diez de la mañana, cabalgando sobre pequeños caballos, acostumbrados al más incómodo de los trotes, que los nativos llaman "añadura" como si diesen la última palabra en lo concerniente a la rapidez y a la comodidad equestres, siendo como es la última, en verdad, en punto a mal trato e inconveniencia, siguiendo por seis millas, poco más o menos, la antigua carretera del Tránsito, que aún resiste al deterioro del tiempo, y a la incuria de los interesados en su mantenimiento y conservación; y dejándola luego para atravesar las llanuras de "Jocote" hasta el abra del canal ya recubierta de espesa y alta arboleda, continuamos de aquí, por muy mala y polvosa carretera, hasta la ciudad cabecera del departamento, adonde ingresamos poco después de la una de la tarde.

Como véis es una pequeña jornada de veinte mi-

llas a lo sumo, que se recorren, en tan rehasias cabalgaduras, en algo más de tres horas, y no se comprende cómo no exista siquiera una mala vía férrea de transporte entre los puertos de Granada, o San Jorge, sobre el lago, y San Juan del Sur, sobre el Pacífico cuyo costo probablemente no alcanzaría ni con mucho, a diez mil pesos la milla, como aconteciera en el corto trecho de vía "corduroy" sobre los pantanos inmediatos a San Juan del Norte, construida por los señores Ingenieros de la Comisión de Canal que presidió el Almirante Walker. Tan fácil conexión constituiría un valioso y decisivo elemento para el enriquecimiento del tráfico de la República por el istmo del departamento meridional, de cuya falta, tanto y tan profundamente se resiente el bienestar de esta interesante sección del país, por su posición geográfica es sin duda la más importante de la República, por no decir de Centro América, y la que en día no lejano, ya sea por la canalización del bajo San Juan, ya por la construcción de la línea ferroviaria que proyectan a través de los departamentos de Chontales y Zelaya, hacia el Atlántico, sería la llave de una incalculable corriente comercial que destruiría así el poderío incontrastable de Panamá, como el de cualquiera otra vía que se inaugurase en toda otra zona Centroamericana que no cuente con las incomparables ventajas económicas del Gran Lago de Nicaragua, y del caudaloso si descuidado desagüero del San Juan.

Rivas es una pequeña y bonita población como de dos mil almas, circundada de pueblos y caseríos, y situada en la planicie suavemente inclinada hacia el gran lago, como a tres millas al occidente de dicho lago. Su clima es cálido y húmedo, más refrescado su ambiente por las frondosas arboledas de las haciendas que la circuyen, y a cuya inmediata proximidad es de atribuirse la humedad que malea su atmósfera. Desde luego, no puede establecerse término de comparación con nuestras ciudades y aún con muchas de nuestras aldeas americanas, o europeas, si se exceptúan algunos pueblos españoles por los que he cruzado rápidamente al recorrer el suelo de Andalucía. Sus calles, rectas la mayor parte, son estrechas como las de Sevilla, limpias y secas con alguna buena forma de macadamización; sus casas bajas y de grandes patios interiores, presentando un aspecto de triste antigüedad; hay un silencio sepulcral como de ciudad abandonada o muerta, no profanado por bullicio alguno, o por el afanoso movimiento de sus habitantes, aún en los recintos de las casas constantemente francas durante el día; en los momentos de nuestro ingreso parecía que durmiera la española siesta la pintoresca ciudad meridional!

Instalámonos en casa del caballero rivense para quien trafamos desde nuestro paso por Panamá, carta de presentación y recomendación de alojamiento de parte de un amigo de ocasión; y fuimos recibidos con esa amable y obsequiosa hospitalidad que tanto caracteriza y distingue a los hispano-americanos en general, y muy especialmente, a los ingenuamente corteses y generosos hijos de Nicaragua. Cediéronnos dos piezas contiguas, pavimentadas de ladrillos de barro; de blancas paredes recién encaladas; de techo recubierto de cañas sosteniendo las pesadas tejas, también de barro.

Hacia el interior, un ancho corredor en donde se mecía la indispensable hamaca tropical, y enseguida, un patio común con el resto de la casa, en donde entre algunos árboles, crecían unas cuantas matas y arbustos, de escaso florecimiento, diseminados sin el más leve asomo de orden o estética, pero con el manifiesto y laudable propósito de elevarle, siquiera de nombre, a la llamativa categoría de jardín.

Por la tarde salimos de paseo, oteando por la ciudad con la natural si discreta curiosidad del extranjero, atrayéndonos a nuestra vez la aparatosa avidez de las personas que ya empezaban a transitar por las calles, o de las que se sentaban en mecedoras de junco, en las aceras de sus casas. El sombrero de mi hija particularmente parecía llamarles la atención y en mí, ese aire "sui generis" de "tourista yankee", misteriosamente acentuado por la cajita fotográfica de Mildred que llevaba yo asida, al desgaire, de su faja charolada.

Visitamos el bonito y bien cuidado jardín, al que dan aquí el nombre de "parque", exornado con el nombre y busto del ex-Presidente Carazo; y desde la cercana gradería del amplio atrio de la iglesia parroquial, contemplamos y aún tomamos vistas fotográficas de aquella antigua y monumental estructura, a la sazón cerrada, coronada al fondo por una hermosa cúpula, ennegrecida por el tiempo y la intemperie. Recorrimos el resto de la población construida con una obligada uniformidad en apariencia, con la rara salvedad de casas de dos pisos, y el único edificio de madera, de aspecto ligero y gentil, que es el Casino, o Club de la ciudad. Encaminámonos luego hacia la Calle del Cementerio, bordeada por dos aceras en vías de construcción, y por dos magníficas hileras de palmas reales todavía en incipiente desarrollo, pero que en breves años embellecerán soberbiamente la calzada hacia el sagrado recinto de las tumbas, no sólo privándole del aire sugestivo de lobreguez y de dolor, sino dotándole del risueño y halagador aspecto de los públicos paseos, dignificado éste por la imponencia del augusto y último asilo, al que la sociedad colma de favores para connaturalizarse así mejor, como los antiguos, con la fúnebre morada de sus antepasados. Traspusimos sobrecojidos de religioso respeto aquella severa y blanca fachada, y nos encontramos en uno de los sitios de más pintoresca y conmovedora belleza que hayamos visitado, ora en nuestro propio país, ora en nuestros viajes por las naciones más civilizadas del mundo.

No es una planicie, sino un campo ondulado de pequeñas colinas, cubiertas de césped y de tumbas, dominando entre todas ellas, la que guarda en su cúspide los mortales despojos de uno de los hijos más esclarecidos del lugar, del que ha poco hice mención, que ocupa con honra y lustre el solio presidencial, hasta el día en que la muerte le sorprendiese en la plenitud de su período de gobierno: —es lástima que sobre ese alto sepulcro no se eleve aún la columna funeraria que perpetúe su imputable honorabilidad y preclaros merecimientos. No son los regios monumentos, ni las marmoreas capillas, si bien se ostentan algunos y alguna de mérito artístico, los que aquí impresionan el ánimo del espectador, sino la imponente sencillez y

cuerda humildad de aquellos túmulos que representan la resignación suprema del aniquilamiento material, al ineludible reclamo de la muerte; sino la serena y espléndida belleza de la naturaleza misma, templo grandioso de recogimiento y de elevación, cuyas solitarias tumbas convidan a la triste y compasiva meditación, tan exquisitamente interpretada por nuestro inspirado poeta John G. Whittier en sus hermosos versos intitulados "Perdón"; y cuyas colinas, surcadas por calles de ciprés, sirven como de trípode sibilística al conturbado espíritu para extasiarse en la contemplación del escenario arrobador: el lago visto en lontananza hacia el oriente, sembrado de soberbios volcanes y de esmaltadas islas; casi en contorno hacia el sur, el semicírculo de alegres campiñas y verdes cordilleras; abajo, al norte, la ciudad de la vida tendida al pie de la mansión sombría, como si al morir se ascendiese; arriba, el cielo arrebolado con los billantes tropicales, hacia donde tiende la angustiada mirada del hombre en pos de la esperanza y la piedad, en pos de la ilusión o la verdad, en pos de una dulce y consoladora promesa de inmortalidad para el espíritu, remontando por la escala luminosa de una felicidad cada vez más perfecta hasta el seno de Dios mismo, Aglac, lo cual es para la humanidad lo incomprendible e infinito, más a pesar de ello, lo cierto es que en todas las épocas del mundo, la criatura humana se revela horrorizada, con sus más potentes instintos, contra su propia y absoluta destrucción, elevándose en inflamada y santa aspiración hacia el azulo purísimo de la inmortalidad.

Regresamos por aquellas calles de silenciosos cipreses sintiendo respeto por la sociedad rivense que por tan modestos más delicados medios honra los despojos de sus antepasados, transformando el de por propia índole lóbrego lugar, en bello templo al aire libre, en donde si el corazón lleva lágrimas que derramar, tiene el espíritu la imponente sugestión de lo divino, para acudir en rápido consuelo con las promesas de una más alta y perfecta vida allende el misterio de la tumba, haciendo resurgir, en nuestra fascinada mente, de aquellos restos mortales que lloramos, el ángel de blancas alas que nos espera sonriendo en la soñada altura bañada de inefable luz.

Hemos sentido, en este sitio consagrado por la belleza y el dolor, la impresión de la armonía con nuestros propios sentimientos e instintos, como si ya esto constituyese un lazo de simpatía que nos ligase a una sociedad que, cual nosotros, rendía tan culto y noble homenaje al triste y sacro templo del eterno sueño.

Mildred os envía algunas vistas tomadas por ella; y yo, el testimonio invariable de mi afectuosa consideración.

CARTA IV

Rivas, mayo 5 de 1907.

Querida y respetada amiga:

Sabéis que la ciudad desde donde os escribo ha sido teatro de cruentas luchas entre sus hijos que die-

ron entonces hermosas pruebas de valor, y una falange de foragidos americanos que, para vergüenza nuestra, hollaron el hospitalario suelo nicaragüense so pretexto de afiliarse a sus banderas para inclinar el fiel de la política balanza hacia la paz interior, con la fama vulgar y espantable de sus aventureras correrías por Sonora?

Os envío esa pequeña obra a la rústica, escrita por el propio "soi-disant" General de la partida, William Walker, abogado y periodista allá, según parece; bucanero y esclavista aquí como lo acredita la historia de sus ambiciosos y mal embozados proyectos de dominio, y cuyos crueles sueños de esclavitud para esta interesante sección centroamericana, disipáronse en la última nada de las cosas humanas, al recibir sobre su pecho la descarga vengadora y justiciera que le hiciera la libertad por manos de soldados hondureños. Fué Centro América toda la que se levantó en armas contra la extranjera falange, cuyas filas crecían cada vez más, ya por pingües ofertas hechas en algún Estado del Sur, a desesperados sin ley y sin conciencia, ya por el incentivo de afinidad y de aventura de gentes sin patria y sin hogar que, a su paso para la dorada tierra californiana, cedían fácilmente al halago de conquista que creyeron tener al alcance de su audacia y de sus trifulas.

Pero al hablaros de Centro América entera volando a los campos del conflicto en defensa de sus amenazados fueros de naciones libres e independientes, incurro en una hipérbola de juicio y de lenguaje inexcusable que acaso prevenga en vuestro alto criterio, y le incline erróneamente hacia una falsa y aún ridícula faz de estos sucesos. Centro América no tiene ejércitos y mucho menos los tenía hace algo más de media centuria, cuando el modernismo de sus armas alcanzaba apenas al fusil de chispa, y en punto a máquinas de guerra estaban poco menos que en barruntos de artillería. Así, refiérome al ejército, alejándome del difícil, por no llamarle imposible, sentido de lo que nosotros entendemos allá por tal palabra de tan grande significación, con el solo propósito de justificar y enaltecer el valor, a veces heroico, de gentes sencillas y poco familiarizadas con el efecto fatal y decisivo del experto manejo, en resueltas manos, de armas de alguna precisión, señalando un sólo y bastante desquiciamiento de tal institución, cual es el desconocimiento absoluto de la base y principio primordial de los ejércitos, a saber la disciplina, no en el absurdo sentido de la obligación o del temor, sino la que mediante la necesaria preparación del soldado, le inculca profundamente las altas nociones del deber, del honor, y aún del orgullo militar. Sus ejércitos reducíanse pues, a relativamente grandes masas diseminadas, obrando sin orden ni concierto alguno, y sin esa obediencia automática de las fuerzas regularizadas, y sus esfuerzos si dignos y valerosos, perdíanse a menudo en la inutilidad del motín contra grupos de rifleros de oficio, experimentados y disciplinados en la guerra mexicana. Con todo, y a despecho de tanta deficiencia, de la impericia o inarmonía de algunos de sus jefes, y de otras tantas causas que sería prolijo enumerar, veréis cómo esa falange, mantenida por un núcleo de esclavistas del Sur, batióse más que en retirada, en franca derrota, en

las calles de esta ciudad que ahora visito, así como en algunas otras partes, registrándose hechos heroicos si aislados, que elevan a tanta altura la valentía del soldado centroamericano, más útil y efectiva si estuviese mejor inspirada y dirigida.

Mi educación militar en West-Point me ha hecho incurrir, de modo inconsciente os lo aseguro, en la falta de lesa cortesía de fatigar la atención de tan bella y adorable dama, con tan estériles comentarios; y no se me alcanza otro modo mejor de excusarme con vos, que acompañando al libro que os envío, ese capullo de rosa que he llevado esta mañana en la solapa de mi levita, y cuya ceriada corola, mustia al llegar a vuestras manos, se abrirá deshojándose como en tantos mensajes de mi admiración y de mi afecto por vos.

Anoche he correspondido a la invitación de mi amable huésped para visitar el Casino, del que os hablaba en mi última carta. No es exactamente un Club en la significación que tiene para nosotros un establecimiento de este nombre, sino que es una bonita y cómoda construcción de madera con amplios corredores y terrazas hacia sus frentes, y al interior, las salas de recibo, de sesiones, y de billar, con una pequeña cantina al fondo. Congréganse ahí en las primeras horas de la noche sus socios que son la mayor parte de los caballeros aquí domiciliados, y se entretienen ya en conversaciones familiares, ya en juegos de carta o de billar, distracciones a las que cada cual se entrega rutinariamente como si obedeciese a una de las leyes inalterables de su vida.

Con pena hice observar a algunos de los caballeros que me dispensaban el honor de su conversación, la notoria y extraña falta de una sala de lectura que ofreciese a sus socios y a sus abonados, un selecto equipo de obras científicas y literarias, así como ejemplares de algunas de las principales revistas y periódicos extranjeros que no están al alcance de particulares pero sí de una sociedad constituida como ésta, lo cual elevaría insensiblemente, cada vez más, el nivel de cultura intelectual de la sociedad, y abriría un nuevo y más digno campo de atracción al simpático establecimiento que por ello cobraría mayor lustre. Uno de los contertulios presentes, que coronó su carrera profesional en Estados Unidos, como muchos otros jóvenes rivenses de bien probada inteligencia, que pasó allá varios años en nuestras ciudades y sociedades principales, y cuyo conocimiento de nuestro país e idioma iguala al de nosotros mismos, me replicó con una sonrisa de desdénoso desconsuelo:

—“¡Libros! ¿Para qué? Habría que instituir una sección de policía que guardase la biblioteca contra propias y extrañas depredaciones; y luego, habría que crear otra de abnegados apóstoles que predicasen y encendiesen el buen gusto por el clasicismo en la lectura”.

—Pero los reglamentos para lo uno, y el hábito, aunque tarde para adquirirse, para lo otro —observé— no bastarían a asegurar la conservación de lo primero, y el feliz éxito de lo último?

—“Los reglamentos entre nosotros, dijo incorporándose y tomando un cuadernillo de una mesa, se reducen a esta soflama: se escriben para teneise impresos con el irónico título a grandes letras, y se obser-

van cuando no se oponen ni a nuestras costumbres, ni a nuestros deseos y caprichos, que entonces sobran los medios para menospreciarles y echarles a un lado con la socorrida pamera de la interpretación. En cuanto al hábito —prosiguió, atuzándose socarronamente los espesos bigotes— el hábito es lo que veís y oís; cada elemento gravita hacia el centro al que le impele su propia naturaleza y su instintiva elección, y sería empresa de teatinos enraecer el círculo de asiduos y fervorosos adeptos a las mesitas de verde tapete, o descabalar el grupo consagrado a frívolos paliques y guasones charlas, o a pláticas de más o menos fuste, en beneficio de vuestro salón de lectura que si al principio crearía segura sensación, al cabo, también seguramente, todos relegarían a la indiferencia y al olvido. Aquí, comprenderéis, se viene en busca de nuestras acostumbradas distracciones, y una biblioteca —como no fuera por mero pujo de ostentación o de ornamento— tendría todas las trazas de una escuela sin pupilos, cuyo bibliotecario apenas serviría como una figura alegórica o conmemorativa de aquellas tristes palabras, “*vox clamantis in deserto*”, nacidas de las prédicas inescuchadas del Bautista. Pero si no nos cuidamos en absoluto —continuó mi interlocutor— de la creación de un centro bibliográfico, compensamos la alteza de esas miras, con otras no menos cultas y amenas, tendientes a procurar solidaridad y deleite a una sociedad que harta necesidad tiene de ello, por medio de “*soirées*” familiares, por así llamarlas, en las salas del Casino, reuniones efectuadas mensualmente a invitación de sus socios, y que no son otra cosa, en realidad, que bailes económicos y de corta duración, por su carácter extraño a la etiqueta y al gran tono de otras ocasiones. Ya tendréis, quizá, la oportunidad de concurrir a una de estas fiestas, y me diréis entonces si no valen mucho más que vuestro salón de lectura”.

Había su buena parte de justicia en estos razonamientos aún cuando los creyese exagerados, y por más que no se me alcanzase cómo estos periódicos entretenimientos ofrecidos galantemente por el Casino a la sociedad rivense pudiesen estar reñidos con los más altos placeres intelectuales, de los que, con igual cortesía, si bien mediante las precisas condiciones de abono, pudiera muy bien hacer partícipe a la misma sociedad a que sus miembros pertenecen y que, en cierto grado, representan.

Despédime llevando la complacencia de la cortesanía de los socios del Casino con cuya amistad se me honrase, y cuya avidez por conocer los principales recientes sucesos políticos y civiles de Estados Unidos, satisfice de mi mejor grado, máxime para calmar los irritados temores de muchos de ellos de una absorción imperialista.

El calor de hoy ha sido fatigante, y más aún, las innúmeras propuestas de que me he visto acosado por vendedores de terrenos y haciendas, pidiendo por cada heredad los diezmos de Olancho que no van muy a la zaga de las cuentas del Gran Capitán. Escúcholes pacientemente, representando cuán bien puedo mi desairado papel, ofreciendo escribir a la casa que represento, la cual no es otra, así Dios me salve, que la del tío Samuel que no se parará en barras cuando estime

conveniente venir por ellas, desde luego respetando debidamente los usos y buenas formas de estilo.

Al regresar a nuestra habitación, recibía mi hija la atenta visita de una señora de alguna edad a quien conocimos en San Juan del Sur. Una negrilla como de diez años, sucia y andrajosa, dormitaba en el umbral de la puerta. Asombráos, Aglae: era la compañera de calle de la señora, pues habéis de saber, amiga mía, que aún hay señoras y señoritas nicaragienses que jamás se permiten la mal vista libertad de salir solas de sus casas sin el ridículo e indigno aditamento de una maritornes o de una granujilla de esta estampa que para tal misión lo mismo da la una que la otra, que vaya por allí, siguiendo como la sombra al cuerpo, haciendo acto de presencia, o sea de injuria, a la dignidad de la mujer. Y mirad cuán extraña es esta rarísima costumbre heredada de los tiempos coloniales, y ya muy caída en desuso para honra y prez de la civilización nicaragiense, que ningún caballero puede buenamente ofrecer en la calle su compañía a una señora o señorita de su amistad, sin que sufra en algo la modestia de la dama, o redunde en desdoro de su recato y recogimiento conventual. Pero ya os describiré más detalladamente estas antiguallas en punto a hábitos sociales, en alguna de mis próximas cartas.

Mientras puedo escribiros nuevamente, Mildred y yo acariciamos vuestro recuerdo con nuestros mejores sentimientos de amistad.

CARTA V

Rivas, mayo 15 de 1907.

Querida y respetada amiga:

Recordáis aquella deliciosa noche de invierno cuando habiéndos dignado acordarme la exquisita gracia de vuestra compañía, concurrimos a la Gran Opera de Filadelfia a escuchar, en “*Semíramis*”, la arpegiada garganta del más dulce de los humanos ruiseñores, Madame Melba? Después de su famosísimo dúo con la celebrada soprano Madame Schalehí, la imponente tempestad de aplausos resonó por los ámbitos del teatro con tal magnificencia de ovación, que la reina de las “*prima donnas*” presentóse nuevamente conmovida bajo aquella lluvia triunfal de presentes y de flores, y devolviendo con espontaneidad y gentileza favores por favores a la hechizada concurrencia, arrobó nuestros sugestionados espíritus, en vuelo sentimental hacia la celeste altura, con el inmortal y enternecedor canto de Lully “*Hogar, Dulce Hogar*”— con que Luis XIV hiciera saludar a Jacobo II, al refugiarse el fugitivo monarca inglés en la fastuosa y hospitalaria Corte de Francia.

¡Cómo resuenan en mi corazón, ahora y siempre que el destino me aleja de los amados lares, aquellas notas insinuantes tocadas de ternura y de nostalgia, vibrando de la ebúrnea garganta y de los rojos labios de aquella inspirada pitonisa del canto, como el himno favorito y sollozante del proscrito a las queridas playas de la lejana patria que guarda el edén escondido del hogar! ¡Oh, la más dulce y comprensiva de todas las palabras! Allí es la vieja casa solariega, como un sa-

grado más siempre risueño templo de amor, donde han corrido los años de nuestra vida en la íntima comunidad de la familia, y hacia cuyo recinto, inviolable y atrayente, tienden siempre nuestros pasos, o deseos, ora para celebrar nuestras más puras alegrías cabe el llameante fuego del hogar, o en torno de la antigua mesa del comedor que parece evocar a nuestra presencia aún los más pueriles recuerdos de la infancia; ora para dejar correr las lágrimas de nuestros acerbos dolores en senos compasivos y amorosos a la sombra discreta y protectora del hogar que nos devuelve tranquilizados, fortificados y animosos, otra vez a las rudas lizas de la vida. Fuera de allá, es todo eso también, y además, es el pueblo bienamado e inolvidable por tanto, de nuestro nacimiento que guarda nuestros varios sentimientos como si fuesen las memorias de nuestro propio corazón; y por sobre todo ello, tremolando ufanamente, la gallarda bandera de la patria, símbolo augusto del territorio, del pueblo, de la familia, de las leyes, de los usos y costumbres, vista al favor de la exaltada imaginación del ausente, sugestionada por el misterio y la grandeza que prestan la lejanía a la fantasía, y el amor y el orgullo nacional, al corazón del patriota. Con cuánta verdad, belleza y sencillez, describe Delavigne en su "MARINO FALIERO" esta sensación de la nostalgia, "como una fiebre lenta e incurable que nos hace delirar con el cielo de la patria, y de la cual nos sentimos morir todos los días, sin que jamás de ella muramos!

El hogar nicaragüense, si bien en el fondo es igual a todos los hogares del mundo toda vez que la civilizada naturaleza humana es la misma doquiera que ella se encuentre, difiere del hogar sajón en tan esenciales detalles que huelgan los términos de comparación entre uno y otro, así en punto a apariencias como en carácter de organización, muchas de las así llamadas desventajas justificadas, sea dicho en prudencia de verdad, por las condiciones de clima del país, y excusables otras por los atavismos de raza y el arraigo de hábitos coloniales. En nuestros grandes centros de población, así como en nuestras ciudades rurales, el domicilio de la familia es el asilo santificado tanto por el amor de sus miembros y las veneradas memorias de los antepasados, como por el mutuo respeto y estimación que caracteriza a las relaciones familiares; y que da cierto timbre de íntima y fácil cortesanía en las comunicaciones de un trato común de padre a hijo, de hermano a hermano, de amigo a amigo, y aún de amo a sirviente. Desde la mansión señorial, hasta los públicos alojamientos de hoteles o casas de vecindad, es la habitación de uno o más individuos la morada leal e inviolable que recatándoles de la publicidad, impone vallas invencibles a la inquisidora e impertinente avidéz del fisgón o del transeunte, sin que jamás trasciendan de su discreto recinto las incidencias materiales o morales que marcan la vida privada y respetada de cada uno separadamente, o del conjunto de seres que alberga, ligados por el nombre y lazos sagrados de familia.

El clima, causa principal indudablemente de la costumbre, como la especial y rutinaria construcción de las casas, obligan en algún modo a sus moradores

a mantener abieitas durante el día todas o algunas de las puertas exteriores, —circunstancia que unida a las de la estrechez de las calles, la pequeñez y promiscuidad de las sociedades, los ámbitos reducidos de las poblaciones, la idiosincracia o tendencia irreflexiva de curiosidad y aún de intervención y participación, de bajos elementos del cuerpo social, en asuntos particulares y extraños, concurre todo ello a dar cierto matiz de intimidad a las relaciones sociales, y a privar de hecho al hogar nicaragüense de ese aire de digno alejamiento y de reserva que impone y cohibe contra las importunas y desautorizadas intrusiones, así como contra los avances de enojosas familiaridades. Hogares hay en Nicaragua, donde ni siquiera son respetados los aposentos o dormitorios de señoras, creyéndose algunos bien intencionados desalumbrados que la amistad da derecho suficiente para tamañas transgresiones de la decencia y de la buena crianza, presentándose sin siquiera antes llamar, o dar visos de su presencia, en los cuartos interiores de las casas, cuya sola condición debiera imponerles como un título de inmunidad; y si bien hay familias que hacen lo humanamente posible por sustraerse de tan frecuentes inconveniencias y desmanes, no solamente no alcanzan nunca a colmar sus justísimos propósitos, sino que, a buen seguro, concítanse la animadversión de no pocos comunistas que miran aquella demostración de superioridad y de cultura, y aquel acto volitivo de libre albedrío, como un reto desdeñoso y provocador de la vanidad y presunción que les excita a la hostilidad y a la venganza por lo común en la forma incua y cobarde de la maledicencia.

Nada extraño es pues, que las conversaciones y sucesos de privada naturaleza en las familias, anden por ahí de boca en boca, comentados, exagerados, y maliciosamente tergiversados con las alteraciones caprichosas de rigor, debido a esa corriente de malsana e inconsciente familiaridad que sin objeto ostensible, ni justificación alguna, circula con asombrosa tolerancia hasta por los más reservados departamentos del hogar nicaragüense, cabiendo aquí observar la nunca bastante censurada costumbre de algunas señoras que a trueque de paliques lugareños con caracteres de dudosa moralidad y de vulgarísimas nociones de civilidad, cuando no con gentes de ínfima categoría social, se permiten la detestable satisfacción de estimular con su aquiescencia las cada vez más abusivas y degradantes irrupciones del hogar que están ellas llamadas, en primer término, a dignificar y a ennoblecer. Ligeras disenciones domésticas ocurren con frecuencia que no tendrían mayores ni tan desagradables trascendencias, resolviéndose quizá por sí mismas en el medio ambiente de la cordialidad y del buen sentido aunado a las correctas maneras a que obliga la cultura en sociedad en el seno inviolado del hogar, si no fuera por el execrable afán de empeñados zizañeros de inmiscuirse officiosamente, bajo diversos como espaciosos pretextos, impelidos por los procaces impulsos de la envidia a obscurecer, al primer resquicio siquiera sea aparente, con las protervas exaltaciones de la fantasía nunca sujeta a la moral, el brillo de las más puras e insospechables reputaciones; o bien llevados otros

del raro instinto, en ocasiones inocentes, de conocer y comentar a su sabor —a fuer de cronistas domésticos— aquellos incidentes del hogar que por razones de notoriedad real o ficticia son dignos de excitar su apasionada sensibilidad y eficaz cooperación, con frecuencia estimulados, por modo inconcebible, por la persona o personas más directamente afectadas por la maldiciente publicidad en la que al principio parecen éstas encontrar torpe deleite y horror después a los inevitables resultados de tan indignas como desleales confidencias hechas por flaqueza, ignorancia, y arrebatado cuanto indecoroso proceder que todo lo decide atropellada y bochornosamente cualquiera que fuere la índole de las circunstancias que se encargan de hacer para siempre lamentable muchas de aquellas mismas personas de inalterable ecuanimidad, de vulgarísimo discernimiento y de peor corazón, parodiando con el ceno, nuestros juegos invernales de la infancia, cuando un copo de nieve que cabe dentro del puño de la mano, va rodando, rodando sin cesar, a pequeños impulsos al principio, y a violentos empellones luego hasta adquirir las proporciones de una mole que se impone por sí misma a los ya inútiles esfuerzos de sus creadores, pero que un sólo rayo del sol de los cielos basta para deshacer, reflejándose la diafanidad de su luz en sus siempre niveos y deslumbradores cristales. El día en que la buena sociedad nicaragüense ponga firme y enérgica coto a tamañas criminales liviandades y miserias del abyecto corazón humano, sancionando la inmunidad y sagrados fueros del hogar, recobrará éste por ello sólo, sus más felices y naturales prerrogativas consagradas por la decencia y la civilización.

Desde que os escribí la última vez, hemos tenido nosotros mismos algunos sinsabores, mucho menos acostumbrados como estamos a cierta innata o conaturalizada irrespetabilidad de gentes de poco fuste social, por los actos privados de la vida doméstica, o de la propia personalidad en sus relaciones y si no fuera un espectáculo detestable y grotesco, rayado en lo cómico, si antes no sobrepasase a la más burda vulgaridad, sería de ver la ansiosa concurrencia popular en oculta o descubierta expectativa de imaginados sucesos de cuenta, aguijoneada por el prurito de ociosa información, siempre que creen ver o presentir la nota fascinadora de lo anormal y sensacional, ya en los dulces y naturales transportes de corazón de padre a hija, que no tienen aquí —dicho sea de paso— la misma frecuente espontaneidad de expresión que allá, como en la mayor parte de los países europeos, por no hacer exclusivo de la raza sajona el privilegio de tan nobles como amables costumbres; ya cuando me ocurre a menudo, a las expansiones del espíritu movido por el gracejo y chispeante plática de Mildred, máxime cuando me atrae a su campo favorito del ridículo, o de literarias disquisiciones a que es tan afecta como bien lo sabéis vos misma.

Desde luego, y como os he dicho ya antes, la parte honorable y culta de estas sociedades está exenta y muy por encima de tan cursis chismorreos y desplan-

tes, y quizá no fueran de tan fácil ocurrencia lo que os parecerá inverosímiles asaltos contra la dignidad y pundonor de respetables y estimabilísimas personas, si los rangos sociales y los títulos de amistad estuviesen claramente definidos evitando así la perniciosa confusión de clases, de la cual se origina, separada y generalmente más siempre con seguro efecto, las más deplorables consecuencias; y si la sociedad, deslindando insensiblemente el círculo de su residencia no se viese, a cada paso, obligada a indignas contemporizaciones y a imprudentes relaciones de intimidad con inferiores y degradantes elementos, por la mal entendida fuerza del hábito, o la tolerancia, o del desorden que reina en punto a localidades para la construcción, indistintamente, de casas o viviendas.

Vicio que no le va muy en zaga al que acabo de anotaros, sobre todo en esta misma inferior clase social, es la mentira, al parecer, pecado venialísimo por estas latitudes, no tan solo de palabra sino que también en la intención. Chocante, por demás, es ver la poca o ninguna significación que tiene para alguna parte de estas poblaciones transigir con tan bajas degeneraciones o intolerables flaquezas de carácter, de las que muchos hacen un arte sutil y complicado, y otros logran, por el engaño, nombradía de ingenio y aún de consumada y graciosa sagacidad. No me refiero en manera alguna al mentir convencional en sociedad que de modo palpitante y magistral nos describe el peritísimo crítico teutón Max Nordau, sino al mentir sistemático como un acto inconsciente de la más rara naturalidad. Con todo, si hábito tan defectuoso descubre visos de grande arraigo, va rápidamente desapareciendo, sobre todo en el centro escogido de la sociedad, en donde muy marcadamente se nota la evolución favorable y benéfica hacia más altas y honorables costumbres.

Salimos casi todas las mañanas a caballo por los alrededores de Rivas cuyos cultivados campos y extensas arboledas impresionan el ánimo del espectador con una sensación dominante y emotiva de exuberante y pintoresca belleza. Rivas es esencialmente agrícola, con una o más industrias de escasa cuantía e importancia, teniendo en cambio admirables haciendas de cacao y de pastos que mantienen sus propietarios apegados a la tradicional e incambiable rutina de sus antepasados, sin que en nuestras ligeras excursiones por ellas, hayamos visto almacenados o en uso nuestros más comunes aparatos y utensilios de labranza. Esta falta de elementos aparejada a la desastrosa carencia de brazos, hace que tan fértiles campos no tengan ni el desarrollo de cultivo ni el rendimiento que pudiera y debiera esperarse así de su propia bondad, como de la activa y personal asistencia de sus poseedores.

Os enviamos algunos curiosos vasos hechos de la corteza del coco abrillantada en negro y labrados, por mujeres del pueblo, con los más rudos instrumentos de labor, como un testimonio de nuestro siempre grande y grato cariño y admiración por vos.

CARTA VI

Rivas, mayo 20 de 1907

Querida y respetada amiga:

Es vuestro poeta favorito Alfred Tennyson quien dá a la memoria, la magia de gloria crepuscular de las fúlgidas luces de la vida. Para Alfredo de Musset, cada dulce y grato recuerdo es una estrella de primera magnitud que enciende el corazón en el dombo oscurecido del pasado. Lord Byron, en cuyos versos admirables de romanticismo y de pasión se empapara el genio poético del inspirado autor de *Rolla* y de *Las Noches*, y quien a su vez bebiera en la castalia fuente del celebrado poeta florentino Pulci que inmortalizara su nombre en las páginas cómico-heroicas de *Morgante Maggiore*, termina sus bellas y sentimentales estrofas a Miss Chaworth, llamando a la memoria la conciencia torturadora de la vida que centuplica en dolor en lo presente cada fugaz instante de placer en lo pasado, invocando, por tanto, el olvido como el mayor de los bienes para el hombre. —Celajes, estrellas, conciencia,— el recuerdo es la siempre palpitante existencia espiritual del individuo a través y a despecho de las brumas de los años, imperceptibles momentos en la eterna vida del espíritu. La sensación, como la forma variable y material de la realidad, en los diversos accidentes que afectan nuestra humanidad; el recuerdo, como la abstracción y elevación del espíritu, espaciado en la brillante apoteosis de aquellos mismos sucesos que más hondamente impresionaran nuestra moralidad; la estrella del poeta exquisito del corazón, cuyas melancólicas o centellantes reverberaciones contemplamos enajenados en las yermas soledades de la vida, y cuyo espectro luminoso recoge la fantasía impresionada con la sugestión ilusoria de las bellas realidades ya pasadas, presentándose al espíritu extasiado, ora haciendo renacer en él las alegres alboradas que despuntan en sonrisas en los labios, ora para enluteerlo aún más con las acerbas condensaciones del dolor que Riehepin llama "diamantes del corazón". Luego el sacudimiento nostálgico de cabeza, a la súbita interposición de lo real, oscureciendo el celage, ocultando la estrella, adormeciendo el recuerdo, acallando la conciencia, y dispersando el tropel fantasmagórico a las cetúleas lejanías de los sueños, que tiene el recuerdo, de consuno con la imaginación, el raro privilegio de perpetuar a capricho en lo presente revestidos de la aparente tangibilidad de la verdad.

Ha poco os recordaba la Gran Opera de Filadelfia bajo cuya estrellada bóveda tantas veces oímos resonar las más dulces armonías y los más hermosos cantos con que el mundo artístico deleita al buen gusto de los aficionados, por los genios de la composición y de la vocalización: hoy me complazco en recordaros la gótica catedral de San Patricio en Nueva York en cuyas suntuosas naves presenciarnos ha ya más de dos años, las fastuosas festividades religiosas de la Semana Santa.

Era un Domingo de Ramos. El purpurado arcipreste vistiendo los ornamentos pontificales principia la ceremonia con la bendición de las palmas, mientras se escu-

cha la salmodia de la Tercia en el mayor y más profundo de los recogimientos del espíritu. Comienza la misa con el rigor del canto gregoriano, y sois invitada a subir a la elegante capilla del coro. Resuenan luego las melo días del abate. Perosi, sobresaliendo con vigor y valentía, por sobre las notas graves y sonoras del órgano monumental, y por sobre la gama armoniosa y polifona del admirable conjunto de voces, vuestra dulce, vibrante, y temblorosa modulación que escucho conmovido, ora cerniéndose en torna al ara santa como una bendición de los cielos, ora abatiéndose al pié de los altares cual una deprecación angustiosa a la Piedad Suprema, ora alterando como una caricia conmovedora dentro de los embelesdos corazones de vuestro admiradores y amigos, entre quienes dicho sea con mengua de la modestia, distinguíome siempre, por exquisito modo, la seducción de vuestro cariño y la gracia de vuestra predilección. ¡Oh, la embriagante obsesión del eco de vuestros cantos resonando aún triunfalmente en mi memoria con la misma fresca e irresistible fascinación de aquel Domingo de Ramos! Bajastéis aureolada de gloria vuestra célica faz como una divina creación de Erá Angélico, y tomastéis nuevamente asiento junto a mí, poseida aún del genio de la inspiración y la armonía, estremeciendo con nerviosos movimientos vuestra gentilísima persona, y matizando de adorable confusión vuestros más sencillos actos en observancia con la liturgia católica.

La imponente ceremonia parecía tocar a su término entre las densas y perfumadas espirales de incienso, y entre los solemnes acordes del magnífico órgano, cuando un vago rumor de admiración hirió nuestra atención, y levantamos la vista para contemplar la espléndida personalidad de Monseñor Ireland de pié en la sagrada tribuna con el susurro de la oración en los labios, abordando enseguida el comedido e insinuante exordio, y cautivando y elevando nuestros arrobados espíritus con la magia de su brillante y docta elocuencia, delineando la excelsa figura de Jesús, en su marcha triunfal de Bethania a Jerusalén, recorriendo sobre humilde cabalgadura el corto camino alfombrado de túnicas y de verdes palmas, entre los honsannas de la muchedumbre al Hijo de David, al Enviado de Dios sobre la Tierra.

Os hablaba, en una de mis cartas anteriores, de la Iglesia Parroquial de esta ciudad, a cuyo santificado recinto penetramos ayer por vez primera al concurrir al sacrificio de la misa oficiada por el digno y bienquisto sacerdote Monseñor Vides. De aspecto exterior monumental, pero de armónicas proporciones culminando en gallardía por sus torres laterales y su alta, hermosa cúpula del fondo. Tres amplias naves lujosamente artesonadas y pavimentadas forman su interior, decoradas con algunos altares de no muy recomendable mérito artístico, si se exceptúa el elegante y bello altar imitando sus capiteles y columnas el orden corintio, y el cual se eleva hacia la rotonda de la cúpula al término oriental de la espaciosa nave central. Las imágenes son, en su mayor parte, de muy charra y aún cursi ejecución, revestidas de aún más extraña indumentaria tan sugere de las primeras épocas del cristianismo, como lo fuera verbi gracia, la representación de una beldad he-

lénica en el atavío de la Stola y Palla de las damas del imperio romano, o la de éstas, en las complicadas gorrueras y miriñaques de los tiempos de la virgen reina Isabel de Inglaterra. Merecidas no obstante son las salvedades de tres o cuatro imágenes, a saber: la de un Crucificado de rostro macilento y conturbado, si lleno de beatífica conformidad en la última hora de lenta y cruel agonía; la de una virgen llamada de Soledad; la designada con el nombre de Corazón de Jesús, en un cuadro al óleo de maestras pinceladas; y sobre todo, la de una bella y fiel imagen del Nazareno, de tamaño natural, con su pesada cruz a cuestas cual si aún fuese por la vía sacra hacia el Calvario, con su túnica de color castaño donde, sienta decirlo, huelga absurdamente la pompa de alamares y cordoncillos de oro cual si se tratase del gabán del Shah de Persia, o del dormán del Sultán de Turquía, más en cambio sobremanera ennoblecido con una expresión de indefinible abatimiento y de resignación humildísima y sublime en aquel rostro exangüe de amorosa y lánguida mirada, coronado de espinas, y salpicado de sangre.

Hay escaños de propiedad particular de familias de buena sociedad, lo que no obsta para que mucha gente de las clases inferiores desprovista de estos como de otros elementos de comodidad, tomen con el mayor desparpajo y naturalidad del mundo tranquila posesión del primer sitio vacante, obligando enseguida a sus propietarios a la por lo menos desagradable confusión de recurrir, a su vez, a otros asientos reservados. Algunas mujeres del pueblo que no se afanan por forma o accesorio alguno de corrección y de decencia, optan por sentarse a la turca sobre el frío pavimento, en la más grotesca, risible, y aún irreverente postura que pudierais concebir, lo que me hizo sospechar de las costumbres coloniales, y recordar aquellas árabes mezquitas de la corte musulmica en España, que inaugurase, para vengar propios agravios, el iristemente célebre Conde don Julián, y se extinguiese al postrer suspiro de su último rey Boabdil, con la fusión augusta y salvadora de las coronas de Aragón y de Castilla, en las personas de sus reyes católicos don Fernando y Doña Isabel.

Por la tarde asistimos a ciertas celebraciones diarias del presente mes en homenaje a la Madre del Redentor, en otro templo de muy modesto aspecto así interior como exteriormente, llamado el "Convento de San Francisco" templo que mereció las especiales preferencias y simpatías de los Padres Jesuitas, y las de las actuales asociaciones religiosas para las festividades de estilo, sin duda debido a la mayor facilidad de ornamentación. Se llega a él por una alta gradería que lleva al relleno de su extenso atrio, y no se comprende cómo habiendo sido éste y siéndolo aún, el templo favorito de sacerdotes y seglares contándose entre los últimos tan adineradas como fervorosas feligrasas, no se haya jamás pensado en dar a su rústica fachada la fácil ampliación siquiera en consonancia con el buen gusto y arte menos exigentes.

La improvisada decoración era sencilla y ciertamente artística, destacándose en la altura la imagen de María obra toda ella que hacia señalado honor al innegable y exquisito don de lo bello e ideal de la ma-

jer meridional. Nuestra sorpresa no tuvo límites cuando oímos, a guisa de preludeo o introducción a los rezos de rigor, la ejecución de una música marcial entonando marchas de Souza, como la allá conocida bajo el nombre de Liberty Bell a cuyos vibrantes compases entraron a la gran Exposición de Chicago de 93 los Cadetes de West-Point en representación del Ejército Americano, subiendo de punto nuestro asombro al escuchar, al final de la ceremonia, las alegres variaciones de nuestros populares vales de a dos pasos, si bien en el intermedio fue agradablemente moderado nuestro pasmo con algunas interpretaciones de la dulce música de Rossini en El Barbero de Sevilla, desgraciadamente sin el concurso de cantos religiosos a ella ajustados, circunstancias más lamentables cuanto que, años atrás según corren historias, hubo aquí en esta misma iglesia en la amable y no olvidada persona del padre Gamero de la compañía de Jesús, en dilettante peñitismo que hizo mucho por la organización de una buena orquesta, así como por la educación de voces de cantores y cantoras, cabiéndole muchas veces la íntima satisfacción de dirigir personalmente, batuta en mano, las varias ejecuciones de obras maestras, religiosas y profanas, con el correspondiente y oportuno coro de voces educadas por él mismo. Un sacerdote alto, cetrino y delgado subió finalmente a la sagrada tribuna, pero su mímica de pugilista, y el pobrísimo fuste y deplorable recitación de su discurso, nos hicieron recordar muy a despecho y a pesar nuestros, las textuales palabras de Madame de Sevigné a su hija, Madame de Gignan: "Yo quisiera que no se os tratase como a peñros, en provincias, y que se os enviase un predicador de la talla del abate Anselmo. ¿Cómo es posible escuchar lo que allí tenéis? Esto hace daño a la religión".

Y a propósito de religión, y sin tratar de establecer comparaciones enojosas que amengüen los méritos de estas sociedades cuyas diversas manifestaciones de cultura me he propuesto describiros siquiera sea a grandes rasgos compatibles con el carácter y dimensiones de mis cartas, fuerza es decir cuán poco verdadero sentimiento religioso se observa en esta hermosa sección de la América Central, pareciendo ser, a todas luces, de la exclusiva incumbencia de la mujer los varios convencionalismos y deberes que las religiones imponen, en nuestros países, a las sectas constituidas bajo las diversas formas y denominaciones del culto divino. Entráis a una iglesia, y podéis contar los varones ahí presentes con los dedos de las manos con la seguridad de que una de ellas, y aún algunos de la otra, entrarán por muy demás en vuestra cuenta. Sensiblemente notorio es, en algunas devotas, el abuso injustificado del místico privilegio que las lleva a permanecer gran parte del tiempo en los templos en inútiles e inconscientes repeticiones de aprendidas oraciones, por hábito o prurito de fatua o absurda beatería existiendo en muy pocas el fondo sentimental o filosófico de la religión en sus varios atributos de elevada fé, de amor y caridad, desvaneciéndose en cambio, en los accidentes secundarios de la apaciencia y aún de la ostentación. Asístese generalmente a estas ceremonias por rutina, por el bien parecer, o en ocasiones, por afán de exhibición o de sensación, y salvo raras y honrosas excepciones po-

deís interrogar, aún a las más adeptas, sobre el orden y significación del ritualismo católico que a diario o frecuentemente presencian con la certeza de que pocas sabrán responder satisfactoriamente, y mucha parte, siquiera con asomos de instrucción o conocimiento en materias de este linaje, que impresionan al extranjero observador con los mismos efectos del óptico fenómeno de espejismo en el gran desierto de Sahara. La gran mayoría de los varones comulgan en la fé católica en dos solemnes ocasiones, para casarse, y para morir: en la una, obligados por la fuerza de la necesidad; en la otra, por la del miedo pueril a lo desconocido. Nuestro ilustre y mártir ex-Presidente Mackinley habría quizá muerto ridiculamente aquí repitiendo palabras del Salmista, "O Dios, cúmplase en mí tu voluntad" y el Presidente Roosevelt o el rey Eduardo estarían a pique de crear un espectáculo sensacional no solo con su distinguida presencia en las ceremonias religiosas de estilo, sino tomando parte importante y fervorosa, al parecer, así en las oraciones como en los cantos de ritual.

En los rezos mortuorios en las casas privadas, cuyo casi público carácter dicho sea de paso, no tiene razón alguna de ser, obsérvase todavía, como según me informan ocurre a veces en Granada, un carácter de mayor irreligión, toda vez que no tienen allí las sugerencias del templo. Mientras que una persona enseña, o dirige el rosario, que es el conjunto favorito de oraciones, las demás repiten mecánicamente las sacramentales palabras hasta el fin, sin otra concurrencia que la de los labios. He visto aquí persona de adusto y beatífico aspecto empezar uno de estos rosarios con el empeño y solemnidad más edificantes, e interrumpirlo de pronto a media miel, para aplacar a tajonazo limpio las intemperancias de gavillas de perros que abundan por aquí como en Turquía y las cuales se entran por las casas con la mayor frecuencia y naturalidad del mundo. De perilla vienen los versos de una fabulilla que termina así:

"Pues la cristiana oración
Jamás se remonta al cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazón".

Tuve hoy ocasión de asistir a unos funerales cuyo cortejo, como es de costumbre, formábanlo solamente caballeros a pié detrás del féretro. Penoso era ver a uno de los dolientes andar por entre la concurrencia reunida frente a la casa del duelo, en la embarazosa misión de escoger cuatro dignas personas que llevasen los cabos del ataúd. La evolución entra en todo, como bien sabéis, y así como las alas de algunas aves se transforman en alones para desaparecer después, así la costumbre de cabos largos se ha sustituido por la de cortos cordones terminando en colgantes borlas negras simbolizando la añeja usanza de los cabos de honor, y creemos que esta innovación tan insignificante al parecer, vendría de perlas para evitar a los dolientes ciertas obligadas complacencias, o la enojosa e inoportuna tarea de difícil facilidad, de distinguir méritos y dignidades entre el concurso, a veces numeroso, de ami-

bos acompañantes. No parece infundir aquí, dígolo con pena, el pesaroso respeto que inspira allá la procesión fúnebre, pues que he visto a alguna parte de la concurrencia en los propios vestidos blancos o ligeros y aún con prendas de color en el vestuario conque durante el día se han dedicado a sus diversas ocupaciones, yendo algunos fumando, y otros distraídos en las más animadas conversaciones y aún burlescas guasonadas que, si no se mirase al fondo del verdadero sentimiento, podrían tildar de ligereza de espíritu, o de chocante inobservancia de tan elementales principios de cultura y de respetuoso decoro en presencia del dolor y de la muerte, a tan cumplida como amable sociedad.

Esperamos gozosos esta noche a nuestro inteligente y buen amigo Mr. Charles Carlisle, a quien he llamado en calidad de Secretario.

Recibid el mansaje afectuoso de nuestro aprecio y de nuestra amistad.

CARTA VII

Rivas, mayo 25 de 1907.

Querida y respetada amiga:

¡Cuán lejos estoy ahora de aquel paradisiaco rincón de la Virginia Occidental, favorito resort de veraneo de las refinadas sociedades de Washington y de Richmond, y sin embargo, como el ensueño empujea la distancia, y cómo miro al través de mi fantasía, ora entristecida, ora alborozada, la riente visión del limpio y blanco pueblecito de White Sulphur Springs, en donde corrieran veloces tantas temporadas de purísimo placer para ambos, y para ambos, por tanto, inolvidables!

Reinabáis allí sin rival, como en todas partes, por vuestra hermosura peregrina, por vuestra regia elegancia, por vuestro chispeante talento, por las gracias inimitables de vuestra persona, y las incomparables de vuestro espíritu y de vuestro corazón. Bailábamos una noche el alegre cotillón conocido allá con el nombre de German, cuando al sonar la campanilla de la dirección, anunciando un cambio de figura, os alejasteis, grácil y ligera, a una de las tribunas del salón, y prendistéis, a guisa de irresistible invitación, la flor de cintas de encarnados colores sobre la solapa del frac del distinguido y bienquisto diplomático, Ministro de Nicaragua por aquellos años, a quien tanto admirastéis con justicia, y por quien, con mayor justicia aún, fuistéis también aclamada y admirada, aquel cultísimo y simpático personaje que brilló por algún tiempo en nuestra ciudad capitalina bajo el nombre de Dr. Horacio Guzmán. No era el señor Ministro por Nicaragua hombre, en verdad, para aquella deliciosa confusión cotillonesca, más su hermosa y correcta personalidad, su exquisita galantería y fácil posesión de sí mismo, si bien ayudado grandemente por vos, le hicieron salir airoso del conflicto de vuestros salerosos caprichos, como triunfase así mismo en Manila, de su propia corpulencia de coloso, Mr. William Howard Taft,

aceptando un gran sarao dado en su honor a su llegada, y rindiendo pleitesía a la belleza filipina tomando alguna parte en las más reposadas cadencias de un baile de cuadrillas.

Luego, las dos filas de caballeros y señoras, cerian- do el German, con el popular, Virginia Reel, en donde era de verse aquellas cabezas emblanquecidas por la nieve de los años, avanzar hacia el centro, débil y des- paciosamente, en el gracioso desempeño de las figuras de rigor, al compás de la animadora y bélica música, tan giata para los corazones del Sur, del Yankee Doo- dle, y otras de idéntico carácter.

Hemos celebrado la llegada de nuestro buen ami- go Mr. Carlisle, correspondiendo a una atenta invita- ción para un baile verificado anoche en los salones del Casino. Os he hablado en una de mis cartas preceden- tes de este pequeño pero bonito y cómodo edificio, re- fulgente de luz, y sencilla, más correctamente ornamen- tado, cual correspondía para recibir cumplidamente a la digna dama festejada, y a la escogida sociedad ahí con- gregada en su recinto. Entramos; un caballero tomó nuestros sombreros, y una señora, el abrigo de mi hija, invitándonos a tomar asientos en los corredores de ter- tulia, aprovechándome de esta coyuntura para presen- tar a Mr. Carlisle a mis escasas amistades. En vano es- peré a que ellos, a su vez, ampliaran el círculo de las presentaciones de estilo haciéndolas extensivas con nos- otros mismos, lo que no fue óbice para que, durante la noche, nos relacionáramos con muy buena parte de la amable concurrencia.

A poco se oyó el golpe de la batuta sobre el atril, y acto continuo principió la Obertura "Raymond" eje- cutada por el mismo cuerpo de músicos que en la ige- sia de San Francisco me sorprendiese con marciales acentos y me agradase con las armonías de Rossini, in- terpretando ahora, tan bien como era de esperarse por el reducido número de instrumentos la hermosa parti- tura de Thomas, que contribuyó, por modo decisivo, a predisponernos a los tentadores deleites de Berecretia. Mr. Carlisle quien, por de contado, tenía en Mildred su espléndida compañera de baile, siguió discretamen- te en pos de las valias parejas que ya invadían el sa- lón, esperando que terminase la larga introducción pa- ra deslizarse a los alegres acordes de un valse de Wald- tenfel. En cuanto a mí, el gozo se me fue dentro del pozo, al verme forzado a aceptar la triste posición de espectador filosófico, obligado por el aislamiento en que me colocaban, de hecho, mis raras relaciones con el bello sexo rivense. Terminado el valse, los caba- lleros condujeron a las señoras a sus asientos, retirán- dose incontinenti a los opuestos corredores con las po- cas excepciones de Mr. Carlisle que dedicaba sus aten- ciones a mi hija, y de algunos enamorados lechuguinos concretados ciega y exclusivamente a la secreta ado- ración de sus Circes, como si acabados sus papeles de danzantes estuviesen ahí muy por demás, o como si el concurso de caballeros en presencia y compañía de tan lucida y gentil asamblea de elegantes y agraciadas da- mas, constituyese un acto de agravio inexcusable, u obli- gase a un embarazoso accionar a las distinguidas agri- paciones de ambos sexos, volviendo aquellos enseguida aceleradamente al preludio de la música, a llenar sus

compromisos, retirándose luego como antes, y quedan- do nuevamente las señoras en sus asientos, en filas ina- movibles como si obedeciesen a una consigna militar.

Bandejas con copillas de suaves licores se hicieron circular por entre los grupos de señoras, mientras yo continuaba mis paseos solitarios de puerta en puerta por los amplios corredores con ánimo resignado y pláci- do semblante, cruzando después aquí y allá por entre las mesitas dispuestas para la hora de la cena, y ya rodeadas de algunos caballeros, aprovechando unos, los intermedios de la música, y de fijo otros durante el desarrollo de la fiesta, entregados a charlas bullicio- sas bajo el estímulo bienhechor del zumo de parra, pre- sentado con la debida parsimonia bajo los diversos y atrayentes matices, mientras las señoras departían en- tre ellas mismas con la característica afabilidad y com- placencia de la exquisita mujer meridional.

Se me ocurre que soy la personificación del Con- vidado de Piedra en el festín, al pasearme por el im- provisado comedor, oyendo, al acaso, estos o semejan- tes trozos de conversación.

—A cómo vendiste tu novillada, Lolo?

—Hombre, a huevo; y con esto salí mejor librado que otros que dejaron las suyas empotradas para me- jores tiempos.

—Pero sacrificar en tierra tica, como quien suelta pitrafas, la espléndida bueyada de mis potreros, no tiene perdón de Dios.

—Pues si a perdonar vamos, quien menos le alcan- za por la venta judaica, eres tú mismo, a fuer de jus- ticeo. Lo que me carga el corazón es aquel berrendo toro padrote que cayera en manos de israelitas canta- gos como el camello de Tartarín en poder de Babazul.

La mesita cercana está patrocinada por comercian- tes y agricultores, entre ellos, jóvenes presumiendo gravemente de ancianos rentistas.

—A juzgar por tu semblante de dómine jubilado ad honorem, las ventas merman que da grima, Pepe?

—Diez, veinte, hasta cuarenta al día, que es para morir, hijo. Y esto que liquido al dos mil, para entre nos, y que la pulpería de seco, me saca a flote con un menudeo consolador. Pero, y tú te pierdes por siglos!

—Cómo ha de ser! Ni yo mismo me entiendo ya, desde que pelo el ojo por la mañana, atarullado de con- sultas a granel de todas partes y de tutti cuanti sobre cambios, libranzas, y demás transacciones comercia- les.

—Tu opinión sobre almidón y granos? Porque mi- ra, si voy a hablarte con franqueza, tengo mis debilida- des por este comercio así vergonzante, diré, sin jac- tancias ni mayores peligros que correr. En confianza, tengo un terrenito que es la gracia de Dios para la yu- ca! Lo contrario del vecino de enfrente que se las pi- rra por el embeleco de una ostentación aparatosa que cuidado si es añagaza de cuenta para la novelería pro- piciatoria del vulgo de lugar y de ciudad, que en este óptico detalle, allá se va lo uno por lo otro! Pues no has oído hablar en tu vida de un fulano Wanamaker de Filadelfia que tiene hasta teatros, museos, y res- taurants dentro de sus inmensos almacenes? No pa- rece sino que fuera éste su grito de combate: ¡al ojo del transeunte! y tanto le ha valido que le llevó a ocu-

par la galería de un sillón ministerial, si mal no acuerdo, en la segunda administración de Mr. Cleveland.

De gente más alegre, dada al chungue y a la gausa, se componía uno de los círculos más lejanos.

—Cuadrillas! Quiál! Quédese eso para los viejos. A mi denme jarana en el cuerpo con una morondanga de órdago, o con un zapateado de olé!

—Miren a los descarados gringos que no paran ni cejan en su interminable jaleo a distancia, que ni para cosa tan sabida les dio Dios gracia. Y el panarra del yankee que anda por ahí de chompipón, observándolo todo sin decir oxe ni moxte, menos aquello que más debiera despabilarle.

—Hombre, y aquella comadre me la han dejado en estaca? La pobre, ya se ve, con andar a la greña con el buen ver y con cierta ligereza de plantas, se está ahí tan impasible y resignada como si ofreciese sus martirios al cielo. Bella ocasión para ver de dar principio a las obras meritorias. Vé tú!

—Por mí que se queden, así pendiera de ello mi salvación. Quien las manda!

Volví la mirada hacia el opuesto corredor, y vi en efecto, no sólo a la persona aludida sino a muchas otras señoras y señoritas que permanecían como aisladas y desamparadas en sus asientos sin tomar al parecer, otra participación en los festejos de la noche. Resueltamente marché a hacer compañía a una señora de aspecto venerable que empezaba a fastidiarse de su misión de chaperón, y a quien había conocido muy ligeramente días atrás.

—No baila Ud. Mr. Hamilton?

—Es un placer, señora, que corresponde con preferencia a la gente joven.

—Su hija de Ud. celebrará sus nupcias entre nosotros? He oído asegurar que se casa con su recién llegado compatriota.

—Son amigos, señora, desde hace muchos años, amigos en la acepción para ustedes quizá desconocida Mr. Carlisle es además casado. Mildred es tan dueña racionalmente de sus actos como yo mismo, ajustados, desde luego a los principios, costumbres e ideales de cada personalidad, siendo aquellos la emanación de la voluntad, o del deber, en estricta consonancia con estos principios, desarrollándose así en cada persona la conciencia de la responsabilidad y de la propia dignidad individual, así como la elevación y fortaleza del carácter, de tan asombrosas energías latentes en la mujer. Puede ella, por tanto, no solo permitirse la frecuencia deseable de comunicación con sus amigos, sin que ello sea objeto de absurdas tiranías y censuras, como pudiera hoy anticipármese verbi-gracia a Granada, en compañía de tan perfecto caballero con las propias seguridades y atenciones que si viajara conmigo mismo.

Distinguimos allá dos sentimientos semejantes en apariencia, y bien distintos en el fondo: la amistad, y el amor. La amistad, en su verdadero y más alto sentido, como la noble y tranquila aspiración hacia el bien, y más aún, hacia la perfección; como un dulce y consolador estímulo impeliéndonos confiada y continuamente hacia el mejoramiento y bienestar al tra-

vés de las asperezas de la vida; como un aliciente feliz e ideal para el espíritu en su abstracción de mezquinas materialidades; como un grato, a veces compasivo, más siempre leal y abnegado sentimiento elevando el corazón, dignificando el carácter contribuyendo a la felicidad, y ligando con los más puros afectos, afectos fraternales, si queréis, los miembros afines de las cultas sociedades, en su marcha ascendente por las vías de la fraternidad y de la civilización. El amor, como la aspiración inquietante y egoísta a la posesión. Confundís lastimosamente tan alejados estados del espíritu, lo cual da a vuestras relaciones sociales un tinte marcado de tristeza, cuando no un aspecto le tirantez, de embarazo, y aún de hipócrita superficialidad. Una vida así de constante y temerosa esquivez sería imposible en nuestras poblaciones, toda vez que ella conduce al apartamiento, a la indiferencia, y al egoísmo, matando en flor tan lícitas y bellas aspiraciones naturales del espíritu, y extrañando socialmente un sexo de otro con tal grado de incivil repulsión que fuerza a los varones a formar corrillos aparte de tan adorable mujer como es, en todo sentido, la mujer meridional, para ocuparse, quizá a despecho propio, en pláticas de club, o de mercado, en vez de dispensarle la galante atención de su cortejo.

—Si tal hicieran, habría muy pocas que de un concurso semejante, salieran ilesas de la charla insulsa y vocinglera de muchas de nosotras mismas. El proloquio de que el hombre es el lobo del hombre, particularizase marcadamente en la mujer. Imaginad que este oculto estilete siciliano ha cortado ya en Rivas la costumbre de las visitas de todo género, las que parece van quedando, como la religión, al desempeño exclusivo de la mujer, lo que explica tal vez ese aire de frivolidad y de apocamiento que degrada y deslustra nuestras conversaciones generales. Y en este ambiente cada vez más rebajadas, surgen y crecen las nuevas generaciones, familiarizadas desde el principio con hábitos tan desusados e inconvenientes que tanto bastardean nuestras tradiciones de cultura. Degenera la sociedad por tolerancia y por el fácil ascenso que encuentran los chismes más extravagantes y absurdamente urdidos sobre inverosímiles pretextos, sin respeto ni consideración alguna, los cuales no son otros, las más de las veces, que las formas mismas de la vida social en todo centro de civilización, cuales son: la simpatía, la admiración, la amistad, la cortesía y aún la galantería, basadas en la honorabilidad y corriente decoro, precisamente de pulcra civilidad, o de afectuosa y cortés estimación, que garantizan y afirman la solidaridad y respetabilidad de vuestras sociedades. Devenera también por el afectado y prurito de indiferencia de sus mejores y más caracterizados elementos rehuyendo, so pretexto de avanzada edad, la dignidad y timbre de su presencia en ciertos acontecimientos sociales. Los instintos de raza, morigerados y repulidos por otra educación permiten allá ciertas costumbres imposibles aquí; pero la franca afabilidad y bondad en las comunicaciones del trato social, el respeto y estimación mutuo de sus miembros, y la distinguida consideración y preminencia de la mujer, digna por todo título y en toda ocasión, máxime en éstas, de las formas usuales de cortesía y de galante

atención que cumple a todo caballero, son detalles imprescindibles en toda sociedad bien constituida, y que debieran mantenerse siempre muy por encima del pueril temor de vulgares chismorreos y crueles maledicciones. Al recoger Eduardo III de Inglaterra, en un baile de Corte, la liga de la Condesa de Salisbury, pronunció la célebre divisa de la Orden de la Jarretera, que debiera inscribirse en nuestros centros de reunión: **HONI SOIT QUI MAL Y PENSE.**

La cena fué anunciada, y ofrecí mi brazo a mi respetable e inteligente interlocutora. Hubo caballeros que se dedicaron afanosamente a conducir al comedor a buen número de señoras que quedaron sin compañía, notando, con pena, al extremo de la galería algunas mesitas de antemano ocupadas solamente por varones que no se cuidaban ni poco ni mucho de ciertas tonalidades de buena crianza.

La cena terminó haciendo subir de punto la general animación que reinó en su duración, poniendo en simpático relieve el verdadero espíritu rivense de sociabilidad, cohibido desgraciadamente por el solo vicio villano y mordaz que le amenaza, del cuchicheo maledicente y procaz, que pasa arrastrándose serpiforme por casas y salones atemorizando aún a los más insospechables caracteres, sembrando por doquiera la zizaña de la discordia, sustituyendo en el cofazón de la bondad, la piedad, y el amor, por el rencor, el pavor, ya la venganza, y en las palabras del inmortal Shakespeare "arrancando las rosas de las castas frentes — para esculpir en su lugar, la mancha" Rechace la sociedad tan terribles avances que propenden a su disolución, y recobre ésta, por tan simples medios, sus fueros y prestigios de antaño, haciendo prevalecer la buena armonía, la consideración y el respeto de sus miembros entre sí, por sobre miserables maquinaciones de ruines elementos, iniciando así el renacimiento de los felices tiempos cuando la fama de su exquisito refinamiento y genial amabilidad la hiciera orgullosearse por sobre las demás ciudades nicaragüenses con las palmas que aún conserva, si un tanto abatidas, de ciudad culta y simpática por excelencia.

Extrañeme sobremanera al observar que en estas "soirées" danzantes, por así llamarlas, no se proveía para otras distracciones más apropiadas, ya para personas de proyecta edad, ya para aquellas otras no seducidas por los placeres de la danza, y quienes por largas horas se fastidian en presencia del monótono torbellino de un baile cuyo espectáculo muchas de ellas no pueden siquiera contemplar a su sabor por los grupos de varones que se apostan en las puertas del salón, — como por ejemplo, salas de juegos para señoras y caballeros; las llamadas "tea-parlors", en donde no solamente se concurre a gustar de un té o de un refresco cualquiera, sino que atraé a su recinto a buena parte de la sociedad presente no aficionada al vértigo del baile, o siéndolo, acude tras la alternativa de agradables sorpresas y placenteras impresiones. No tendrían las últimas aquí, en verdad, ora por el clima ora por la pequeñez de los edificios y de las sociedades que asisten generalmente a estos actos, el éxi-

to práctico y feliz que entre nosotros, deficiencia ciertamente subsanable con otros entretenimientos de estilo, no menos que por la oportunidad de interesantes conversaciones de que allá, como sabéis mejor que otra alguna, se ha hecho un arte delicado y sutil en el que tan gallardamente descolláis por la floridez y espontaneidad de vuestro culto lenguaje, que puede fascinar a un tiempo a un concurso de amigos en vuestra amenísima compañía.

Mildred y Mi Carlisle han salido a caballo esta mañana, y cómo se murmura ya de ellos, Aglae, cual si fuese una parejilla de empecinados delincuentes! El, caballero pulquérrimo e idealista, esclavo de los más altos principios de cultura y de amistad, la presencia de mi hija, confiada a su hidalga protección purifica su espíritu y le abstrae manteniéndole en las elevadas nociones del deber y del honor; ella, espiritual y de nobilísimos instintos dirigidos por una esmerada educación, ni siquiera sospecha de los ridículos rumores, y parte con la sonrisa en los labios y la franca alegría al corazón, con un beso de su padre sobre su casta frente, como un blanco pájaro que abre sus alas al sol, y en sus confiados revuelos bajo el azul de los cielos, sólo mira de la tierra las copas de los árboles que ni mienten, ni infaman, ni calumnian. Ellos, los seres inculpables, moral, intelectual y socialmente superiores, no saben que el más hermoso y edificante sentimiento universal, la amistad, está de hecho proscribida de todo lugar en donde se asienten bienhalladas las furias maldicientes de la murmuración difamadora y vil, sofocando las puras e ingenuas expansiones del ánimo, compeliéndole por tanto, según el carácter, a la indiferencia y al retraimiento, o a la hipócrita sutileza, a la perfidia, y al dolo. Si lo supieran podrían exclamar dolorosamente con Hamlet:

Perdonad mi virtud: en estos tiempos
De goces y de orgullo, es necesario
Que perdón la virtud al vicio pida"

Os anuncio para el mes entrante nuestro viaje a Granada; sentiré muy de veras alejarme de esta bonita población, y de esta simpática y ya querisa ciudad por la que hago los más brillantes augurios, y a cuya felicidad y bienestar consagro mis más fervientes votos.

Os escribí una vez más antes de partir, enviándoos mientras tanto el vivo testimonio de nuestra afectuosa amistad.

CARTA VIII

Rivas, mayo 30 de 1907

Querida y respetada amiga:

En el "kaleidoscopio" de mis recuerdos, en Washington, nuestra hermosa ciudad capitalina, y una de las más bellas del mundo, lo que hoy excita mi fantasía con sus múltiples incidentes de la vida oficial y social. Soberbios edificios públicos; regias mansiones deslumbrantes con los oropeles del fausto y el boato del rango diplomático; magníficas avenidas de asfalto

interrumpidas aquí y allá por pequeños y artísticos jardines; recepciones, paseos, instituciones, monumentos, el Potomac bordeando silenciosamente la ciudad cosmopolita, con la perenne sugestión de nuestros tiempos hericos; amigos en el campo de mis afectos; y vos misma Aglae, por sobre todo ello, dando con vuestra graciosa presencia brillante colorido y animación a tanta escena como acude ahora a mi memoria con los siempre frescos aromas del espíritu, haciéndome exclamar con de Musset: "Oh, poder del tiempo, rápidos años—que borrais nuestros lantos y pesares— la compasión os mueve, y os impide—llevar también nuestras marchitas rosas!"

Y una de estas marchitas flores es el recuerdo de nuestra visita a Soldier's Home, uno de los más amenos y edificantes paseos con que cuenta la ciudad capital de Estados Unidos, a donde llegasteis sencilla, casi severamente ataviada, sin el más leve asomo de ostentación como no fuese la espontánea e inconsciente de la dulzura animando vuestro rostro, y la de la gracia rodeando vuestra dignísima personalidad, del halo misterioso e irresistible de la seducción. Fuisteis allá como Hada generosa a prodigar vuestras dádivas de año nuevo a los mutilados inválidos de nuestro ejército, como ofrendas propiciatorias de vuestra admiración y de vuestra bondad, y terminada la pladosa y noble misión en la que me hicisteis desempeñar, de mi mejor grado, el cargo, de limosnero pro tempore tomasteis con viveza el brazo que os ofrecí, y alegre como un pájaro en los días primaverales, ibais susurrando canciones favoritas, mientras discurríamos al azar por las veredas casi borradas por la nieve, hasta llegar frente al abra del bosque, a cuyo fondo se ve, allá a lo lejos cual si fuese una vista panorámica de espléndida belleza, el blanco Capitolio bañado de las suaves luces matinales.

Es Harold Mc Grath, quien ha dicho estas felices palabras sobre la mujer americana representada por su heroína Betty Annesley: "aquel caminar libre y seguro era marcadamente americano. Ah, el encanto de estas mujeres a quienes llamo, orgulloso, compatriotas! Vienen, van, sin inútil compañía, animosas sin audacia, confiadas en sí propias sin jactancia; inimitables! Cuán amable debió haber sido la disposición de la Naturaleza en aquel día que tales moldes humanos fueran creados!" Viendoos conducir como si fueseis la personificación ideal del elocuente pene-górico que acabo de transcribros en vuestro honor, discurrimos largamente sobre las excelencias y peculiar seducción de la mujer americana, atribuyéndola vos a la educación y a los instintos de raza desarrollados bajo el régimen den uestras instituciones y costumbres, en armonía con la libertad tan solo cohibida por el equilibrio erigido por general asentimiento en ley común, entre el derecho y el deber de cada una de las individualidades que entran a formar, no la masa embrutecida e ignorante, sino el cuerpo ilustrado por éstas y otras nociones cívicas y sociales que integran la nacionalidad americana.

Detalle característico de estas instituciones es la preeminencia que en todas las capas sociales y en to-

da circunstancia goza la mujer americana, garantizada por la respetuosa y, en verdad, galante consideración del sexo fuerte, que colectiva e individualmente obra en fuerza de hábitos tradicionales de eficaz protección y de cortés deferencia por la mujer, títulos estos de hombría y caballerosidad que tanto dignifican y elevan al varón americano. Así, reina la mujer en sociedad y en el hogar, con las especiales prerrogativas de su sexo, como en ningún otro país del globo, alto puesto en que la coloca la nacional hidalgua, y al que asciende naturalmente con las aspiraciones siempre crecientes por el estímulo hacia su mejoramiento como compañera del hombre y señora de su hogar, y hacia la ampliación de sus oportunidades personales en la esfera de sus capacidades, o como fuerza contribuyente en el movimiento de desarrollo general elevando por este medio cada día el nivel intelectual y moral de la nación con la formación del alto carácter y excepcionales cualidades de la madre, principio indispensable según el conocidísimo precepto que el genio mutiforme de Napoleón encareciera a Madame Campán para la educación de la niñez y dirección de la juventud, pudiéndoos citar a porrillo los tan comunes ejemplos de hombres que han reflejado en su paso por el mundo las bellas o defectuosos condiciones maternas como Enrique IV educado por su madre Juana de Albret; Lamartine, que atribuía a la influencia maernal las más hermosas creaciones de su genio; Luis XIV, que heredera de su madre las liviandades de carácter y los instintos de sensual cortesanía y Voltaire, que llevara en su espíritu la impresión imborrable del genio sutil y vivaz de su materno ascendiente.

La mujer americana tiene, como las antiguas espartanas, sus lizas y torneos de gimnasio en donde el cuerpo adquiere, desde los primeros años, vigor, elasticidad y lozania desarrolla sus facultades mentales en magníficos colegios o entra en franca competencia en las aulas universitarias; en el hogar, se atiende a la educación doméstica, a las sanas inspiraciones del corazón, a un refinamiento de sociabilidad que en la mujer de rango raya en dotes fascinadores de gentileza y de cultura que la hace capaz de rivalizar ventajosamente en el campo de la espiritualidad con las más agraciadas y adorables mujeres del mundo. Y así, prestase la admirable genialidad de la mujer americana, lo mismo para lucir sus aptitudes profesionales o disposiciones artísticas, como para brillar en los nobles ejercicios de abnegación y de humanidad, como para triunfar en los más atildados salones, como para emgellecer y reinar en su más útil si modesta esfera del hogar, enalteciendo sus bondades con los encantos subyugadores de la inteligencia, de la belleza, y de la espiritualidad. c

Hemos visitado hoy algunas de las escuelas de niñas de las muy pocas que hay en la ciudad, y si bien la mayoría de las maestras cumplen su cometido a conciencia y del modo más meritorio, encontramos esta enseñanza un tanto defectuosa y deficiente si atendemos a los elementos y al objetivo principal de la educación, cual es, el de la formación de la mujer que responda en primer término a las exigencias prác-

ticas del hogar en sus varios y grandes atributos; y segundo al embellecimiento de la sociedad por su propia perfectibilidad. Kant decía que la educación era el perfeccionamiento del individuo por el mayor desenvolvimiento de sus facultades: desarrollo de aquella capacidad que tiende a lo útil; desarrollo de aquella que tiende a lo bello, —altas condiciones de educación a que tiene perfecto derecho la inteligente y espiritual mujer nicaragüense, como cualquiera otra mujer del mundo civilizado.

Hay, por desgracia, en estos países un espíritu de imitación y asimilación, por así decirlo, de extrañas leyes que sería por todo punta aplausible si siempre se ajustasen a sus necesidades y a sus circunstancias. Es ciertamente ridículo y desconsolador ver cómo niñas de corta edad que apenas comprenden rudimentalísimas nociones de las cosas, se les haga girar en un círculo de fastidiosa inutilidad tan solo por ceñirse a los sistemas reglamentarios, sin conseguirse otra cosa que atestar la memoria de fútiles detalles que luego olvidarán, descartando del modo más absoluto la base fundamental de toda educación, a saber, el desarrollo gradual pero seguro de la razón. Los conocimientos se adquieren siempre, no importa si la adquisición sea de lenta progresión. La razón si no se empieza a desarrollar desde la niñez, jamás cobrará temprano, y al fin tras grandes labores, la triunfante y enérgica firmeza que viene a ser después como un desideratum para la formación del carácter y para la idoneidad y perfeccionamiento del ciudadano. Yo no pediría otra cosa para el tipo de madre ideal que el despejo e ilustración o cultivo de la razón ennoblecida por la moral y dulcificada por la ternura y la bondad.

Acerqueme a una niña que parecía recitar sus lecciones con desenvoltura y precisión, y con el beneplácito de la maestra le hice algunas simples y prácticas preguntas que la pobrecilla, salida de su carril rutinario, no supo contestar atinadamente. Y sin embargo, era una niña de indudable inteligencia, cuya no era la falta de un positivo aprovechamiento, sino de la aplicación del sistema a que se esclaviza la niñez y justo es decirlo, de cierta indolencia, indiferencia y desapego de algunas maestras quienes, a su vez siguen la rutina de enseñanzas a que están habituadas. Necesitanse dos requisitos esenciales para el propio y digno desempeño de tan arduo magisterio: merecimientos personales y generosa remuneración; y una vez cumplidas ambas condiciones, alejar la mirada fiscalizadora y escatimadora de la modesta persona del maestro, y concentrarla con diligente afán en las generaciones que crecen a la luz, bajo su mano bienhechora. Mildred se acercó también a una chiquilla de cinco a seis años de edad que estaba a pique de llorar perdida en el confuso laberinto de la anatomía humana, y besándola sobre la bien formada frente, le pidió le escribiese, y le leyese enseguida un trozo a grandes letras no acertando desde luego la inocente y linda víctima del farrago anatómico, ni con el cancanear habitual de las primeras lecturas, ni con el esquineado garrapateo de las primeras letras. Y como la anterior, era una lista y vivaracha alumna

cuyas felices disposiciones no necesitaban de otra cosa que de más apropiada dirección. Mr. Carlis le observó con mucha oportunidad que la implantación inconsulta y rigurosa de ciertos sistemas extranjeros, le causaba el mismo efecto que la haría el establecimiento de los invernáculos de los climas fríos de Estados Unidos y de Europa para el mejor desarrollo de la floricultura tropical. Está bien el desenvolvimiento concéntrico, por así llamarlo; lo que está mal es la absurda aglomeración de inútiles asignaturas en algunos de los círculos o grados con lastimoso detrimento de esenciales materias que, al fin y a la postre, vienen siendo la única y positiva enseñanza de la mujer nicaragüense. e

Stapfer, Pestalozzi y Girard, que tanto hicieron por el alto desarrollo de la educación en Suiza, estaban plenamente convencidos de que las escuelas tienen sobre todo el mérito de los maestros que las dirigen. En este sentido, convendría primero la creación de un buen instituto de maestros; segundo simplificar los requisitos ahora establecidos de los varios grados en armonía con la edad y el objetivo práctico a que se tiende. En el primer círculo lo precisamente rudimentario y elemental, en el segundo, la introducción atinada de un nuevo elemento de provechosa educación y así sucesivamente hasta los más altos grados en que cupiesen aquellas otras enseñanzas que completan y embellecen la labor de educación elemental y que cada cual puede enseguida ensanchar con más altos vuelos en otros centros y en otras condiciones.

Michelet se dirige elocuentemente a las madres, encareciendo la educación de las hijas en el hogar, familiarizándolas y habituándolas a los grandes deberes que está llamada a desempeñar al trasponer los umbrales del soñado reino, así en la vida doméstica como en la social. Ciertamente es que en los países tropicales la niña se transforma en mujer en breves años, y cierto es también que la vanidad y el mal entendido amor paternal aprovechan muy poco esos cortos años de transición en beneficio de la niña, anticipándose los a la incipiente mujer oar haciéndola concurrir a los bailes y otras inapropiadas distracciones sociales, ora estimulándola inconscientemente sin duda, por la agre vía empavesada de palmas y de flores con que el mundo corona a la naciente belleza y recompensa el deslumbre del elegante aderezo de chispeante pedrería y de crujiente y reluciente ajuar.

Una escritora americana ha dicho estas sencillas palabras que encierran sin embargo una verdad, y una advertencia para la juventud: "Si conducís al altar a una ligera y vistosa mariposa, es en vano que al salir de la iglesia la queráis convertir en la mujer práctica y doméstica". Edúquese pues a la mujer para que pueda llenar cumplidamente estos deberes primordiales de las diversas atenciones del hogar; edúquesela en la prudencia, la tolerancia y la bondad; y edúquesela también de modo que sea ella misma capaz de armonizar su espíritu con la ilustrada y culta inteligencia del hombre superior a quien el destino la ligue con los lazos de himeneo, procurando subir siempre hacia el más alto nivel del consagrado compañe-

to de su vida, pues no habrá jamás comunidad de almas entre dos seres que no se compenetran nunca, por la enorme disparidad que luego se hace dolorosamente aparente, en facultades, en instintos en cultura y educación así moral como intelectual; o por el contrario, estimulando discretamente hacia ella, en lo posible, al ser inferior cuyo nombre adopta y a cuya suerte une la suya merced al asentimiento matrimonial.

Decía el abate Constant estas sentidas y hermosas palabras que os transcribo confiado a mi memoria: "Ignoramos aún cuanto vale la mujer, porque desde su nacimiento hasta su muerte, la sociedad le cierra la boca y el corazón; la enseña a fingir y a disimular; deja su inteligencia viciosa y enerva su naturaleza para hacer de ella un instrumento de placer. Ah! ¿cuándo recibirá la mujer una educación franca y liberal? ¿Cuándo se dará desarrollo a su inteligencia bajo la sola garantía de su corazón?" Elevar la condición de la mujer es elevar la condición de la sociedad; deprimiéndola, empobrecemos y rebajamos las generaciones venideras. La mujer rigera el destino de la humanidad, dulcificando las costumbres; embelleciendo con sus gracias adorables la triste y dolorosa marcha del hombre por la esteril estepa de la vida; ejecutando e inspirando los más nobles y grandiosos hechos; y soplando con las alas del amor en la hornalla del genio, o entrando ella misma, ángel de belleza y de luz, en las regiones olímpicas de la inmortalidad.

La sabiduría de la educación estriba no en sofocar las impulsivas fuerzas de la naturaleza, sino en dirigir las buenamente hacia un sano y elevado propósito. Amplíese el estrecho círculo en que gira forzosamente la mujer nicaragüense dentro del cual no le es dable el desarrollo de sus brillantes y admirables como encantadoras aptitudes, hacia la florescencia de su personalidad y de su carácter; cultívese su buen gusto por la lectura y por las bellas artes que en las horas de ocio del hogar la elevarán deleitándola, distrayéndola del tedio y de frívolos sino vulgares entretenimientos, y redimiendo así a la sociedad de sus tristes actuales condiciones de existencia, avance la mujer digna, firme y valerosa bajo la égida de la libertad, de la protección, y del respeto a ocupar el alto puesto de honor que na naturaleza y la civilización le asignan en todos los países cultos del globo.

Mildred os escribe hoy describiéndoos la imponente belleza del lago y sus soberbios volcanes que mañana contemplaremos holgadamente en nuestro viaje a Granada, dejando la pintoresca ciudad meridional y despidiéndonos apresurados de su culta y simpática sociedad, por cuya felicidad y prosperidad, tomaremos esta noche a la mesa una copa de champagne. En el fondo de la mía, quizá brille la ilusión de vuestra gentil imagen, que jugueteando sobre el áureo licor, en los bordes de la copa, podrá burlarse de mis labios, más nunca de la afectuosa intención, que la fantasía exornará con el viso seductor de la realidad.

Recibid, amiga mía, las protestas de nuestra distinguida amistad y consideración.

Va ya transcurrido cerca de medio año desde que en la madrugada del día 19 de diciembre de 1925, rindió su último aliento en la ciudad de Washington, el doctor Pedro González. Lejos de la patria, y sintiéndola sin embargo al alcance de sus manos en su representación particular, rodeado como estuvo en sus últimos momentos, de algunos conciudadanos amigos que mas vivamente le evocaban el recuerdo del amado terruño que no había de ver más. Lejos del hogar, de aquel hogar ya deshecho, que lleno de noblezas y de encantos, formó el amor de su corazón tan por entero consagrado a su esposa y a sus hijos, y sin embargo, la familia estaba allí cerca, en el alma atribulada de su querida y admirada hija Hersilia que pudo tributarle los últimos cuidados de su acendrada devoción filial, como una hora antes, lo habría estado asimismo en su hijo Roberto—orgullo de su afecto paternal—que en vano extremo la rapidez de su viaje a la capital norteamericana—¡oh ironía del destino!—para besar antes que la muerte, la frente de su venerado y noble padre.

Le llamo noble, como voy a espigar enseguida en su loor, dentro de las lindes de esta breve necrología, aquellos atributos que mas se yerguen a la altura de sus méritos descollantes, con la plena conciencia de la simple justicia que le hago, porque su nombre está ya inscrito entre los de los más estimables y sobresalientes ciudadanos nicaragüenses; porque fué él uno de los varones de mayor prominencia positiva que me cupo la gracia de conocer, y la íntima satisfacción de tratar tan cercanamente, a título de una amistad de hondos arraigos ungida por tradiciones de familia, y muy inolvidablemente, por el grande afecto y aprecio de mi padre que le precedió muy pocos años en la triste ausencia que jamás tiene retorno.

Era Presidente de la República el doctor don Adán Cárdenas cuando estalló la guerra promovida por el General Justo Rufino Barrios, Presidente de Guatemala, para realizar bajo su jefatura el eterno y hermoso sueño de Jerez, la Unión Centroamericana. Con tal motivo, y para estar más cerca del campo de los acontecimientos, se trasladó a León al mando militar de la República. Ejercía entonces la Prefectura de aquel departamento, un buen amigo de mi padre, el importante ciudadano don Vicente Navas, que tan prominentemente había colaborado también en la Administración anterior del General don Joaquín Zavala. Llegó una vez a la Mayoría General del Ejército, y en misión intencionada de la Prefectura, un joven ayudante que se retiró al cumplir su cometido.

"No conoce a ese joven ayudante de don Vicente, General?"—le preguntó a mi padre uno de los militares de alta graduación, bajo su dependencia.—"Es Pedro, el hijo del General Ceferino González".

La grata sorpresa de mi padre se hizo visible desde luego, amigo íntimo como era de los distinguidos progenitores del incipiente militar. Le hizo regresar enseguida y le propuso el cambio de oficina que fue inmediatamente aceptado también por don Vicente. Desde ese momento le tomó mi padre bajo su protección, y

desde entonces, son inseparables por muchísimos años. las carreras políticas de ambos.

Estudiaba don Pedro la abogacía en León, cursos que continuó con más holgura y seguridad que antes. Tratábase un día de la defensa de oficio de un militar pobre que había caído en desgracia al parecer irremediable. Mi padre estaba en cavilaciones sobre la habilidad y competencia de la persona a quien pudiera encomendársela, cuando de pronto le dijo don Pedro:— "No se apure General, que aún cuando todavía no soy abogado, yo asumo la responsabilidad de la defensa".

La hizo, y de tan brillante manera que no solo le valió la estimación más notoria de sus jefes, sino que fué aquel ensayo de oratoria forense una de las más halagüeñas ejecutorias que, durante la vida, recordó don Pedro con la más justa y mayor satisfacción.

En la Mayoría General del Ejército continuó colaborando don Pedro como el auxiliar inamovible y principal de mi padre. Se hizo entonces—me refería don Pedro— la mejor, sino la única organización verdadera y eficiente que tuvo el ejército nacional en todo el país, mencionándome a este propósito entre otros, como prefectos ideales, de aquel tiempo, al de Chinandega, don José María Gasteazoro, y al de Masaya, el doctor Gregorio Pasquier, hoy Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En aquel despacho trabajaron también en calidad de colaboradores, escribientes, ayudantes etc. Rubén Darío, el POETA-NIÑO de aquéllos años, el General Manuel Riguero de Aguilar, el BAYARDO de la Mayoría, como con afecto General se le llamaba, don Carlos Salcedo, tan inmediato a mi padre, el amigo inolvidable don Adán Boza, y otros que formaban con don Pedro, la Plana Mayor de la Mayoría.

Don Pedro Ortiz, que era Secretario Privado de la Presidencia de Cárdenas, se afiliaba al grupo literario del círculo oficial de ese despacho, como lo hicieron después el dominicano doctor Angulo Guridi y otros, y tenían sus tertulias predilectas en casas de algunas familias a las que eran enteramente adictas, como la del General don Carmen Díaz, por ejemplo, en donde además de las grandes corrientes de simpatías y de aprecio establecidas entre unos y otros, se consideraban como patrocinados bajo la autoridad militar y literaria del General Díaz, y en donde, para el mayor agrado y estímulo de los contertulios, se contaba con la colaboración felicísima de algunas de sus estimables hijas. Así todas las producciones literarias de Pedro Ortiz, pasaron por la pluma de Amelia, carácter encantador e inteligencia bien cultivada y brillante. La serie de artículos que, a modo de torneo, fueron escritos sobre LA PLUMA AZUL, por tema, por no mencionar otras, tuvo su origen en esas tertulias de la Plana Mayor de la Mayoría General.

Tan hondamente arraigaron estas vinculaciones en las personas mencionadas de aquellos tiempos, que siempre recordaron esta grata época de su vida con el dulce sabor de la juventud dorada, al punto de que Adán Boza consigna en lenguas crónicas de su periódico "El Correo Nacional", de San Salvador, estas amenas añoranzas; y de que, al volver Rubén a Managua ya

postrado y herido de muerte, noticioso de que mi padre se encontraba en la capital, le invitó con encarecimiento que tenía tanto de ingenuidad infantil para que fuese a verlo, y para aquel largo y entretenido deshilar del ovillo de argentada seda de recuerdos de los que, decía el poeta, no había podido ni querido apartarse nunca ni aún al través de su vida incidentada en ambos continentes.

Coronada ya su carrera de abogado vino la administración de Carazo, y luego la de Sacasa, en las cuales don Pedro ejerció los cargos de Subsecretario de Gobernación y de Relaciones Exteriores, llevando muchas veces estos Ministerios bajo su sola dirección, al grado de que una de las Memorias de este último, fue suscrita por él, por insistencia caballerisca y justiciera del propio jefe del Ministerio, a la sazón.

Ajustóse en el período de Carazo el arreglo de la cuestión Mosquita que entonces presentaba caracteres de amenazante gravedad. Mi padre fue enviado allá como Comisionado del Gobierno para hacer todo lo concerniente al respecto, y don Pedro le acompañó como asesor para todos los asuntos judiciales. Se fijó el meridiano divisorio con la Mosquitia, bajo la dirección técnica del señor ingeniero Climie; se fundó la ciudad del Rama; me impidió la circulación del papel moneda—scrip—de los moscos; se dictaron muchas leyes necesarias para la buena administración de aquella región del país, como parte integrante de Nicaragua, y se estableció la mejor armonía entre los criollos y moscos y los nicaragüenses propiamente dichos, a base de un régimen civil, quedando desde entonces verdaderamente implantada en la Costa, la soberanía inobjetada de la República.

Se hizo deseable luego corresponder a la visita hecha antes a Nicaragua por el señor Presidente don Bernardo Soto, de Costa Rica, y al mismo tiempo ver como se llegaba a un arreglo satisfactorio en la cuestión de límites con aquel país. Habiendo merecido mi padre el honor de la designación de Ministro de esa Legación, y don Pedro, el de Secretario, partieron para aquella hermana República, que se alza a la par de los países más cultos y mejor organizados de la América Española. Se les recibió espléndidamente y se les acogió con un cariño familiar tan lisonjera y gentilmente demostrado por el Gobierno y por la exquisita sociedad costarricense, que ambos recordaban siempre a Costa Rica con sentimientos aventajados de la más alta estimación y cariño para aquella simpática sociedad y aquel dignísimo Gobierno.

Fué al regresar de este viaje por nuestra vecina del sur, cuando contrajo matrimonio con doña Chepita Dubón, una de las bellezas más perfectas de que ha podido enorgullecerse León, belleza física y moral formando una unidad admirable ya definida acabadamente por Fóscolo, como "una especie di armonía che si vede e que peneira suavísima necuo ri umami". De este matrimonio provino una familia por todo concepto estimable y distinguida, ornato de la sociedad y orgullo de sus padres, educada toda ella en los centros de mayor cultura de Inglaterra y de los Estados Unidos de América.

Los acontecimientos del 93, hicieron que don Pedro

se separase de la vida pública para dedicarse de lleno a la práctica de su profesión en la que descolló desde temprano, como lo demuestra la elección hecha en el por el Ministro Americano Mr. Shanon, para asociarlo como consejero director de sus estudios sobre las constituciones políticas de los países, del continente, durante los cuales estudios y después de ellos, mereció siempre entera confianza del señor Shanon, uno de los que más propiamente ha llevado aquí, sea dicho de paso, el título de representante de la gran república del Norte.

A fines de la administración del general Zelaya, fue enviado con carácter diplomático a Washington para el arreglo satisfactorio que hizo de la cuestión de Emery.

En la administración de Díaz recibió el cargo de ir a la Argentina, como Ministro ante aquel Gobierno y como Delegado a la Cuarta Conferencia Pan-Americana que tenía su asiento en Buenos Aires, en donde presentó un estudio interesante sobre asuntos económicos de Nicaragua.

Era entonces el señor Murature, Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, habiendo sido antes redactor del célebre diario "La Nación". Contábale Murature a don Pedro que estando una noche en un café, le llamó urgentemente por teléfono, Mirre el propietario y director de "La Nación", para que pidiese a Darío que escribiéase alguna cosa del momento sobre Verlaine cuya muerte acaba de saberse. Y Rubén estaba por ahí, la cabeza reclinada sobre la mesa de las libaciones al dios de las vendimias y tan fuera del alcance de los llamamientos humanos que desesperanzado Murature de volverle a tiempo a la conciencia de la vida, pidió arbitrarios al Ingenio y aplicándole ambas manos al oído en guisa de trompeta juiciofinalasca, le gritó estentóreamente: "Verlaine ha muerto !

"Levantó el poeta la cabeza asombrada y embotada por el ajenjo, pidió unas cuartillas de papel, y escribió rápidamente con la inspiración súbita del genio, su **RESPONSO LIRICO** . "Padre y Maestro mágico " que Murature llevó enseguida triunfalmente a "La Nación", salvando así magistralmente de un vacío lamentable, las columnas de aquel gran diario argentino, mientras el hijo de Apolo volvía a hundirse en su profundo sueño verleniano visionando canéforas que prodigaban la tumba del olímpico poeta simbolista y decadente, de las FIESTAS GALANTES.

Por aquel tiempo fue electo Senador de la República, y poco después presidente del Senado y del Congreso, cargo que sirvió con dignidad y patriotismo.

Finalmente, en la corta administración de don Carlos Solórzano, fue enviado nuevamente a Washington como Ministro de Nicaragua, en donde como ya he dicho antes, le tocó exhalar el último suspiro de su vida.

Desde su juventud perteneció don Pedro al Partido Conservador que admiraba en sus hombres de los Treinta Años. Los sucesos de la revolución de León en 1896 en la que le tocó militar al lado de Occidente, y su actitud necesariamente pasiva en los de la Costa Atlántica en 1909, debida principalmente a la saliente participación de su hermano el general Roberto González, en defensa del gobierno del doctor Madriz; y luego, y sobre

todo, la política banquerista adoptada por la revolución victoriosa de la Costa Atlántica, contra la cual política fue de los primeros en pronunciarse abierta y enérgicamente con la vehemencia de sus hondas convicciones, por una parte; y por otra, cierta predisposición de obvia inconveniencia que pone en sensible relieve la ausencia del tacto indispensable, según el caso, en las colektividades políticas, como es de ocasión confesarlo aquí, siquiera en interés del propio partido a que perteneczo, hicieron que tan valioso miembro del Conservatismo, capacitado el solo —UNUS INTER MULLOS— para añadirle los prestigios de sus preclaras dotes personales, viniese alejándose, de frialdad en frialdad, de la órbita del partido, hasta llegar a formar francamente en las filas del progresismo que reputándolo debidamente, lo hizo figurar como vicepresidente en la fórmula electoral para autoridades supremas en la campaña de 1921. Con todo, jamás se le vió escatinar sus luces cuando a ellas acudían individuos autorizados o representativos del partido conservador, y es copiosa la labor de diversa índole que hizo gratuitamente, ya para satisfacer deseos personales u oficios sociales, ya para intervenir por la prensa y en el único sentido de la patria, en la propia orientación y desarrollo que el creía que debía darse a un asunto determinado, entre los cuales trabajos recuerdos con satisfacción el folleto que hizo publicar durante la administración del general Zelaya, en el que expuso y demostró nuestro derecho pleno en la Costa Atlántica nicaragüense y en sus islas adyacentes. Era un patriota en el concepto absoluto y elevado de la palabra, y no solo un patriota meramente pasivo, sino de impulsiva y vigorosa acción.

Deleitábase la buena literatura, sobre todo la del siglo de oro de las insignes letras castellanas. Tenía una vasta ilustración y una memoria maravillosa que le hacía retener y sacar el mayor fruto de sus largas y meditadas lecturas. Latinista de nota, gustaba mucho de las aplicaciones latinas en textos favoritos de la Biblia, afición que le venía de su propio temperamento religioso sin fanatismo, fortalecido desde los comienzos de su juventud por las enseñanzas de Monseñor Manuel Francisco Velez. Era un escritor fúido, galano, a veces terriblemente irónico y burlón, y de fuerza incontrastable en el debate.

Su campo dominante era, sin embargo, el de las leyes en donde sentó su nombre entre los de los más eminentes juristas del foro nicaragüense, como lo atestiguan su profusa colección protocolar, sus luminosas controversias y dictámenes, sus dos obras inéditas de derecho, y muchos otros trabajos de menor importancia que también decantan su gran laboriosidad. Fue maestro de la juventud dedicada al estudio de las leyes, y murió siendo decano de la Facultad del Centro.

Amó con amor entrañable a su esposa y a sus hijos. Padre abnegado y amantísimo como hay pocos, y abuelo incomparable que aprendió rápidamente el arte de serlo, en la cartilla hechizada de su vivachuela nietecilla Gladys, y en el catón, igualmente encantado de su segunda nietecita precocísima, Gloria.

Era, además, un carácter levantado sobre los sanos

y firmes principios de moral que robustecieron y caracterizaron su conciencia. Amenísimo y saleroso y disertador conversador. Gallarda y elegante presencia y amables maneras como correspondían al hombre de mundo y buen caballero que tan ciertamente era. Semblante de reminiscencias moriscas, con la expresión inequívoca de todas las condiciones que entran a formar al hombre realmente culto y superior en las mejores sociedades del mundo. Eso era la *meritísima* personalidad de don Pedro, que acaban de perder para siempre, la familia, la sociedad y la patria.

En la tarde del día quince de enero del corriente año, se verificaron en León los funerales del doctor Pedro González. Tropas del Gobierno ocupaban la plaza, y muchas personas del lugar, o se encontraban fuera de la ciudad, o permanecían prudentemente recluidas en sus casas. Había por tanto, poca concurrencia al ponerse en marcha el cortejo hacia la final morada, mas con todo, vino haciéndose aquella cada vez más numerosa a medida que avanzábamos, hasta que al subir a la planicie del cementerio, tenía el aspecto de un homenaje de las varias clases sociales, hasta donde, en aquellos días, era posible esperar. Sentí una pena muy grande al notar que el Gobierno de la República, acaso por medida precautoria, no le tributó honras militares a los restos de aquel conspicuo ciudadano que hasta el último instante consagró sus mejores energías al servicio de la Patria. Varios oradores, entre ellos muy inspirada y sentidamente el doctor Luis H. Debayle, hicieron el panegírico de las virtudes del hijo, del hermano, del esposo, del padre, del amigo, del ciudadano sin tacha en cada una de esas fases de la vida, del varón prestantísimo que tan lucida y valerosamente recorrió el camino terrenal desde la juventud cercada de cuidado hasta el albor de su ancianidad ilustre por tan grande abundancia de motivos, como lo fue don Pedro.

Se hundía el sol en el horizonte bañando con sus reflejos crepusculares la meseta del cementerio, al mismo tiempo que descendía a la fosa del reposo eterno aquella caja cubierta de flores y honrada con el doliente tributo de la sociedad, en donde yacían los sagrados despojos de aquel ser eminente, harto cercano y querido para mí, que venía a dormir su último sueño bajo las alas angélicas de la dulce y santa mujer que fue la fiel y digna compañera de su vida. Su espíritu elevado, en la plenitud del deber cumplido, y en una como transfiguración soberana de luz y de paz, "por el laurel y por la espina entremezclados—sobre su frente triste", según el verso de nuestro eximio poeta mundial, había remontado ya el supremo vuelo de donde no se vuelve, desde la cúspide de la que parece ser hoy la capital del mundo, hasta más allá de los espacios estelares, hasta el seno munífico de Dios.

Caía el telón horripilante que separa a los vivos de los muertos. Tomé un puñado de tierra que arrojé blanda y conmovidamente allá abajo, sobre la caja mortuoria, como el adiós hondamente afectuoso de mi parte y de los míos que subió, sin duda, hasta su alma superior y noble, como la vehemencia del hijo de Isai hasta la mansión de luz de la bondad suprema.

Una bandera y una cruz y un símbolo del amor pa-

ternal y una ofrenda de flores, para la tumba de aquella relevante personalidad nicaragüense de gran corazón y de luminosa inteligencia, cuyo nombre queda siendo como lo fue en todo tiempo, signo de amor para los suyos y timbre de legítimo honor para la patria.

PROLOGO A LOS ESCRITORES VARIOS DE LOS DOCTORES TOMAS Y ALFONSO AYON

DEBESE en parte muy principal, la impresión de esa obra, al Excelentísimo señor Presidente don Adolfo Díaz quien, con el generoso espíritu que le caracteriza y rindiendo homenaje al cultivado talento de dos ingenios nacionales, acogió con benévola prontitud la idea de esta publicación a la que, con la mejor voluntad, le ha dispensado el favor de su valiosa protección.

En una noche de concierto en nuestro parque central, conversaba yo con uno de nuestros más inteligentes e ilustrados hombres de letras, el doctor don Pedro González, sobre la producción literaria de mérito en nuestro país, y ello dió pie para que mi erudito interlocutor trascendiese de los límites de una conversación familiar a las más altas y entusiastas consideraciones acerca de los luminosos escritos del doctor don Tomás Ayón, esparcidos aquí y allá en las hojas periódicas de su tiempo, y hoy casi olvidados de sus contemporáneos y seguramente ignorados de las generaciones presentes. Y siguiendo el hilo de la más perfecta afinidad y del más lógico encadenamiento psicológicos, y cual si la sombra veneranda hubiese sugerido al ser viviente, el vuelo de nuestra admiración pasó del padre al hijo, e incontinenti, rendimos a la obra literaria del doctor Alfonso Ayón, el mismo tributo admirativo de nuestra más elevada y calurosa estimación.

Y pensé, que si bien por muchas razones difícil, sería una tarea recomendable la de salvar esos brillantes escritos de la dispersión y del olvido, recogerlos y seleccionarlos, en un volumen, y presentarlos a las generaciones actuales y a las venideras, no sólo de Nicaragua sino también de nuestras hermanas repúblicas de Centro América, como una *meritísima* labor de dos de nuestros más culminantes literatos, sugestiva de poderosos estímulos y pródiga de grandes enseñanza para todos aquellos que, a despecho de nuestro desfavorable medio ambiente, llevan el *QUID DIVINUM* en la mente, que irradia por sí solo en todas partes, aun cuando en ire nosotros reluzca por su propia luz limitada a nuestros mezquinos horizontes y amortiguada por nuestra endémica indiferencia y escasos medios de cultura, sin el mágico efecto producido por esos argentados reflectores de la civilización que prestan a sus ondas una amplitud de incomparable extensión y un brillo de deslumbradora refulgencia.

Hombre como el doctor don Tomás Ayón y su hijo don Alfonso, y como ellos, otros de nuestros más descolliantes escritores, no tuvieron la feliz oportunidad de la educación en las más doctas universidades del mundo. Concurrieron a las antiguas aulas en donde, a vueltas de memorizar, según el uso, alcanzaron a graduarse

de bachilleres en filosofía escolástica, como estudios previos a los más exigentes del Derecho; y luego, aguijoneados por esa sacra aspiración que levanta al hombre al nivel de la soñada esfera, consagraron su vida a la ávida adquisición de conocimientos variados, al esmerado cultivo de sus facultades, que se obtiene por la atenta dedicación a las grandes y bellas obras.

Y es que, como ha dicho Bonald, "el hombre verdaderamente superior, se eleva siempre por sí mismo y no obstante todos los obstáculos al lugar que sus condiciones le asignan, pues no sería superior a los otros hombres si, como ellos, necesitase del favor de las circunstancias o de las especiales ventajas de la educación".

Comprueban este aserto los innumerables ejemplos que la historia del mundo nos ofrece en las varias fases de la suprema actividad del ingenio humano, en las letras, en las artes, en las ciencias, en la política, en la religión; y concretándonos a los pequeños y apartados ámbitos de nuestra patria, y a la modesta escala de relatividad que le corresponde, encontramos en nuestros anales, con sentimientos de legítimo orgullo, toda una pléyade de hombres superiores que, como los doctores Ayón, surgieron de un modesto origen,—muchos de ellos, de las más oscuras y abatientes simas de la indigencia y la orfandad,—y quienes, al traspasar la edad de una abrumada e ignorada niñez, en medio de aquellas turbulencias revolucionarias que si tanto asolaron al país, sirvieron también para templar el acero, o para elevar bien alto el plumaje de sus almas beneméritas; y quienes, sin otras fuerzas que las soberanas de una noble aspiración y de una fe inquebrantable en sus destinos, se abrieron paso con la pluma, la espada o la palabra, desde el seno de las multitudes a la envidiable altura de esclarecidos y predilectos hijos de la patria.

Lóor a aquellos hombres que, sin malicia alguna, y sólo alentados por los más sanos impulsos del corazón humano, lograron en aquellos calamitosos tiempos abocados a la guerra nacional, y aun aquellos también que por mucho tiempo después les sucedieron, sobrepasar del mérito común, y venciendo tropiezos de todo género, hasta la riundad del harapo y las angustias del hambre, pudieron reclinar en la almohada de la muerte, sus sienas coronadas con los lauros del patricio, del guerrero, del tribuno, del escritor, del poeta, del hombre en su más excelente manifestación. Y es que ellos llevaron como primer móvil dentro de sí, altos y puros ideales relacionados más o menos directamente con la honra y gloria nacionales, sin que, como aconteció después, salvando honrosas excepciones, girasen las acciones de los hombres en el mediocre círculo de un interés absolutamente personal. Apreciador verdadero de aquellos sinceros repúblicos, hechuras de sí mismos, pláceme sobremanera rendir a su memoria, en estas páginas, el acorazonado tributo de mi admiración.

De tan frágil y desdichada cuna, como acabo de indicar, mecida por el rudo cierzo del infortunio, arranca la ilustre vida del doctor don Tomás Ayón. Su infancia, la edad de oro en que se va con los pies desnudos y el sol jugueteando dentro del alma, la edad de las francas risas y alegres y descuidadas correrías, la edad en que alborea una imaginación miliunanochesca, fué para él la noche triste de su miserable orfandad, que puso uno como sello de solemne austeridad a su espíritu

Mas la desventura, lejos de abatirle, levantó su ánimo al a percepción de su destino, e impulsándole adelante, le llevó a la ciudad de León en donde, a la postre de continuas luchas contra los azares de su vida, logró coronar sus estudios profesionales, marchando enseguida a la República de El Salvador en donde obtuvo luego su investidura de abogado, que las circunstancias políticas no le permitieron recibir en su país, y en donde, después de inteligente y asidua colaboración en importantes labores de legislación, fue llamado a ocupar los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Justicia, Instrucción Pública y Beneficencia, que desempeñó respectivamente en las Administraciones de los Presidentes Vasconcelos y Barrios, a la altura de sus grandes capacidades.

Fué, además, Rector y Catedrático de la Universidad de San Salvador; Ministro Residente de Nicaragua en aquel país, durante la Jefatura del Estado de don Norberto Ramírez; y en 1856, Ministro Plenipotenciario de El Salvador ante los gobiernos de Guatemala y de Honduras.

De regreso a Nicaragua, sirvió airoosamente el Ministerio de Relaciones Exteriores en las administraciones de aquellos conspicuos ciudadanos don Fernando Guzmán y don Pedro Joaquín Chamorro; ejerció en dos periodos administrativos la Magistratura en la Corte de Justicia de Occidente; llevó a cabo notables trabajos de codificación; redacó a iniciativa del ilustrado Presidente, General don Joaquín Zavala, la Historia de Nicaragua, desde sus principios hasta los sucesos de 1750; acreditó sus felices dotes diplomáticas en delicadas misiones ya a Guatemala, El Salvador y Honduras bajo la integérrima presidencia de don Vicente Cuadra, ya a

Roma, bajo la muy honorable de don Fernando Guzmán, ya a Guatemala otra vez, y a Amapala, bajo la del eminente doctor don Adán Cárdenas; fué meritisimo escritor sobre asuntos literarios, jurídicos y políticos, habiendo merecido algunos de sus importantes escritos los honores de la reproducción en la prensa de la juventud, rindió la jornada de su preclara existencia en 1887 a los 66 años de edad.

Es de su biógrafo, el doctor don Francisco Paniagua P., el párrafo siguiente:

"Tomás Ayón, por sus profundos conocimientos, por

su juicio recto y desapasionado, por su espíritu tranquilo y sereno, y más que todo por su cosmopolitismo literario, es en la brillante constelación de nuestros hombres ilustres, el primero quizá que por completo ha rendido su jornada en este continuo torneo de la luz contra las tinieblas, de la verdad contra todo género de preocupaciones".

Don Buenaventura Selva delineó, así, la vida del doctor Ayón:

"Fue una larga y honrosa carrera por el camino de las letras, de la política, de la administración pública y de la enseñanza, y continuado ejemplo de las virtudes cívicas que levantan a los pueblos y honran a la humanidad".

El doctor don Modesto Barrios dijo en su oración fúnebre:

"La diplomacia centroamericana ha perdido un ilustrado, prudente y leal servidor de los intereses de la paz y la armonía de estos pueblos"; la política, un consejero honrado, hábil y discreto; el foro, una de sus lumbreras; de ciencia de la historia, uno de sus más dignos sacerdotes; la literatura, uno de sus más ardientes y afortunados cultivadores; la juventud, un maestro inolvidable; la sociedad, un modelo de virtudes públicas y domésticas; Nicaragua, un hijo que la amó siempre con profundo amor; Centro América, en fin, uno de sus más esclarecidos ciudadanos".

Don Ricardo Contreras se expresó así, en El Constitucional:

"En los tiempos corrientes en que nadie piensa más que en sí mismo, él pensaba en los demás y amaba a los demás; amaba su hogar que siempre embebeció con su dulzura y que iluminaba con su gloria; amaba a su patria por cuyos destinos veló en los consejos del Gobierno y en las discusiones de la diplomacia; amaba la justicia cuyos fueros defendió siempre como jurisconsulto sabio y prudente; amaba a la juventud a quien ilustró con sus luces, en esa noble tarea de la enseñanza en que a medida que más se da, más se tiene; amaba, en fin, a la humanidad en cuyo mejoramiento pensaba, cuando como historiador profundo y erudito, narraba a la generación presente en estilo grave y magistral, las pasiones y los errores, los triunfos y las caídas de las generaciones pasadas en el camino del progreso".

Don Anselmo H. Rivas lo describió del modo siguiente:

"El doctor Ayón fue uno de los escritores más pulcros y concienzudos de Nicaragua; uno de los más sabios jurisconsultos, y de los consejeros de Estado más prudentes. Por eso, su opinión expresada por la prensa en las grandes cuestiones de interés social y nacional era mirada con el mayor respeto; sus servicios como Magistrado en el Supremo Tribunal de Justicia de que fue miembro durante muchos años, fueron debidamente apreciados, y sus consejos en el Gobierno, ya como miembro del Gabinete o como ciudadano particular cuando era llamado en consulta, fueron de mucha valía".

Y finalmente, y para hacer gracia de una abundante y quizá cansada prolijidad, aún tratándose de tan autorizadas opiniones, el doctor don Tomás Ayón, prominente miembro de aquel brillante y simpático partido que se llamó La Montaña, mereció que nuestro pulcro y donairoso crítico don Enrique Guzmán tan parco de inmotivada alabanza como pródigo de chispeante corrección, le calificara calurosamente desde las columnas de El Diario Nivacagüense, de "ilustre repúblico, gloria de las letras centroamericanas, modelo de probidad y discreción, y como pocos, estadista inteligente, instruido y sagaz".

Su hijo el doctor don Alfonso Ayón, digno heredero de su nombre y de su fama, siguió victoriosamente las huellas de su esclarecido antecesor. Corren los primeros años de su vida en el ambiente de sobriedad y de modestia de la casa solariega que imprimen carácter imborrable a su naturaleza. Emprénde en la Universidad de León, poco más o menos los mismos cursos académicos que su padre, y como él, termina felizmente los estudios de abogado. Desde entonces no parece sino que un hondo sentimiento de amor filial, fortalecido por una firme voluntad, le impele, camino de la emulación, a marcar el surco de su vida en perfecto paralelismo con el de su progenitor, sin discrepar un instante en la nobilísima porfía, antes bien sorprendiendo, de trecho en trecho, dicho sea con perdón de su habitual modestia y a la profunda veneración que le inspira la sagrada memoria de su padre, con luminosidades de mayor intensidad y de más vivos coloridos. En la producción de ambos, que ahora me cabe la honra de publicar, aparece más literato el hijo, más jurisconsulto el padre, y tan historiador el hijo que escribe el tercer volumen de la Historia de Nicaragua hasta los grandes acontecimientos de 1821, como el padre que redacta los dos primeros, habiendo merecido aquel volumen diploma de honor en el certamen histórico verificado en la Exposición de Guatemala bajo el régimen del General J. María Reina Barrios.

Ha ocupado el doctor don Alfonso Ayón con verdadero lucimiento los puestos de Secretario de la Legación de Nicaragua a Guatemala y a Honduras, de Profesor y Decano de la Universidad de León, de Magistrado de la Corte de Occidente, y hoy, el muy distinguido de Ministro de Gobernación, Policía y Justicia, honrando con su presencia y con su nombre el Gabinete del Excelentísimo Señor Presidente Díaz. Ha contribuido a la legislación del país, estando en la actualidad encargado de importantes trabajos de codificación; y es de lamentar que en la modestia de su vida, requerido de continuo por las diarias exigencias materiales, se haya visto obligado a consagrarse de lleno a la práctica de la abogacía, plegando así las vigorosas alas de su talento y buen gusto literarios, que solo desplegara de tarde en tarde, cuando en los ratos de íntimos recogimientos, su espíritu libertado de las trabas ordinarias del deber, se espaciaba por las azules y sagradas cimas de la concepción y del arte.

No corto trecho le separa todavía del término natural a lo precedero y mortal en lo humano, y quiera la

Providencia prolongar ese espacio de tiempo para bien de las letras patrias que tanto esperan aún de la pluma diamantina de tan gallardo escritor.

Hablaba ha poco del notorio paralelismo en las vidas de los doctores Tomás y Alfonso Ayón. En efecto: el padre es el maestro; el hijo, el aventajado discípulo. Poseen ambos la misma facultad artística, perceptiva de lo bello, a tal grado que parecen sus espíritus como dos cordajes afinados al mismo signo por la mano invisible que rige la armonía universal. La onda vibratoria de los acontecimientos pasa como si fuera el arco inflexible de los hados arrancándoles notas acordes, expresivas de impresiones semejantes. Biógrafos, filólogos, críticos, historiadores, ambos se elevan a las nevadas cumbres en donde corren las fuentes ora apacibles, ora caprichosas de la filosofía y del arte, y descienden luego en soberanos vuelos, tendidas las potentes alas doradas por el sol del Heliócn.

Hay un sabor clásico en la dicción elegante, castiza, fluida y sobria del autor de Estudios Literarios que recuerda los siglos de oros de las letras castellanas, y un gusto ático del más exquisito lirismo, en el lenguaje impecable, fácil y armonioso del admirador de Núñez de Arce, que trae a la memoria, a veces la inflexible, burilada y docta prosa de Marcelino Menéndez Pelayo, y otras, sobre todo, aquellos tersos, sonoros y olímpicos periodos del Marqués de Valdegamas.

El padre sienta sus premisas como firmes bases de una bien estudiada estructura y siguiendo las inspiraciones de una lógica y estética intachables, aborda el magistral desarrollo de sus conclusiones, del mismo modo que un arquitecto helénico erigiera sus dóricas columnas coronadas de soberbios capiteles, consagradas a Júpiter o Diana. El hijo emula las eximias obras del padre, pero llevado de una brillante imaginación romancesca como la que encendió el numen del rítmico Zorrilla, construye arcos ópticos sobre labradas columnas y cierra la filigrana de sus caladas galerías y recadas con la pompa de las esbeltas y atrevidas bóvedas del Alcázar de Sevilla o de la Alhambra.

Es esto el simbolismo del carácter, que vale lo mismo que el estilo en ambos escritores. Si ellos hubiesen vivido en los bellos tiempos de la Grecia y tenido por instrumento de expresión el cincel en vez de la pluma, el uno habría cincelado las celebradas estatuas de un Júpiter Olímpico o de una Minerva del Pantéon, como lo hiciera Fidias; el otro habría modelado las perfectas formas del Apolo del mismo artífice, la Venus de Praxiteles, la Juno de Argos de Policletes.

Ocasionada es, a veces, a la severidad la crítica en los comentarios históricos del padre; nunca, en los del hijo. Y si cupiese extender comparaciones a la naturaleza, verbigracia, a los flancos de empinadas cumbres, mostraríase en ambos la misma lujuriente exuberancia de vegetación, alternándose en los enhiestos y bravios perfiles de los unos la florescencia y el vigoroso ramaje; cubiertos eterna y enteramente de verdura y de aromados matices la suave ondulación de los otros, gentilmente simétricos, a semejanza de las iguales curvas de los dos más altos picos de nuestros lagos.

Y en su propio campo de la literatura, se admira en ambos la fecundidad, galanura y espontaneidad del verbo; en ambos, las lúcidas manifestaciones del espíritu en las serenas y encumbradas regiones de la idea y del arte de su expresión en el rico y variado idioma en que dieron forma clásica y robusta al pensamiento los Fajardo y Solís, los Marfana y Fuenmayor, los León y Granada, los Mendoza, Quevedo, Tirso, Isla y Cervantes.

No cabe en esta publicación, llevada a término mediante el eficaz estímulo de mi distinguido y docto amigo el doctor don Pedro González y que, dicho sea de paso, me pareció ser la primera en su género en Nicaragua, el más leve asomo a pretensión literaria de mi parte. No he hecho otra cosa que recoger los materiales del libro, seleccionarlos y ordenarlos por orden de asunto y cronología, descartando algunas producciones desviadas de oportunidad o de un interés general, como también otros documentos diplomáticos comúnmente conocidos e impresos en las respectivas Memorias, ahorrando así, de propósito, al lector, un análisis especial de cada una de las piezas literarias aquí insertas, con la san y diré, cristiana intención, de dejar desembarazado de prejuicios al buen criterio de cada cual, el camino de la libre apreciación; y finalmente publicarlos, en la creencia de que hago un bien positivo a todos los que en Centro América, sigan con interés los esfuerzos de nuestros mejores hombres y admiren sus producciones científicas o literarias, animado, como estoy, por la esperanza de que mi actual labor sea imitada por otros más felices que yo, en la recopilación y publicación de los escritos dispersos de los más salientes escritores centroamericanos; o sea, en la formación de una escogida bibliografía nacional.

Grande sería mi satisfacción si tan justos deseos culminasen, en breve, a la forma de una halagüeña realidad, de modo que nuestra gratitud y nuestra justicia marquen, por así decirlo, el más alto y selecto desarrollo de la cultura literaria en Centro América, perpetuando así, al par que sus venerados nombres y memorias, las ameritadas obras de los Millá, Jáuregui, Irisari, Diéguez y Molina en Guatemala; de los Cecilio del Valle, Rosas y Vallejo, en Honduras; de los Berti y Gavidia, en El Salvador; de los Volio y Fernández, en Costa Rica; de los Larreinaga, Rivas, Matus, Barreto, Madriz, Selva, Quinonez, Argüello y otros de no menor valía, por no citar a nuestro pájaro azul, Rubén Darío, remontado ha tiempo a las cerúleas cimas del Parnaso, flamante cohorte de escritores meritisimos que en Nicaragua han llevado con honra y brillo incontestables, sueltos al libre viento de la inspiración y del saber, los sagrados y áureos pendones de la pluma.

Tenga este libro la larga vida y digno aprecio que tanto merecen los selectos Escritores varios de los doctores Tomás y Alfonso Ayón, cuya publicación, en cordial homenaje a mi ilustre y honorable amigo doctor don Alfonso Ayón, me cabe ahora la grata honra de ofrecer al pueblo centroamericano.

Managua. — 1914. —